

A woman with long brown hair, wearing a blue denim jacket, is seen from the back, holding hands with another person whose hand is visible in the foreground. They are standing on a beach looking out at the ocean during a sunset. The sky is a mix of blue and orange, and the water is dark blue with white foam from waves. The overall mood is romantic and serene.

Sonando Contigo

CLAUDIA VELASCO

SOÑANDO CONTIGO

Claudia Velasco

*Este libro está dedicado a todas y cada una de mis lectoras. Gracias por
vuestro entusiasmo, fidelidad y cariño.*

Gracias por permitir que mis historias se cuelen en vuestros sueños.

Claudia Velasco

Jeremiah Hanson, santa madre de Dios. Cerró el libro y suspiró pensando en los ojos celestes, el pelo rubio, el cuerpo fuerte y varonil del protagonista de la última novela que estaba leyendo, “Al Oeste de tu corazón”, un libro ambientado en el año 1880, en el condado de Tulsa, Oklahoma, en el centro de los Estados Unidos.

Apagó la luz y se acomodó en la almohada sin cerrar los ojos. Solía suceder que se enamoraba locamente de los protagonistas de las novelas que leía de forma compulsiva desde hacía años. Desde el señor Darcy de Jane Austen, pasando por el señor Rochester de Jane Eyre, por Jamie Fraser de Diana Gabaldón, Patrick O’Keefe de Claudia Velasco o incluso Diego Alatríste de Arturo Pérez Reverte. Todos ellos solían ponerle el alma del revés y distraía las horas muertas fantaseando con ellos e imaginándose rocambolescas escenas donde ella, Clara Corona, pasaba a convertirse en la verdadera protagonista de la historia.

Aquella práctica de fantasear, lo mismo con actores famosos, cantantes o protagonistas de libros, la venía ejercitando desde muy joven, desde que empezó a ser consciente del mundo que la rodeaba y, sobre todo, desde que empezó a transformarse en una consumidora voraz de libros, películas, series de televisión y música.

Todo aquello llenaba su vida desde siempre y no podía prescindir de soñar despierta, era imposible, tampoco se resistía, y esa afición secreta suya la hacía parecer silenciosa e incluso ausente de cara a los demás, aunque eso jamás le había importado, nunca, ni cuando su madre o sus profesores la reñían por mirar al infinito demasiado tiempo o Gonzalo, su novio, reclamaba su atención y la acusaba de vivir en las nubes. Le daba igual lo que ellos dijeran porque sin sus ensoñaciones, tal vez, estaba casi segura, no sería la misma persona y, peor aún, seguramente ya se habría hundido en la tristeza o habría acabado huyendo muy lejos de allí.

Cerró los ojos y oyó a lo lejos como Gonzalo estaba trajinando en la cocina. Vivían en un piso de sesenta metros cuadrados y él era incapaz de no

hacer ruido y respetar un poco su descanso, porque se suponía que ya estaba dormida a esas horas de la madrugada. Las dos de la mañana de un viernes y su flamante novio seguía pegado a la videoconsola en el salón. Un aburrimiento.

Si no eran los videojuegos, eran las series de televisión y si no el canal de deportes, el caso es que Gonza, su novio de toda la vida, a sus treinta años, seguía comportándose como un adolescente y su mayor disfrute consistía en pasar los fines de semana encerrado en casa, con patatas fritas y cervezas a mano, pegado al televisor y sin moverse del sofá. Así, sin ducharse, a menos que ella lo obligara, en pijama y despeinado, que para eso estaba en su casa y quería estar relajado.

La única salida segura se producía los domingos, para comer en casa de sus padres. Gonzalo era un chico familiar y cumplido, y ni su madre ni su abuela le consentían faltar a una comida dominical, así que ahí sí, ahí aceptaba ducharse, vestirse y partir a la casa de sus padres para comer con la familia y volver rapidito a la suya para echarse la siesta antes de seguir con los dichosos videojuegos... y luego se preguntaba por qué ella leía tanto.

Se tapó con el edredón y pensó otra vez en Jeremiah Hanson. Gracias a Dios la autora había escrito una saga de ocho libros hablando de las aventuras de Jeremiah y su esposa, la joven Rose, que habían cruzado medio Estados Unidos, desde Boston a Oklahoma, buscando un futuro mejor. Ella iba por el segundo libro y ya estaba perdidamente enamorada de él, así que le alegraba saber que aún le quedaban otros seis volúmenes para seguir disfrutando de sus andanzas por esas tierras duras y desconocidas, que en 1880 seguían siendo medio salvajes.

El personaje era un sueño de hombre, claro, y su mujer, una inmigrante inglesa de dieciocho años, era una chica fuerte, luchadora, valiente y preciosa, con la que cualquiera se podía identificar. Estaban recién casados, Jeremiah había ido hasta Boston para buscar esposa y, aunque él era nacido en América y un vaquero por los cuatro costados, le había encantado la idea de casarse con una bonita chica nacida en el Viejo Mundo. Rose ya estaba completamente integrada en Boston cuando él la conoció y se prendó de su belleza, y al mes de conocerla le contó sus planes de ir hacia el oeste juntos, hacia Texas, ella aceptó la propuesta, se casó con él y todo el primer libro contaba su periplo

hacia su nuevo destino, un destino que en el segundo libro había quedado anclado en Tulsa, un condado casi recién nacido, fundado en 1850, famoso por sus fuertes vientos y por sus gentes religiosas y trabajadoras, donde la flamante parejita decidió quedarse.

Cerró los ojos y se visualizó en Tulsa, rodeada por una polvareda considerable que levantaba la falda de su humilde vestido gris, el pelo intentando escaparse de la trenza larga que le caía por la espalda hasta la cintura y un cubo de agua grande, apoyado contra la cadera. Caminaba entornando los ojos y tratando de avanzar hacia su casa casi a ciegas, luchando denodadamente contra ese implacable viento que amenazaba con tirarla al suelo.

Estaban en medio de la nada y era imprescindible entrar en la casa o saldría volando por los aires. Apretó los dientes y lo siguiente fue sentir la mano enorme y firme de Jeremiah Hanson sobre su hombro, lo miró de reojo y pudo distinguir perfectamente sus ojazos celestes, las pestañas largas, la sombra de la barba. Él se pegó a su oído y le dijo que no pasaba nada, que ya estaba allí con ella y que pasarían el resto del día juntos y a salvo, protegidos en su casita de madera, que era de las más sólidas del condado.

“Te amo, señora Hanson” susurró metiéndola a la vivienda y después de cerrar y asegurar la puerta con un par de troncos. Te amo más que a mi vida, continuó diciendo mientras se le acercaba con ojos golosos, la cogía por la cintura y le plantaba un beso memorable que la hacía perder inmediatamente la razón. Lo abrazó y se entregó a ese beso de película con una sonrisa, tan feliz, hasta que su cama crujió cuando Gonzalo se acostó de un salto.

—¡Joder, Gonzalo!, un poco de cuidado, hombre.

—¿Qué he hecho ahora?

—¿No puedes meterte en la cama con más delicadeza?, estoy durmiendo ¿sabes?

—Lo siento, venga, sigue durmiendo.

Le dio un toquecito en la cabeza, luego la espalda y a los dos minutos estaba roncando. Clara Corona suspiró, sacó la Tablet y buscó nuevamente “Al Oeste de tu corazón”.

—Sonia Palominos se casa el próximo año. Ni un año lleva con el novio, pero ya han anunciado la fecha y está buscando iglesia, por supuesto la de los Jerónimos no está disponible, así que tendrá que conformarse con lo que haya libre. Increíble, tía, Sonia Palominos, con lo poco espabilada que ha sido siempre... ¿Clara?, ¿me estás oyendo?, ¡Clara!

—¿Qué? —Sintió el grito de su hermana y la miró como de lejos, con mucha pereza, porque llevaba toda la mañana fantaseando con Tulsa y Jeremiah Hanson.

—Que Sonia Palominos se casa dentro de diez meses.

—Me alegro por ella.

—No conoce al novio ni de un año y encima es extranjero.

—Eso no tiene nada que ver.

—Pues es de las pocas de tu clase que quedaba soltera, con veintiocho años ya todas comprometidas, qué fuerte.

—¿Ya sabes lo que quieres comer?

—¿Si te invita vas a ir?

—¿Adónde?

—A la boda de Sonia, tonta, que pareces tonta.

—No creo que me invite —Miró al camarero y le pidió una hamburguesa grande con patatas fritas— ¿Tú qué quieres, Blanca?

—Una ensalada César y agua mineral. No sé dónde metes todo lo que comes, y yo que engordo hasta bebiendo agua.

—Solo basta con hacer un poco de ejercicio.

—No tengo tiempo —Se apoyó en el respaldo de la silla y la miró con atención— ¿Y para cuándo la vuestra?, ¿tu boda con Gonza?

—Espera sentada, hermanita.

—Lleváis dos años viviendo juntos, diez de novios, no sé, tía, deberías meter un poco de ritmo a la relación y empezar a preparar bodorrio.

—Ya habrá tiempo...

—De eso nada, si os planteáis ahora la boda, entre prepararla y organizarla en condiciones, te pones en un par de años más por lo menos, y ya estarás en los treinta pasados. ¿No quieres tener hijos?

—¿Hijos?

—Claro, si te casas en un par de años y luego esperas otros tres o cuatro para los niños, estarás en los treinta y cuatro, treinta y cinco, igual se te pone cuesta arriba y los tratamientos de fertilidad son carísimos. Gloria y Ernesto se han gastado una pasta en la inseminación artificial.

—¿Cuándo hemos pasado de si quiero casarme a la inseminación artificial?

—Soy tu hermana mayor, me preocupas. Gonzalo es muy parado y si no mueves ficha tú...

—Es igual. Gracias —Sonrió al camarero y miró de reojo su Tablet, dónde a esas horas ya debía haber llegado el siguiente libro de Jeremiah Hanson.

—No puedes pasarte la vida sin avanzar, Clara. Los dos tenéis el Síndrome de Peter Pan, creced de una vez y por favor... ¡deja ya de mirar tu puta Tablet!

—Lo siento, lo siento. Ya la dejo, solo quería comprobar si me ha entrado un libro que pedí...

—Me da igual.

Dejó a su hermana Blanca, que había hecho en su vida todo lo que se esperaba de ella, y cómo se esperaba de ella, y partió de vuelta al trabajo con una sensación de hastío total en el cuerpo. La aburrían su hermana, sus amigos y todo ese entorno suyo, cuya máxima aspiración era seguir manteniendo su lugar seguro en el mundo sin plantearse, ni en sueños, romper un poco con las reglas, tirarse a la piscina y vivir un poco. Estaba harta de los años adecuados de noviazgo, los precisos para preparar la boda, la dichosa boda, los años aconsejables de matrimonio antes de ponerse a tener hijos y así sucesivamente, hasta convertirte en una señora mayor que tiene todo perfectamente controlado y que no ha vivido un carajo, aunque claro, eso sí, nadie le podrá reprochar jamás nada de su impoluto comportamiento. Un asco.

Al menos Sonia Palominos, esa compañera tan tímida del colegio, estaba rompiendo un poco las reglas y se casaba casi en seguida (si en seguida de podía llamar a eso) con un novio extranjero al que no conocían de toda la vida. Aleluya por Sonia, en cuanto pudiera le iba a mandar un mensaje para felicitarla.

Entró en la oficina, se sentó en su mesa y encendió el ordenador. Efectivamente, Amazon ya le había mandado el nuevo libro de Jeremiah Hanson. Estupendo, así tendría entretenimiento para unos cuantos días, porque pensaba dosificar la lectura y no devorar la novela en dos noches. De eso nada, porque necesitaba saborearlo tranquilamente. El teléfono le vibró en el bolso y contestó sin mirar, se lo puso en la oreja abriendo el trabajo que tenía pendiente y oír la voz de Gonzalo la sorprendió un poco.

—¿Cari?

—¿Gonzalo? —Miró la hora— ¿Pasa algo?

—No pasa nada, bueno, sí, he estado mirando escapadas para el puente de noviembre y resulta que hay un viaje muy interesante de cuatro días a Estambul. Siempre hemos querido ir y ahora está tirado, aunque mi madre opina que es muy peligroso, a mí me apetece un montón, ¿cómo lo ves?

—¿Se lo has preguntado a tu madre primero?

—Justo me llamó en ese momento, ¿lo cojo o no?

—Pues... —sonrió pensando en la pequeñita aventura y asintió, pero no alcanzó a verbalizarlo porque Gonzalo soltó aquello que no esperaba oír ni en sueños.

—Álvaro y Ana se apuntan, también Luis y Sandra, y Gus, que desde que rompió con Marga no levanta cabeza...

—¿Ya lo has consultado con tu hermano y tus amigos?

—Nuestros amigos, invita a Lucía si quieres.

—No quiero, pensé que se trataba de una escapada para nosotros dos.

—¿Solos?, que aburrido, Clara, por favor. A más gente mucho mejor.

—¿Y los has llamado a todos antes que a mí?

—Te llamé dos veces y no lo cogiste, no me seas susceptible.

—No soy susceptible, pero es igual —Respiró hondo y abrió la primera

posición del ebook— Cógelo si quieres, yo no me apunto porque prometí ir a Málaga a ver a mi abuela.

—¿En serio?, pues nos vamos a Málaga, me parece bien.

—No, Gonzalo, yo voy a Málaga, tú aprovecha y vete a Estambul.

—¿Yo solo?

—¿Solo?

—Me refiero a sin ti, no me parece...

—A mí me parece perfecto, es una gran idea y así nos aireamos un poco. Hala, coge el viaje y ya me cuentas. Nos vemos esta noche. Adiós.

Madre mía que pelmazo de tío, no sabía hacer nada solo, a todas partes con la misma pandilla desde los catorce años. Eso no podía ser sano, aunque lo más insano de todo era ella, que a pesar de ser consciente de esa vida insulsa que llevaban, no hacía nada por cambiarla o mejorarla, y se dejaba llevar por la inercia como una idiota sin voluntad.

Gonzalo, la pandilla, la familia, los amigos, todos estaban estancados en la rutina y en lo “normal”, bien sujetos a la seguridad que les proporcionaba hacer siempre las mismas cosas, con las mismas personas, y ella iba a la saga, protestando, enfadándose y pensando en hacer mil cambios, sí, pero sin dar jamás un paso al frente, así que la mayor culpable allí de su lineal existencia ella era misma, Clara María Corona Villanueva, y no había nada más que hablar.

Miró de reojo a los compañeros aburridos que andaban por allí, y que estaban esperando con ansias la cinco de la tarde para plegar y marcharse a casa, y abrió Internet para mirar las páginas de inmobiliarias que tenía seleccionadas. Pinchó en sus preferencias y una vez más miró con ojos golosos el ático en el centro que la tenía enamorada. Era perfecto para una pareja, a un tiro de piedra de todo, con mucha luz y a un precio relativamente razonable... suspiró, dio a imprimir, recogió el folio de la bandeja y se lo guardó en el bolsillo.

—Mira que piso más bonito, es un ático, en plena calle Barquillo, tiene hasta garaje si queremos... —Le enseñó el folio con su hallazgo y Gonzalo apartó los ojos de su super televisor para mirarlo de reojo.

—Debe costar una pasta ¿Quién lo quiere?, ¿la loca de tu amiga Guadalupe?

—Guadalupe ya tiene un apartamento en el Paseo de las Delicias.

—Pero como siempre se anda cambiando de casa.

—Se ha cambiado dos veces...

—Una barbaridad, dos mudanzas en cuatro años, menuda pirada —Interrumpió, mirando otra vez una serie de HBO.

—Tiene casi treinta años, edad para mudarse lo que le de la gana y... —Se pasó la mano por el pelo— no es para ella, es para mí, vamos, para nosotros. Siempre he querido vivir en el centro, te lo he dicho...

—¡¿Qué?! ¿y dejar Las Rozas?, ¿en serio?

—¿Por qué no?

—Mis padres nos avalaron para este piso ¿recuerdas? Jamás consentirán que me vaya del pueblo para vivir el Madrid.

—Tienes treinta años, tío ¿qué importa lo que opinen tus padres?

—Me gusta vivir aquí, nacimos aquí, crecimos aquí, nuestros amigos están aquí, no quiero...

—Ni que fuera Australia, estaríamos a media hora en coche...

—¿Y dónde pretendes aparcar en la calle Barquillo?

—Se puede comprar una plaza de garaje, acabo de decírtelo.

—Para endeudarnos más.

—Llevo cuatro años fija en el banco y me han ofrecido un crédito hipotecario muy ventajoso, yo...

—Ni hablar, Clara, no pienso dejar Las Rozas para vivir en ese barrio que solo vale para ir de cena o de copas.

—¿O sea que piensas envejecer y morir en Las Rozas?, no, mejor dicho, ¿piensas envejecer y morir en ese sofá?

—Muy graciosa.

—No estoy de broma. No pienso vivir el resto de mi vida aquí porque tú no quieras enfadar a tus padres o separarte de tu pueblo de toda la vida. Tenemos edad para hacer cambios, emprender nuevas cosas. Si no lo hacemos ahora, no

lo haremos nunca ¿no lo ves?

—Cuando nos casemos nos podremos comprar un chalé, mi madre no para de decirme que en cuanto pongamos la fecha de la boda nos ayuda a buscar una casa con jardín y... ¡Clara!

Clara ya no oyó nada más, se metió en el cuarto de baño y se encerró con llave. Le hervía la sangre de rabia e impotencia, se miró en el espejo y vio que estaba llorando, se giró hacia la ducha, abrió el grifo y se metió debajo del agua fría con ropa y todo. No podía más, no podía vivir así o se volvería loca, completamente loca.

Aleluya. Gonzalo y la *cuchipandi*, como se llamaban a sí mismos, ya en Estambul, y el piso enterito para ella sola. Por supuesto no se había ido a Málaga, y no se lo dijo a su novio hasta que la llamó desde Turquía para contarle que habían aterrizado sin novedad.

Si llega a decirle que sus planes reales eran quedarse en casa tranquila y sola, seguro que anulaba el viaje y le estropeaba el puente porque, encima de todas sus manías, Gonzalo, además, odiaba viajar. Para él eso de conocer otros lugares y alejarse de su casa no le parecía nada atractivo, como mucho disfrutaba de ir al pueblo o moverse dentro de España con unos límites, y a la mínima anulaba escapadas y planes con las excusas más absurdas.

“Para ampliar la mente hay que viajar” le decía continuamente todo el mundo, pero él nada, para él eso de “en casa como en ningún sitio” era dogma de fe. Que lástima, por Dios... así de pequeñitas eran sus expectativas, sus sueños y hasta sus opiniones. Afortunadamente, a ella no le importaba viajar sola, a su aire, o con amigas, así que a pesar de salir con él nunca había dejado de viajar y conocer mundo. Al menos en eso no había conseguido llevarla a su terreno.

De pronto pensar en aquello la dejó quieta y sin aliento. Se pasaba la vida criticando a su novio con el que tenía muy pocas cosas en común, y se sintió fatal por ser tan intransigente y tan bruja, tan poco tolerante, pero la verdad es que no soportaba esas cosas del pobre Gonza y si lo aguantaba era por cariño, por costumbre y por amistad. Esa era la pura verdad.

Se habían conocido en el colegio, habían hecho juntos desde la primaria y se habían ennoviado a los dieciocho, cuando acabaron el bachillerato y pasaron a la universidad. Él era adorable y muy guapo, siempre le había parecido un chaval divertido y encantador y, lo más importante, bebía los vientos por ella, y eso, quieras o no, cautiva a cualquiera.

En los diez años que llevaban juntos había roto con él una docena de veces, incluso para poder marcharse libre al Erasmus en Italia, pero al final

siempre le podía la pena, los amigos que le suplicaban que le diera otra oportunidad, la amistad y la lealtad, y volvía con él. Así muchas veces, hasta que finalmente, tras la última gran huida suya y una ruptura de varios meses, volvieron y se fueron a vivir juntos. Un error, lo sabía, pero él era muy pesado, muy constante, y aunque era un guaperas con buen trabajo y mucho carisma, no ligaba con nadie y le guardaba ausencia, como en las novelas románticas.

Ella estaba con él porque era un amigo al que quería y no podía hacer daño, y él estaba con ella porque odiaba los cambios y era incapaz de plantearse una nueva relación, una nueva vida lejos de su cómoda y agradable rutina. Así de sencillo, Clara lo sabía y lo había comentado con él en más de una ocasión, pero él se negaba a aceptarlo, decía estar enamorado, y ahí seguían, anclados a una historia que no tenía futuro, aunque sus padres esperaran un anuncio de boda en cualquier momento.

En fin, se dijo como consuelo y se sentó en el sofá a leer un libro que le había recomendado su amiga Guadalupe sobre los sueños. No se trataba de la interpretación de sueños o algo parecido, se trataba de un manual para inducir y recordar sueños lúcidos, es decir, sueños en los que se adquiere consciencia de lo que se sueña.

Un tema que le apasionaba desde pequeña, cuando pasaba parte del verano en el pueblo de su padre en Segovia y mataba las horas muertas intentando provocarse sueños concretos, no duermevelas soñadores, no, sueños profundos que la llevaran donde ella quería ir exactamente (y después recordarlos con claridad). Una práctica agotadora y con la que había tenido bastante éxito.

Abrió la primera página del manual de ese conocido siquiatra estadounidense que se llamaba William Watson y cuando volvió a levantar la vista ya era de noche y estaba helada. Se había pasado toda la tarde leyendo sin parar.

Se levantó, se estiró, contestó a unos mensajes de Gonzalo, que protestaba desde Estambul según lo previsto, se preparó un baño, cenó tranquila y se metió en la cama con el último libro de Jeremiah Hanson. Una delicia. A las dos de la mañana dejó de leer y se acordó del método del doctor Watson, el de los sueños, que recomendaba fijar una imagen en la cabeza y no

desviarse de ella hasta que el sueño nos venciera y nos llevara donde, en teoría, quisiéramos ir. También reconocía que no todas las personas estaban preparadas para conseguir la experiencia a la primera y que era buena idea anotar el sueño que nos apeteciera inducir y llevar esa nota siempre encima, así se podía leer y fijar en el subconsciente durante el día.

Es decir, lo importante era ser constante y disciplinado y de esa forma tan sencilla podríamos conseguir soñar con lo que quisiéramos. Una aspiración un poco absurda, pensó de repente, pero la verdad es que le apetecía una barbaridad probarlo, no perdía nada, y si era efectivo el método, y resultaba, podía llegar a ser realmente divertido.

Así pues, como estaba segura de que esa noche nadie acabaría despertándola de mala manera, cerró los ojos y susurró: Jeremiah Hanson allá voy.

Menuda polvareda. En aquellas tierras el viento no cesaba nunca y la falta de vegetación hacía que vivieras constantemente entrecerrando los ojos y limpiándote el pelo y la ropa de polvo.

Subió la mirada y a lo lejos divisó a Jeremiah entrando en el granero con Blue, su caballo, y cerrando la gran puerta de madera para quedarse allí un rato más trabajando. Aparte de su casita de un solo ambiente, que ella mantenía dentro de lo posible limpia y en condiciones, el único otro edificio (si a eso se podía llamar edificio) de la zona, era su granero. Un galpón bastante grande dónde guardaban el grano, las herramientas y los animales: un caballo, seis gallinas en un corral, y un cerdo. Se podían considerar muy afortunados y pronto pensaban comprar una vaca. En otoño, había prometido Jeremiah, que era el hombre más trabajador que ella había conocido en toda su vida.

Estaban en junio, acababan de empezar la cosecha del trigo y esperaban tener en septiembre el dinero suficiente para comprar una vaca lechera, o dos, e iniciar así un negocio que, ambos creían, los podría hacer ricos, y si no ricos, al menos les ayudaría a vivir más tranquilos porque, como aseguraba todo su entorno, no podían vivir únicamente del campo.

Llegó al granero, abrió el portón y Charly, su perro, salió para saludarla. Entornó los ojos y cerró la puerta con algo de dificultad, luego se giró para buscar a Jeremiah y lo vio al final del granero limpiando la azada y el hacha. Él levantó los ojos celestes y le sonrió.

—Señora Hanson...

—Buenas tardes, la cena está casi lista —Saludó con mariposas en el estómago. Lo quería tanto.

—Ahora voy, dame un segundo Rose.

—Claro.

Un poco desconcertada se miró a sí misma y se tocó el tosco vestido

gris, subió la mano y pudo acariciarse la larga trenza pelirroja, respiró hondo y por un segundo fue consciente de que estaba soñando, de verdad estaba soñando. Estaba en Tulsa y tenía a Jeremiah Hanson enfrente, a pocos pasos de distancia, pero ella no era Clara, sino Rose, Rose Hanson y aquello la hizo sonreír.

—¿Qué te hace tanta gracia, señora Hanson?

—¿Eh?, nada, nada. ¿O sea que ya vienes a cenar?

—Termino con esto, me aseo y ahora voy —Observó con devoción como inclinaba la cabeza dejando que el pelo rubio y largo le tapara la cara y volvió a sonreír muy emocionada. Sentía perfectamente el amor que la unía a ese hombre y se conmovió casi hasta las lágrimas— ¿Qué libro nos toca hoy?

—Seguimos en Salmos.

—Claro, Salmos.

—¿Qué hacía el ayudante del sheriff por aquí? —Preguntó sin quitarle los ojos de encima y él no se movió ni levantó la cabeza.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto de lejos, ¿qué quería?

—Me preguntó si tenía algún arma, un rifle o...

—Y no tenemos.

—Lo sé, y me aconsejó que comprara una.

—¿Cómo?, ¿por qué?

—Dice que si queremos estar seguros debería comprar un rifle. Hay un hombre del norte que ha llegado a Tulsa con armas aprobadas por el gobierno, al parecer es un tipo de toda confianza y me recomendó que hablara con él.

—¿Y eso cuánto cuesta?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—No lo sé exactamente, Rose —Levantó la vista y la miró con el ceño fruncido—, pero haré caso a Richardson y hablaré con él, mañana iré al pueblo y veré qué se puede hacer. Necesitamos un arma.

- No tenemos dinero y...
- Algo tenemos ahorrado.
- Para comprar una vaca lechera.
- Eso puede esperar, nuestra seguridad no.
- ¡¿Qué?!

Sin querer levantó la voz y Jeremiah se irguió, dejó las herramientas a un lado y apoyó las manos en las caderas. Era tan guapo, que Clara dio un paso atrás y tragó saliva un poco nerviosa. No tenía ni idea de cómo o por qué seguía ese diálogo con tanta fluidez y volvió a ser consciente de que estaba soñando. Estaba metida en un sueño increíblemente vívido y aunque en condiciones normales le importaban un carajo una vaca lechera o un rifle, ahí estaba, discutiendo con un cabreo enorme subiéndole por el pecho.

Sostuvo la mirada celeste de Jeremiah Hanson y él no dijo nada durante unos segundos interminables, con la mandíbula tensa y los hombros rectos. Iba vestido con unos pantalones de trabajo beige y una tosca camisa en el mismo tono, abierta hasta la mitad del pecho. Era alto, fuerte, varonil y tenía la piel tostada por el sol. Un tiarrón espectacular que la empezaba a mirar con muy malas pulgas, tantas, que muy a su pesar tuvo que bajar la cabeza un poco avergonzada.

- Ve a servir la cena, Rose.
- Pero...
- Ocúpate de la comida.
- No podemos permitirnos un...
- Eso ya lo decidiré yo, que para eso soy el cabeza de familia.
- También es mi dinero.
- ¡¿Qué?! —Tiró el paño que tenía en la mano con violencia al suelo y ella saltó— ¿Tienes algo que sacarme en cara, Rose?, ¿quieres administrar tú el dinero que nos dio tu padre?, ¿quieres faltarme al respeto de alguna manera?
- No es eso, solo digo que deberíamos hablarlo con... —Sintió las lágrimas rodándole por la cara y recordó que Jeremiah Hanson era extremadamente sensible con el tema del dinero, especialmente si se mentaba el dinero que el

padre de Rose les había regalado el día de su boda—. Necesitamos comprar ganado.

—Si vienen unos forajidos por aquí y no puedo defenderte, de poco nos servirá el ganado.

—Yo...

—Tú aceptarás lo que yo decida y chitón. Que para eso soy tu marido.

Pasó por su lado con mucha energía y ella se apartó temblando. Jeremiah no era violento, con ella mucho menos, pero por un momento sintió algo de miedo, y de paso de culpa por haberlo ofendido sin querer, y temió que la había fastidiado bien porque seguramente la verdadera Rose Hanson jamás lo hubiese enfrentado así... ¿o sí?, en medio del barullo emocional intentó acordarse de las novelas y empezó a perder la perspectiva. Estaba empezando a despertarse y no quería, hizo lo posible por centrarse y seguir durmiendo, seguir en Tulsa, pero fue imposible, no lo pudo controlar y se despertó de un salto en la cama.

—¿Y hablabais en inglés?

—¿Cómo dices?

Miró a Guadalupe con atención y su amiga dejó el tenedor a medio camino entre el plato y la boca para esperar su respuesta. Acababa de contarle lo de su impresionante sueño, conseguido gracias al libro del doctor Watson, y ella no paraba de hacerle preguntas un poco absurdas, así que respiró hondo y miró por la ventana. Aún no hacía mucho frío, pero estaban empezando a bajar las temperaturas y eso era una noticia estupenda. Odiaba el verano, el calor sofocante de Madrid, y el otoño siempre le había parecido el mejor regalo tras soportar la canícula madrileña durante cuatro largos meses.

—¿Clara?

—¿Qué? —Miró la hora y comprobó que ya eran las tres y media de la tarde—. Mañana a estas horas Gonzalo estará de vuelta.

—Sí, vaya pena, pero aparquemos a tu novio para más tarde, contesta a mi pregunta: ¿en el sueño hablabas en inglés?

—Ni idea, nos comunicábamos perfectamente, no me paré a pensar en qué idioma estaba hablando. Creo que en los sueños eso no tiene importancia.

—Pues la próxima vez presta atención y me lo cuentas. Tengo curiosidad, una vez soñé que estaba en Pekín y entendía a todo el mundo. Una pasada.

—¿Un sueño inducido?

—No, todavía no había descubierto a Watson, la verdad es que, como te dije antes, solo intento soñar con Paolo y últimamente con Alexander Skarsgård, que está muy bueno. Estoy obsesionada con ese tío desde que lo vi en *True Blood*.

—Ya, como todas. ¿Y con Paolo funciona?

—Casi al ochenta por ciento, y cuando ha resultado ha sido la bomba. Ahora todas las noches intento que él sea mi último pensamiento —Sacó el teléfono y

le enseñó un álbum de fotos de su ex—. Tengo esta selección de imágenes que miro con atención cada vez que tengo un momento.

—No sé si es muy sano soñar con tu ex.

—Al menos lo tengo en sueños y me despierto muy contenta.

—Eso sí, yo me desperté con una sensación estupenda, primero de desconcierto, pero cuando me centré, me puse muy feliz y me duró todo el día. Anoche intenté repetir y no resultó, pero seguiré trabajando con eso. Es un regalo del cielo.

—Prueba con otras cosas: un paseo por Roma, por Londres, un recuerdo de tu infancia...

—Creo que de momento me quedo con Jeremiah Hanson, que no puede gustarme más.

—Siempre tan romántica, Clarita, eres de lo que no hay.

—No puedo evitarlo.

—¿Y qué dijo Gonza del piso de Barquillo?. Espera —levantó la mano y Clara sonrió—. Que ni hartos de vino, vamos, como si lo estuviera oyendo. Que tío más soso.

—De Las Rozas no lo mueve nadie.

—Menos mal que a ti sí y deberías planteártelo en serio, pero de verdad, nada de planes y quimeras, Clara. Tienes veintiocho años, no sigas gastando tu tiempo al lado de un tío que no te llega ni a la suela de los zapatos.

—Tampoco es eso, es un buen tío, solo es un poco inmaduro, pero yo...

—¿No te planteas que soñar con Jeremiah Hanson, o fantasear con todos esos protagonistas de las novelas que tanto de gustan, es un poco serle infiel a Gonzalo?

—Obviamente no.

—¿Tú crees que si lo tuyo con Gonzalo tuviera más fuegos artificiales no leerías tanto y de forma tan compulsiva? —Levantó un dedo para hacerla callar—. Todos leemos y fantaseamos un poco, pero lo tuyo se pasa de la raya, Clara, siempre estás con alguna novela romántica que encima vives en primera persona. Yo creo que, si tuvieras un amor pasional y verdadero, tu afición

lectora sería menos intensa y más normal.

—Vaya, gracias.

—Solo es una observación.

—Sabes que los libros me ayudan a sentirme mejor. Siempre ha sido así.

—Lo sé y aleluya, gracias a los libros estás viva y algo cuerda, pero...

—Bueno, tampoco...

—¿Clara? —La voz las interrumpió y las dos miraron a la recién llegada con cara de pregunta— ¿No te ibas a Málaga?, mi hermano nos dijo que te ibas con tu abuela y que por eso no podías viajar a Estambul.

—Hola, Marina, ¿conoces a Guadalupe?

—Por supuesto, hola ¿cómo estás? —La hermana menor de Gonzalo, vestida a la última, con el pelo teñido a la última, y un montón de bolsas en el brazo, observó a su amiga de soslayo y luego le clavó los ojos esperando una respuesta coherente— ¿No fuiste finalmente a ver a tu abuela?

—No, ¿tienes algún problema?

—¿Yo? —Se sonrojó y forzó una sonrisa encantadora— No, es que me extraña, a Gonza no le gusta viajar y, bueno, se fue con la cuchipandi porque tú te marchabas a Málaga y, en fin, me sorprende verte por Madrid.

—Ya ves, al final me quedé.

—¿Y has traído el coche?, podrías llevarme a Las Rozas y así ves a mis padres, la abuela viene a cenar.

—He traído el coche, pero Guadalupe y yo nos vamos después de comer al cine, así que lo siento.

—¿Al cine? —Marina la miró como si tuviera la peste y luego carraspeó—. Vale, pues, tú misma, me voy con mis amigas. Ya nos veremos. Adiós.

—Adiós.

Las dos se despidieron al unísono y luego se miraron a los ojos sonriendo. Clara sabía, fehacientemente, que en ese mismo instante Marina ya estaría llamando a su madre para contarle las novedades: El escandaloso hecho de que no había ido con Gonzalo a Estambul, tampoco a Málaga a ver a su abuela y que se encontraba en una cafetería del centro de Madrid con una

amiga con la que (oh, horror) pensaba ir al cine.

—¿Dónde te metes? —Tres horas después, en cuanto puso el coche en marcha y enfiló hacia Moncloa y la Carretera de La Coruña, Clara pulsó el manos libres y escuchó el tono cabreado de Gonzalo.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—Voy camino de casa ¿qué pasa?, ¿estás bien?

—Todo lo bien que puedo estar si tú andas de picos pardos por Madrid y con una de tus amigas. Me ha llamado mi madre para contarme que Marina se encontró contigo en Fuencarral y que no quisiste llevarla a casa porque te ibas a no sé dónde con Guadalupe.

—Al cine, acabo de salir de los Cines Princesa ¿cuál es el problema?

—Que me dejas como un gilipollas con mi familia, porque no les había querido contar a que al final no te habías ido a Málaga.

—¿Y qué coño le importa a tu familia lo que yo haga? —Soltó enfadada y el otro bufó indignado—. Que tú sigas dando explicaciones a tus padres a los treinta años es tu problema, Gonzalo, no el mío y ¿sabes qué?, ni se te ocurra volver a llamarme en ese tono porque te vas a ir rapidito a la mierda ¿queda claro?

—Muy bonito, Clara, muy educada. Aquí todo el mundo flipando por cómo te portas conmigo y encima te pones chulita. No sé cómo te aguanto.

—Yo tampoco, así que ya sabemos lo que tenemos que hacer.

—Y otra cosa —obvió el comentario y le soltó muy digno—. No vuelvas a tratar a mi hermana así, a nadie de mi familia, porque te recuerdo que el coche que vas conduciendo es mío, así que lo mínimo que podías haber hecho era olvidarte de tu amiga y llevar a Marina a casa.

—Tú eres gilipollas, Gonzalo, te lo digo en serio...

—Oye...

Le colgó y apagó el móvil. Era increíble lo imbéciles que eran Gonzalo, sus padres, sus hermanos, su puñetera cuchipandi y toda esa fauna que lo rodeaba y de la que él dependía tanto. Seguro que la había llamado empujado

por sus amigos, a los que habría contado al detalle la llamada de su santa madre. Seguro que todos la habían puesto a caer de un burro y eso lo había envalentonado para hablarle así, si no, jamás se hubiese atrevido a increparla en ese tono.

Llegó a su casa enfadada y con ganas de hacer las maletas y salir corriendo, pero no fue capaz. Desconectó el teléfono fijo y se preparó un baño y un sándwich vegetal con un refresco, se metió en la bañera y cenó leyendo la novela de Jeremiah Hanson con un silencio delicioso a su alrededor.

Acabó el baño y se fue a la cama bastante más tranquila. Apagó la luz, se acomodó entre las almohadas y cerró los ojos pensando en Tulsa, en Jeremiah y en todo aquello que la esperaba en sus sueños.

Despertó a la una y media de la madrugada sin haber logrado ni acercarle a Tulsa. Se espabiló, encendió la radio y se quedó escuchando un programa nocturno de testimonios que la desveló definitivamente. A las tres encendió la luz y sacó uno de los libros de Jeremiah Hanson, a ver si la ayudaba a dormir y a soñar con él, pero no consiguió nada, aunque el sueño la venció a eso de las cinco de la mañana, cuando el informativo de la Cadena Ser fue lo último que oyó antes de caer con el libro en la mano y la luz encendida, en un sueño inquieto y poco profundo.

—Tenemos que hablar.

Gonzalo se le plantó enfrente, ella dejó de leer y lo miró con el ceño fruncido. Había aparecido en Las Rozas una hora antes de lo previsto y muy enfadado porque no había ido a recogerlo al aeropuerto, como se esperaba de una novia medianamente atenta. Eso le dijo tirando la maleta al suelo y blasfemando en arameo mientras la seguía por toda la casa. Clara lo observó con total indiferencia y al final él se había cansado y había acabado encerrado en el cuarto de baño, mientras ella se acomodaba en el sofá a terminar otro libro del doctor Watson que se había comprado esa misma mañana.

—Tú dirás...

—Mira, Clara... —Carraspeó y se le sentó enfrente—. No soy un puto gilipollas para que me trates así, soy tu novio y se supone que me debes algo de consideración.

—¿Y cómo te trato?, si puede saberse.

—Me ignoras, pasas de mí, de mi familia, de mis amigos, me dejas tirado y estás todo el día metida en tus libros. No me das la más mínima oportunidad y...

—¿Oportunidad?, ¿qué oportunidad?

—Pues de hacer cosas juntos, de...

—¿Quieres que juegue a los videojuegos contigo?, porque eso es lo único que

quieres hacer.

—Tú no has querido ir a Estambul, era un viaje para dos y tú te has negado a ir.

—No era un viaje para dos, era un viaje para toda tu cuchipandi y no me apetecía nada pasar un puente con ellos. No hacemos más que verlos, cuando te apetece salir, claro. Tus únicos planes los incluyen a ellos o a tu familia. Sota, caballo y rey, Gonzalo... siempre lo mismo. Perdona si no me parece atractivo tener que viajar con la misma gente una y otra vez porque tú no eres capaz de hacer nada solo y de forma independiente.

—Son nuestros amigos, ¿por qué vamos a pasar de ellos?

—No se trata de pasar de ellos, se trata de ampliar horizontes, viajar solos, salir solos, con otras personas. Abrir la mente, tío, que sois todos una panda de codependientes.

—Es una suerte tener amigos de toda la vida.

—Claro, pero también es necesario conocer a otras personas, crecer un poco, variar planes, improvisar, y no seguir haciendo las mismas chorradas que hacíamos a los quince años, ya somos mayorcitos.

—No tienes ni idea de lo que hablas, todos te quieren un montón...

—No entiendes nada, Gonzalo. Déjalo ¿quieres? —Lo miró un segundo y volvió a su libro sabiendo fehacientemente que él no comprendería jamás nada de lo que intentaba explicarle.

—A ver, doña perfecta, ilumíname. Explícate.

—Tenéis más de treinta años y seguís pensando que sois unos jovencitos sin responsabilidades, pegados a la misma gente, a la falda y a las decisiones de vuestros padres, sin necesidad de vivir de forma independiente y más valiente, siempre aferrados a vuestra zona de confort. Como unos gilipollas inmaduros, cuando ya todos sois adultos, a ver si os enteráis y tú el primero, que me aburres mucho.

—Que tú tengas una familia de mierda no...

—¿Sabes qué?, no quiero seguir hablando contigo. No pienso seguir perdiendo el tiempo. Déjame en paz.

—Siempre criticándolo todo, tía, eres insoportable.

—Exactamente.

—Vale, me voy a cambiar, mis padres nos esperan a cenar en una hora.

—No voy a ir a cenar con tus padres, Gonzalo.

—¿Cómo que no?, ¿estás loca? Les tengo que dar los regalos que les he traído de Turquía.

—Para eso no me necesitas a mí.

—¿Y cómo les justifico yo que no vas a cenar?. Primero me dejas tirado para el viaje y ahora... ¡Clara! —Llamó al verla levantarse aireada y la siguió hasta la cocina muy enfadado—. Mi madre nos espera a los dos y los dos nos vamos a presentar.

—No, no voy a ir a ninguna parte contigo, ni con tus padres, ni con tus amigos, ni con tus compañeros de trabajo. No, ¿me oyes bien?, nunca más, me tienes harta, no te soporto. No aguanto lo calzonazos y pusilánime que eres. Lo inmaduro y gilipollas que te has vuelto.

—Clara... —abrió mucho los ojos y dio un paso atrás—. No me hables así.

—Te hablo así porque por las buenas no entiendes una mierda.

—Vamos a calmarnos —levantó las manos y sonrió—. Lo siento, cari, solo estaba cabreado por tener que ir sin ti de viaje, que sabes que no me gusta y luego... bueno, la indiferencia con la que me tratas, pero en realidad no estoy enfadado contigo, es que te he echado mucho de menos.

—Esto no funciona, Gonzalo y deberíamos pensar seriamente en dejarlo. No me gusta como es mi vida ahora mismo y si te paras a pensar un poco, seguro que tú tampoco eres muy feliz con la tuya. Seamos adultos, civilizados, y acabemos de una vez por todas con...

—Ya estás con tus historias, ven —Quiso tocarla y ella se apartó—. Sabes que te quiero y que no puedo vivir sin ti. No podemos dejarlo, llevamos toda la vida juntos, ahora deberíamos estar planeando nuestra boda, no tirándonos los trastos por una estupidez, sabes que te quiero y que tú también me quieres... venga, tontita, lo siento mucho, dame un beso.

—¡No me toques!. No quiero que me toques y sí, te quiero, pero como quiero a mis hermanas, a Lucía o a Guadalupe, no como tú pretendes que te quiera, te lo he dicho un millón de veces.

—Y al final siempre lo arreglamos.

—Esta vez no, Gonza, en serio... —Bajó el tono y buscó sus ojos claros—. Estoy tan harta de todo esto que acabaremos matándonos, no puedo más, si me quieres deberías respetar mi decisión.

—Y ¿así?, ¿de repente?

—No es de repente, llevo rompiendo contigo diez años.

—Antes de irme a Estambul estabas tan tranquila y ahora...

—No quise ir contigo a Estambul, será por algo ¿no?

—Dijiste que no querías ir con tanta gente, es lo único que me has dicho.

—Ay Dios —Se apoyó en el encimera y soltó un bufido—. No voy a entrar en un bucle interminable de discusiones absurdas porque en realidad no sé si eres idiota o te lo haces para torturarme y sacarme de quicio.

—Vale, vale. Me voy a cenar con mis padres, tu relájate y cuando vuelva hablamos otra vez. Si quieres, el próximo finde podemos hacer algo solos y así lo discutimos todo con más calma.

—Adiós —Lo observó con un tremendo agotamiento sobre los hombros y bajó la cabeza. Él desapareció y luego reapareció en el pasillo vestido y perfumado. Clara lo miró de reojo y le dio la espalda.

—Me voy, vuelvo sobre las diez y media. Te he dejado en la mesilla el folleto del crucero que Sandra nos ha reservado. Es la leche, de Londres a San Petesburgo, como tú querías, seguro que te encanta. Míralo y ya lo cerramos, porque tenemos que dar un adelanto esta semana, los demás ya han pagado...

Clara agarró un tomate de la encimera y lo estrujó con todas sus fuerzas dentro del fregadero, lo destrozó, hasta que oyó cómo Gonzalo se alejaba por el pasillo y finalmente cerraba la puerta de entrada. Respiró hondo, tiró los restos del pobre tomate a la basura, se lavó las manos y se fue directo a su cuarto, abrió su ordenado altillo del dormitorio, sacó la maleta más grande, la puso sobre la cama y empezó a llenarla con sus cosas, las imprescindibles, con mucha calma y sin apenas parpadear.

Acabó de hacer la maleta, cogió una más pequeña para sus cremas, perfumes, el maquillaje y sus libros más queridos, metió la Tablet y el portátil, agarró una mochila y la llenó con sus documentos y papeles importantes,

dinero, los cargadores y su monedero, la cerró, las llevó a la entrada y llamó a su amiga Lucía.

—Hola, Lucía ¿me puedo quedar en tu casa?

—¿Qué ha pasado?

—Me he hartado.

—Ya era hora, pero no estoy en Madrid, sigo en París, vuelvo el miércoles, ¿tienes llaves de mi casa o llamo a la portera para que te abra?

—Tengo un juego —Miró el llavero de cerámica donde la llave del piso de Lucía reposaba tan tranquila, la agarró y se la metió en un bolsillo del vaquero—, aunque avísale a la portera que voy, por favor.

—Lo que quieras. ¿Qué ha pasado para que...?

—Nada grave, luego te llamo desde tu casa.

—Vale.

—Adiós.

Llamó a un servicio de radiotaxi, abrió la puerta, salió al rellano y la cerró sin mirar ni medio segundo atrás.

—Salmos 126:2 “Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza; Entonces dirán entre las naciones: Grandes cosas ha hecho Jehová con éstos”. Salmos 126:3 “Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; Estaremos alegres” —Dejó de leer, subió los ojos y observó a Jeremiah, que parecía un poco distraído, carraspeó y siguió leyendo—. Salmos 126:4 “Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, Como los arroyos del Neguev”. Salmos 126:5 “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán”. Salmos 126:6 “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; Mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” —Guardó silencio y cerró la biblia, miró a su marido y él tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Tienes que decir cada vez el capítulo y el versículo?. Se hace pesado.

—Siempre los hemos leído así.

—Mi padre lo leía todo seguido, es más ameno.

—La palabra de Dios no siempre es amena.

—Podemos hacerla amena, en fin... —Se puso de pie y se fue hacia la cama—. A dormir, señora Hanson, es tarde.

Suspiró y lo siguió con los ojos. Su casa no tenía puertas, ni espacios estancos, así que la cama, no muy grande y humilde, estaba a dos metros de la mesa del comedor, la cocina y la silla donde estaba sentada. No podía evitar verlo, ni cerrar los ojos para dejar que se desnudara con algo de intimidad, no podía y tampoco quería, porque lo cierto es que apenas podía apartar los ojos de Jeremiah Hanson desde que lo había visto por primera vez, en Boston, hacía más de dos años.

Abrazó la biblia y pensó en ese día mágico, en que él había aparecido en su casa invitado por su padre para cenar. El reverendo Robinson, su respetado padre, había arrastrado a su familia (mujer y seis hijos) desde Inglaterra hasta las Colonias en 1861, cuando ella, la pequeña de la casa, tenía un año.

Vivían en el precioso Boston muy bien, cuidando de la fe y el alma de sus feligreses, se sentían amados y felices en aquella ciudad que era un dechado de actividad y en 1878, cuando conoció a Jeremiah Hanson, se sentía una chica americana más.

Nacida en Liverpool y rodeada de una abundante colonia inglesa, su madre esperaba por entonces casarla con un trabajador y buen hombre británico, sin embargo, Jeremiah se adelantó, llegó a tiempo de evitar cualquier compromiso con otro, la enamoró al instante, la rondó, la pretendió, pidió su mano a las dos semanas de conocerla y al mes y medio estaban casados. Así de rápido, así de afortunado.

En cuanto miró sus ojos celestes por primera vez supo que era él, su otra mitad, su alma gemela, el hombre que Dios había puesto en la tierra para ella. No le importó que viniera del Oeste y fuera un joven ambicioso y lleno de sueños, pero sin un céntimo, ni que tuviera planes de llevarla lejos de Boston y de los suyos. No le importó nada, se agarró a su fuerte mano, cerró los ojos y partió a su lado, con un caballo, una pequeña carreta con cuatro enceres, dos libros y seis mudas de ropa, en una caravana de diez familias que pretendían llegar a Texas en busca de tierras y ganado.

El viaje había sido duro y arriesgado, llegó a pasar mucho miedo al sentirse asediada por animales salvajes o salteadores de caminos, por bandoleros que los esperaban cada noche con la intención de matarlos y quitarles lo poco que llevaban encima, pero habían tenido suerte y no les había pasado nada. Jeremiah opinaba que eran tan pobres que a los bandidos no les interesaba mancharse las manos por nada, y quizás tuviera razón, o simplemente la voluntad de Dios era que llegaran sanos y salvos a su destino.

En Oklahoma dos familias amigas, los Smith y los Taylor, les ofrecieron asentarse con ellos en Tulsa, una localidad joven y próspera, con un clima infernal, pero con buenas tierras dispuestas a ser trabajadas. No se lo pensaron mucho y en seguida decidieron comprar un par de acres cerca del pueblo, y madera para construir su casa. En nada pudieron levantar su hogar, su granero y empezar a sacar partido a sus tierras.

Llevaban veinte meses en Tulsa, ella acababa de cumplir los veinte años, Jeremiah los veintiséis, y ya eran dueños de cuatro acres (una hectárea y media) en una zona muy buena, con un arroyuelo, pozo y una tierra generosa y

bella. No podían sentirse más afortunados, ella amaba con locura a su esposo y solo esperaba que Dios les regalara un último gran milagro: un bebé.

—Rose...

—¿Qué? —Subió los ojos y lo vio tendido en la cama, desnudo y sonriente. Hacía mucho calor y era de los que no podía dormir vestido, lo sabía perfectamente, pero no pudo evitar sonrojarse y desvió la vista poniéndose de pie.

—Desnúdate, señora Hanson.

—Ahora vengo —Salió de la casa y agarró el camisón que había dejado preparado junto a la ventana, se lo llevó al excusado, entró y se lo puso allí, luego dobló la ropa y regresó a la casa despacio y soltándose el pelo. El viento cálido la hizo temer otra gran tormenta, pero prefirió ignorarlo y entró atrancando la puerta, como hacían cada noche.

—Sácate eso —Protestó Jeremiah soplando la vela de la mesilla.

—Estoy bien así, gracias.

—Acabará arrancándotelo a mordiscos, no seas tan tímida.

—Por el amor de Dios.

—Llevamos dos años casados, he visto, tocado, besado, lamido, mordido y acariciado cada centímetro de tu cuerpo, señora Hanson, ¿cuándo dejarás de sentir vergüenza delante de mí?

—Tal vez cuando dejes de decir esas cosas.

—Madre mía...

Estiró la mano, la agarró de la muñeca y la tiró encima de la cama. En ese preciso instante Clara Corona supo que estaba soñando. Llevaba mucho rato siguiendo el hilo de un sueño larguísimo y muy vívido. Tan real y agradable que sonrió y a punto estuvo de perder la concentración, pero se calmó y se dejó llevar, rogando al cielo por ser capaz de continuar aquello que amenazaba con ser un encuentro sexual en toda regla con el hombre de sus sueños... nunca mejor dicho.

—Preciosa...

Sintió la lengua de Jeremiah Hanson acariciándole un pezón y se

estremeció entera, levantó la mano y enredó los dedos en ese pelo rubio, abundante, liso y tan suave. Él le mordió una terminación nerviosa del pecho y sintió un orgasmo instantáneo atravesándole la columna vertebral, pero quería más, mucho más, así que buscó su boca y lo besó con un ansia y una locura tal que él respondió agarrándola por el trasero con las dos manos para penetrarla con el mismo salvajismo. Soltó un grito ahogado, se aferró a su espalda, y siguió besándolo mientras él se mecía como un experto dentro de su cuerpo.

Si las cuentas no le fallaban, iba por el tercer orgasmo cuando empezó a sentir mucho calor. El torso caliente y empapado de sudor de Jeremiah Hanson la aplastaba sin mucha delicadeza y percibió el sonido de sus cuerpos húmedos rozándose y frotándose con desesperación. Era alucinante tenerlo dentro y tocarlo, poder morder esos hombros perfectos y devorarle la lengua, era maravilloso, pero el calor fue en aumento y una sensación de ahogo la empezó a devolver poco a poco a la realidad.

No quería, pero no pudo controlarlo, de repente su instinto de supervivencia fue mayor y se despertó de un salto, enrollado el edredón alrededor del cuello, empapada de sudor y jadeando. Miró la hora y comprobó que era tardísimo, no había oído el despertador y llegaba muy tarde a trabajar, pero no pudo moverse, se desplomó nuevamente sobre las almohadas, satisfecha y feliz, con una tremenda sonrisa en la cara.

—La madre que los parió... —Salió a la zona pública del banco y divisó de inmediato a la madre de Gonzalo, a su hermana Marina y a su hermano Javier, esperándola con gesto serio junto al cajero automático. Respiró hondo, agradeció a su compañera que la llamara, y salió decidida a enfrentar a esa gente con la que nunca, en realidad, se había llevado demasiado bien—. Buenos días, que sorpresa, ¿puedo ayudaros en algo?

—No te hagas la amable con nosotros, Clara, sabes muy bien... —Soltó Javier y su madre lo agarró del brazo para hacerlo callar.

—Sólo queríamos hablar contigo, Clara, ¿puedes salir a tomarte algo con nosotros? —Susurró su “exsuegra” forzando una sonrisa.

—Si queréis hablar conmigo de algo relacionado con créditos, información financiera o vuestras cuentas corrientes, podéis pasar a mi despacho. Seguidme por favor.

—Muy graciosa —Espetó Javier y ella se volvió para clavarle una mirada asesina.

—¿Perdón?

—Nos importa una mierda tu banco, queremos hablar sobre mi hermano, al que has abandonado como si fuera un zapato viejo después de tantos años...

—No tengo nada que discutir con vosotros sobre Gonzalo, y menos en mi puesto de trabajo, así que lo siento, pero hasta luego.

—El pobrecito está destrozado, ha vuelto a casa y no levanta cabeza —comentó la madre con los ojos húmedos—. Estamos todos cuidando de él, pero necesita hablar contigo.

—Mira, Mila... —Se cruzó de brazos y se dirigió solo a ella—. Lamento mucho que tu hijo no esté muy bien, de verdad que lo siento, pero esta vez, aunque no vuelva a levantarse de la cama o a comer, no pienso dar un paso atrás. En diez años hemos roto muchísimas veces, siempre he vuelto con él por pena, pero eso ya se acabó.

—¿Por pena? —Preguntó Marina muy ofendida— ¿Qué pena?, si deberías pisar el suelo por donde pisa mi hermano, al que por cierto no le llegas ni a la suela de los zapatos. Deberías darte con un canto en los dientes de que él te quiera y se empeñe en estar contigo. Pena nos das tú a nosotros, que no sabes valorar lo que tienes al lado.

—Repito: No voy a discutir con vosotros sobre esto y mucho menos en mi trabajo.

—Se lo debes, en diez años, Gonza... —Intervino Javier y ella levantó la mano.

—¿No le da vergüenza a Gonzalo que, con treinta años, tengan que venir su mamá y sus hermanos a increparme a mi oficina?, ¿en serio?

—Somos una familia muy unida y solo lo estamos apoyando, pero qué sabrás tú de eso si no eres más que una descartada.

—Suficiente. Hasta luego —Se dio la vuelta y Mila la agarró con fuerza por el codo.

—Estamos todos muy preocupados por Gonza, perdona a los chicos, solo quieren proteger a su hermano. En realidad, veníamos en son de paz, solo queremos que habléis, sabes lo que te quiere mi hijo, los planes que teníais, incluso ya podemos poner la fecha de la boda si quieres avanzar un poco más en vuestra relación, porque en eso tienes razón, te lo reconozco, los dos ya sois mayorcitos para seguir de novios eternos. Os ayudaremos, podéis comprar un chalecito, elegir el sitio que quieras para la boda...

—¿Importa lo que yo siento?

—¿Cómo dices? —La mujer parpadeó y miró a sus hijos un poco desconcertada.

—Os lo voy a explicar clarito para que no volváis nunca más a incordiarme con esto: No se trata de un farol para conseguir que Gonzalo madure y quiera casarse conmigo, ni de un chalet, ni de una boda de lujo en los Jerónimos, se trata de que quiero mucho a Gonza, pero como a un hermano o a un amigo. No estoy enamorada de él, no quiero vivir con él, ni hacer planes de futuro con él. No voy a volver nunca más con él y para mí se acabó, tengo derecho a querer cambiar mi vida, aunque a vosotros os parezca casi un pecado, tengo mis propios sentimientos, mis propios proyectos de vida, mis planes de futuro, y todos están muy lejos de Gonzalo, quién, por otra parte, se merece a alguien

que lo quiera y sea más parecida a él, no yo, que llevo diez años dejándolo un día sí y otro también.

—Serás puta —susurró Marina y ella la miró a los ojos.

—Y tú muy maleducada, mocosa de mierda.

—¡No hables así a mi hermana! —Javier hizo amago de empujarla y el guardia de seguridad del banco se acercó con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo, señorita Corona?

—No, gracias, Eduardo, estas personas ya se iban. Gracias.

—Estás cometiendo un gran error, Clara. Te abrimos nuestra casa, te hemos tratado siempre como a una hija, Gonzalo te adora y tú, tú no eres capaz de ver lo que estás perdiendo, eres una desagradecida y te deseo lo peor. Solo espero que la vida te haga pagar con creces lo mala persona que eres.

—Muchas gracias, Mila, lo mismo digo.

Jamás se había enfrentado a nadie así, y le temblaban las rodillas, pero permaneció tesa como un palo, sin mover ni un solo músculo de la cara, con los brazos cruzados y la barbilla en alto, observando como esa gente, que siempre la había odiado en silencio, abandonaba la sucursal. La niñata de Marina lloriqueando mientras le enseñaba el dedo corazón y el calzonazos de Javier, que era otro capullo infantil y pusilánime, lanzándole miradas amenazadoras. Estaba segura de que si se lo encontraba a solas cualquier noche por ahí, le arrearía un par de ostias sin pensárselo dos veces, porque era así de primitivo y gilipollas.

—Gonzalo, la próxima vez que aparezcan tu madre o tus hermanos en mi trabajo para presionarme, insultarme o simplemente para hablar, llamo a la policía. ¿Os queda claro?

—¿Qué?, Clara, por favor, sabes que yo...

—Sé que sabías perfectamente que hoy vendrían a verme, a suplicar en tu nombre y de paso a faltarme al respeto. Te conozco, os conozco muy bien a todos —se sentó en su silla y se pasó la mano por la cara— ¿No te da vergüenza, tío?, ¿en serio te crees que seguimos en el colegio?

—Es que estoy fatal y...

—He roto contigo porque, entre otras muchas cosas, me molesta muchísimo esa

relación dependiente e infantil que mantienes con tu familia, por esa falta de carácter de la que haces gala, por tu falta de personalidad, porque quieres seguir siendo un crío toda la vida. Lo sabes muy bien, te lo llevo reprochando años y años, ¿te parece que mandar a tu madre y a los maleducados de tus hermanos a plantarme cara ayudaría en algo?

—Ellos me quieren y quieren lo mejor para nosotros.

—Ya no hay un nosotros, Gonzalo, hemos roto, no voy a volver contigo te pongas como te pongas y te hago un favor, en el fondo lo sabes, porque no te quiero y nunca te voy a querer como tú necesitas, porque no estoy enamorada de ti, así que pasa de mí, compórtate como un tío adulto y déjame en paz. Tú y tu familia olvidaros de mí. Y eso también va por tus amigos, que no paran de llamarme.

—¿Hay otro tío?, porque si es así te perdono, yo...

—No hay nadie, y aunque lo hubiese no es asunto tuyo, simplemente no quiero seguir contigo.

—Dime la verdad, yo entiendo que últimamente estábamos fatal y sería normal que...

—No hay nadie más, ¿qué no entiendes de “no te quiero”? ¡Joder, macho!, un poquito de dignidad. De verdad, Gonzalo, espabila un poco y deja de esconderte bajo las faldas de tu madre.

—Eres cruel, tía, muy cruel y cuando vuelvas arrastrándote, te voy a mandar a la mierda con mucho gusto.

—Genial, mucha suerte y adiós.

Miró la pantalla del ordenador y respiró hondo. Tenía un montón de trabajo, su director estaba de vacaciones y como la flamante subdirectora tenía muchas responsabilidades encima, así que no pretendía perder más tiempo con Gonzalo, sus amigos o los locos de su familia.

Hacía veinte días que había dejado el piso, a Gonza y a esa vida que la asfixiaba desde hacía tanto tiempo, y seguía peleándose con sus amigos, las novias de sus amigos, y todo ese entorno suyo que no entendían nada y que opinaban que ella era una bruja maligna con muy poco corazón. Incluso la mujer del jefe de Gonzalo la había llamado ofreciéndose a mediar en el conflicto... ¡¿qué?! Estaban todos muy pirados. A esa señora la había visto

alguna vez en las consabidas cenas navideñas de empresa y jamás habían cruzado más de diez palabras, sin embargo, se atrevía a llamar para lamentarse del catastrófico estado del “pobrecito” Gonzalo, que era un chico tan bueno, tan guapo y tan trabajador.

Lo más triste de todo era comprobar que el muy idiota no se cortaba un pelo en andar contando sus penas y sus dramas sentimentales a todo el mundo. Era un poquito patética esa necesidad suya de dar pena y de buscar la compasión de la gente, aunque para ello tuviera que lloriquear y andar confesando intimidades que no le interesaban a nadie. Que cansino, por Dios.

Vio un nuevo email en su bandeja de entrada y el corazón le saltó en el pecho. Esa mañana le tenían que confirmar si le alquilaban o no un pisito que había visitado dos veces en la zona de Usera, muy cerca del metro. No era Chueca, ni la calle Barquillo, ni Lavapiés, tampoco La Arganzuela, pero era una calle muy agradable, con mucho comercio y lo más importante, en Madrid. Era un estudio de treinta y cinco metros, con cocina americana y un cuarto de baño amplio y luminoso. No necesitaba nada más y esperaba que su calidad de empleada de banca convenciera a la inmobiliaria para alquilárselo.

Abrió el correo y leyó con el ceño fruncido que le subían doscientos euros el importe inicial del alquiler. La chica de la inmobiliaria le decía que tenían muchos interesados y que lo soltarían al mejor postor, aunque tenía la deferencia de ofrecérselo a ella primero, si estaba dispuesta a pagar los casi novecientos euros en los que se quedaba la mensualidad. Una estafa, vamos, le contestó que ni hablar, que muchas gracias y en ese preciso momento vio entrar a su amiga Lucía en el despacho.

—¿Y esa cara de espanto?

—No sabes que mañana llevo —miró la hora—. Nos vamos a comer en seguida, mando estos archivos y salimos, tengo una reserva a las tres.

—¿Qué te ha pasado? —Lucía se desplomó en una butaca y la miró levantando las cejas.

—Apareció media familia Cifuentes por aquí y...

—¡¿Qué?! No me lo puedo creer. ¿Quiénes?

—La madre, Marina y Javier. Muy agresivos y muy bordes, fue muy violento.

—Tendrías que poner una orden de alejamiento contra toda esa pandilla y

también contra la cuchipandi ¿Qué se creen?, macho, ni que le debieras algo a Gonzalo. Es de película de Berlanga, en serio...

—Le he dicho a Gonzalo que la próxima vez llamo a la policía y que eso también va por sus amigos. No entiendo qué se les pasa por la cabeza a todos. Ni que presionándome o chantajeándome vayan a conseguir que vuelva con él. No entienden que la gente se junta y se desjunta y sigue con su vida sin dramas ni escándalos. No lo entienden, como tampoco entienden que yo no lo quiera y necesite cambiar de vida.

—Eso les importa una mierda, que tú no lo quieras es lo de menos, lo único que importa es que el nene está triste y que te quiere a ti para ser feliz. Punto. Son unos idiotas inmaduros todos, Clara, menos más que saliste de allí.

—Y encima el piso de Usera me lo suben descaradamente y...

—Te he dicho que no hace falta que te mudes, en mi casa no me molestas. En serio.

—Llevas toda la vida queriendo vivir sola y voy yo y te invado el espacio con mis cosas y mis historias.

—No me molestas, Clarita y, además, me paso la semana de viaje, de verdad, mírame —buscó sus ojos y sonrió—. Eres mi mejor amiga y estoy encantada de tenerte en mi casa, no tienes que mudarte al primer cuchitril que te ofrezcan.

—Este no era un cuchitril, era chulísimo, pero no puedo pagar novecientos euros al mes.

—Claro que no, vamos —Se puso de pie y le hizo un gesto con la mano—. Las tres menos diez y me muero de hambre.

—No sé que haría yo sin ti — Se despidió de sus compañeros y salieron a la calle del brazo.

—¿Y cómo te va a ti con lo de los sueños lúcidos?, Guadalupe anda como loca con ese tema.

—Bueno, increíble, son cada vez más largos y reales.

—No me puedo creer que eso funcione, por más que lo intento me es imposible.

—Porque no te relajas.

—Entonces igual tengo suerte en las vacaciones. ¿Y qué sueñas?

—Siempre lo mismo, Tulsa, Jeremiah Hanson, el oeste americano. Yo allí de protagonista y tan a gusto. Cada día me cuesta más dejar aquello y volver a la realidad.

—¿En serio?

—Sí, creo que gracias al doctor Watson y a los sueños lúcidos al fin voy a conseguir mi final feliz.

—Tú vas a conseguir tu final feliz con o sin sueños lúcidos, Clara.

—Yo no estaría tan segura.

—El baile de la cosecha necesita de la colaboración de más damas, así que la señora Fishbourne, que es la presidenta del comité organizador, os suplica ayuda —Dijo el reverendo Fishbourne al acabar el oficio del domingo. Rose se miró las manos y luego las de su marido, que a su lado las movía inquieto—. Las señoras que estéis interesadas en ayudar, os podéis apuntar en la sacristía. Muchas gracias. Podéis ir todos en paz.

—¿Dónde te crees que vas? —Jeremiah la agarró del brazo cuando se pusieron de pie y ella lo miró frunciendo el ceño.

—A la sacristía.

—No, Rose, no tenemos tiempo ni para comités organizadores, ni para bailes, ni para tonterías varias. Venga, vámonos a casa.

—Quiero ayudar, puedo hacerlo y me vendrá bien colaborar un poco con la iglesia.

—No.

—Jeremiah... —Llamó alguien a su espalda y él se volvió interesado—. Hawking te espera fuera, ya está hablando con otros granjeros.

—Gracias, Bill, voy en seguida. Tú... —La miró a los ojos y le soltó el brazo—. Voy a recoger mi rifle, solo serán unos minutos, espérame en la entrada y no te muevas de allí.

—¿Qué?

Parpadeó enfadada, pero él ni la miró y salió a grandes zancadas detrás de Bill Brown. A veces Jeremiah era insufrible, pensó, sonriendo a sus vecinos, a los que solo podía ver los domingos en la iglesia, o durante algún evento social, como el dichoso baile de la cosecha, que cada año la mujer del reverendo organizaba con esmero y dedicación.

Todo el mundo tenía mucho trabajo en el campo, la mayoría eran granjeros, estaban en plena faena, acabando la cosecha y empezando a

preparar la nueva siembra, sin embargo, la mayoría agradecía la posibilidad de hacer algo diferente, distraerse un poco y disfrutar de un inocente baile parroquial con sus familias. Todo el mundo celebraba la iniciativa de la señora Fishbourne, todo el mundo menos Jeremiah Hanson, que era poco sociable y hasta arisco cuando de compromisos comunitarios se trataba.

—Hija ¿no vas a ver a mi esposa? —El reverendo acabó de despedirse de unos feligreses y se acercó a ella con una sonrisa—. Ha preparado limonada y bizcocho para la reunión del comité. Vamos, yo te acompaño.

—No, lo siento, reverendo, mi marido quiere que volvamos en seguida a casa.

—No participas apenas en las actividades de tu iglesia, Rose, ¿qué opinarían tus padres al respecto?

—Opinarían que debo obedecer a mi esposo, reverendo.

—En eso tienes razón —Fishbourne sonrió y miró hacia el grupo de granjeros que hablaba con el tal Hawking junto a una carreta. Ese hombre del gobierno había llegado a Tulsa con armas y munición, y los había convencido a todos para invertir su poco dinero en rifles y pistolas. Entre ellos, como no, a Jeremiah Hanson, que destacaba en medio del grupo por su estatura y complexión física. Lo observó un segundo y luego miró a Rose a los ojos—. ¿Qué opinas de tener un arma en casa, Rose?

—Jeremiah asegura que el gobierno está fomentando su uso para nuestra protección y la de nuestras tierras.

—Ya me imagino lo que asegura Jeremiah, me pregunto qué opinas tú sobre eso.

—No me gustan las armas y preferiría invertir nuestro dinero en ganado, pero al parecer lo primero es protegerse.

—Eso parece, en fin, entra a tomar un vaso de limonada mientras los hombres terminan el negocio, ¿quieres?

—No, yo... —Se estrujó la falda del vestido, comprobó que su marido seguía de cháchara con esa gente, miró al reverendo y asintió sonriendo—. Está bien, muchas gracias, reverendo.

Entró en la sacristía y se encontró con varias vecinas charlando tan animadas sobre el baile, la comida, los manteles, los vasos y los enseres que

necesitaban para la gran noche que finalmente se celebraría en el centro del pueblo, al aire libre y aprovechando las buenas temperaturas reinantes. Por un momento se sintió como en casa, en medio de esas reuniones que su madre organizaba cada semana con las mujeres de su iglesia.

En Boston no paraban de idear eventos de todo tipo: bailes, meriendas o comidas benéficas, veladas musicales, tardes de poesía, por supuesto la catequesis, la escuela parroquial o los ensayos con el coro. Era inagotable el ánimo y la disposición de su madre para mantener cohesionado al rebaño, decía su padre, y eso le había permitido convivir desde muy joven con una agitada vida social al amparo de la iglesia.

—¡Rose! —La voz grave de Jeremiah Hanson se escuchó alta y clara dentro de ese recinto tan pequeño y sin poder evitarlo ella se puso de pie de un salto—
¿No dije que me esperaras fuera?

—¿No te apetece un vaso de limonada, Jeremiah? —Preguntó el reverendo muy amable y él lo miró desde su altura, serio y ceñudo—. Está fresca y recién hecha, con este calor...

—No, gracias. ¡Rose!

—Voy —Dejó el vaso a medio beber encima de la mesa y miró de soslayo a todas esas mujeres que siempre observaban a su marido con ojos brillantes y sonrisas coquetas—. Muchas gracias, señora Fishbourne, la limonada estaba deliciosa. Ha sido usted muy amable.

—¿No nos vas a ayudar con el baile, Rose?

—No, Rose no tiene tiempo para perderlo en actividades fuera de nuestra casa, señora —Masculló Jeremiah agarrando a su mujer de un tirón por la muñeca—. Buenas tardes.

—Le vendría bien distraerse un poco, Jeremiah, no olvidemos que tu Rose es una chica de ciudad y además es tan joven —Intervino una de sus amigas de la caravana con la que habían llegado a Tulsa y él entornó los ojos.

—No creo que sea asunto suyo, señora Taylor. Vamos, Rose.

—Luego querréis venir al baile y... —Susurró una de las chicas más jóvenes y él se giró y le clavó los ojos celestes.

—No se preocupe, tampoco vendremos a su baile, muchas gracias.

—Señor Hanson...

Rose oyó que lo llamaban con insistencia, pero él no se volvió, agarrándola con autoridad de la mano. Llegaron a su carreta con la vergüenza ahogándola y se subió de muy malos modos, bajando la cabeza para que no vieran que se había sonrojado hasta las orejas. Él tiró de las riendas y se pusieron en marcha en silencio. Un silencio que se rompió poco después de dejar el pueblo a su espalda.

—¡Rose ¿dónde diantres vas?!

—Déjame en paz —Contestó, saltando de la carreta en marcha para seguir el camino a pie.

—Hace mucho calor, vuelve aquí —Ralentizó aún más la marcha y se acomodó el sombrero antes de buscar sus ojos— ¿Qué te pasa ahora?

—Me avergüenzas delante de nuestras vecinas y me preguntas que qué me pasa. Muy bien, Jeremiah, muy sensible por tu parte.

—Te dije que me esperaras en la puerta de la iglesia y no me haces ningún caso, como siempre, solo me enfadé un poco, no veo cual es el proble...

—Déjame en paz, no quiero hablar contigo —Se abrió los botones superiores del vestido y se arremangó la falda. Hacía muchísimo calor y no sabía si podría llegar viva a su casa, pero no pensaba ceder ante ese bruto maleducado—. Vete y olvídate de mí.

—No te voy a abandonar en el camino y con el sol pegando de esta forma. Rose... —Ella cuadró los hombros y siguió andando muy digna. Lo volvía loco cuando se ponía así y volvía a ser la señoritinga inglesa que lo había hechizado en Boston. Respiró hondo, se bajó de la carreta y sujetó al caballo por las correas para caminar a su lado—. Si no me obedeces, yo no...

—Eres un maleducado y acabas de humillarme delante de esa gente. Yo no soy una niña, ni tu caballo, ni tu perro, ni nada parecido para que me grites y me hables con tan malos modos, y menos aún en público.

—Eres mi esposa y me debes obediencia.

—¿Y tú a mí qué me debes?, ¿eh? —Se detuvo para mirarlo a los ojos y él sonrió, la agarró por la nuca y le plantó un beso que ella rechazó empujándolo con las dos manos— ¡Bruto!

—Y te encanta este bruto, no puedes negarlo, preciosa... —La agarró con las dos manos por el trasero y ella hizo lo posible por apartarlo, pero no pudo. Era inmenso a su lado y podía con ella con el dedo meñique, así que se debatió en vano hasta que la levantó como una pluma y la sacó del camino para tirarla encima de la hierba del campo.

—¡Déjame!, ¡Jeremiah!

Antes de darse cuenta lo tenía encima subiendo las manos por debajo de su vestido. Era tarea inútil escapar de allí y, a pesar del enfado inicial, suspiró y gimió de placer al sentir su miembro fuerte y enorme abriéndose paso a través de sus muslos.

La penetró con un gruñido, desabrochando de paso todos los botones del vestido para hundir la cara entre sus pechos calientes y tensos. Lo deseaba con toda su alma y arqueó la espalda mientras él devoraba con ansiedad sus pezones erectos. Estaba empapada, todos los rincones de su cuerpo estaban húmedos, y sus caderas no podían mantener la calma, balanceándose descontroladas contra el cuerpo contundente y perfecto de Jeremiah Hanson.

—Mi amor... Jeremiah, ¡Jeremiah!

Gritó y se sentó en la cama.

Por un momento perdió la conciencia de donde estaba y se apartó el pelo largo de la cara para intentar situarse. Miró por la ventana y supo de inmediato que era bien entrada la mañana, quizá mediodía. Observó la cama revuelta y se tocó, estaba desnuda, a pesar de haberse acostado con el pijama puesto, y estiró el edredón recordando que seguía en casa de Lucía y que estaba sola porque su amiga había viajado otra vez a París para ver a su novio.

¿Aún era fin de semana? Tenía la cabeza embotada y cerró los ojos. No era capaz de saber ni en qué día vivía y recordó la noche anterior: se había acostado a las siete de la tarde para inducirse el sueño, había merendado una hamburguesa con patatas fritas, algo que solo hacía los fines de semana. Perfecto, seguían en fin de semana...

—¡Mierda! —Se bajó de la cama a la carrera y con el corazón en la garganta. No era domingo, era lunes, no había la menor duda, era lunes y se había dormido.

Se metió al cuarto de baño encendiendo el móvil y puso la ducha en

marcha, se metió debajo del agua pensando en que debía empezar a controlar más su afición desmesurada por Tulsa y Jeremiah Hanson, y cuando salió con el albornoz puesto vio que el móvil no paraba de vibrar con la entrada de mensajes y emails. Se acercó a la pantalla y casi le da un infarto: Las cuatro y media de la tarde, llevaba más de veinte horas durmiendo, no había ido a trabajar, no había avisado a nadie y todo el mundo parecía andar buscándola.

—Sigo sin entender qué hacemos aquí... —Se estiró en la silla y miró a Guadalupe soltando un bufido—. Ni que fuéramos a divorciarnos, es absurdo.

—Tu ex es un absurdo, siempre lo ha sido.

Después de dos meses separados, Gonzalo la había llamado para decirle que necesitaban arreglar el tema del piso. Ella había accedido de inmediato y le ofreció quedar civilizadamente para resolverlo, pero él, que era muy poco civilizado, se había negado en redondo a quedar solos y le había dicho que se buscara un abogado porque pensaba arreglar el tema de manera formal y con la ley de por medio.

Perfecto, no tenía dinero para pagar a un abogado, pero afortunadamente su amiga Guadalupe lo era, y ella se estaba haciendo cargo de todo el papeleo que Gonzalo Cifuentes y los suyos estaban alargando de manera completamente absurda. Miró la hora y vio entrar por el pasillo a su ex escoltado por su madre, como no, y por Álvaro Rodríguez, uno de sus inseparables de la cuchipandi.

Guadalupe la miró y le hizo un gesto para que mantuviera la calma, luego se levantó y saludó a los recién llegados con mucha educación.

—Buenas tardes, al fin podemos vernos las caras.

—Hola —Ladraron todos y se les sentaron en frente.

—Estupendo. El asunto es muy sencillo y...

—Mi cliente —soltó Álvaro como si no se conocieran desde el colegio—, no quiere vender.

—Hay que vender y cancelar la hipoteca, hacer un reparto y...

—Y le pedimos a tu cliente el cincuenta por ciento de la entrada que dieron los padres de Gonzalo, de hecho, están dispuestos a reclamar la cuantía por vía judicial si no accede a pagar inmediatamente.

—Clara no dispone de ese dinero.

—Ese no es nuestro problema, que pida un préstamo o juegue a la Primitiva
—Opinó su exsuegra muy seca y todos la miraron con los ojos muy abiertos—. Que pida el dinero a sus padres, a ver si la ayudan como nosotros lo hicimos siempre.

—Clara no tiene dinero, te lo he dicho mil veces, Álvaro, la única solución es vender.

—Gonzalo no quiere vender, ese piso es su hogar, su casa...

—Que le compre él su parte, que es un cuarenta y nueve por ciento de la vivienda, Clara paga a los señores Cifuentes y todos en paz.

—No hay venta, ni privada ni a terceros, y mientras tanto tendrá que seguir pagando mensualmente la hipoteca o la denunciaremos.

—¿Dónde te regalaron a ti el título, tío? —Guadalupe se echó a reír y Clara se pasó la mano por el pelo—. Estamos aquí para llegar a un acuerdo, no para amenazar o presionar. No hay dinero, hay que vender y te recuerdo que mi cliente sigue pagando religiosamente su parte de la hipoteca, aunque lleva más de dos meses fuera de esa vivienda. Lo que reduce bastante sus opciones de vivir con algo de holgura.

—Conmigo no le faltaba de nada... —Intervino Gonzalo. —¡Vaya por Dios!
—Exclamó Guadalupe y Clara miró al techo con ganas de ponerse a gritar.

—Ella se largó porque quiso, yo no la eché —Susurró Gonzalo— Si se quiso ir es su problema, no el mío, y no tengo porqué renunciar a mi casa.

—Dale tú su parte y el piso es todo tuyo, lo acabo de decir.

—Ni un duro, ni un puto duro le voy a dar, que espere sentada.

—Entonces habrá que vender.

—No quiero vender mi casa.

—Otra vez en bucle... —Guadalupe respiró hondo y miró a Gonzalo a los ojos—. A ver si lo entiendes de una vez: Hay que vender, Clara no puede pagar a tus padres, y tampoco le interesa el piso, así que, si no quieres comprarle su parte, y tampoco quieres vender, no me queda más remedio que demandarte para ir a subasta pública. El piso se acabará vendiendo igual, haremos el reparto y si te he visto no me acuerdo. No seamos intransigentes y lleguemos a un acuerdo, por favor.

—Álvaro —La señora Cifuentes miró al abogado con los ojos abiertos como platos— ¿Puede hacer eso?

—Claro que puede, Mila. Lo hace todo el mundo, incluso entre hermanos cuando se llega a este punto muerto.

—Pues nosotros iremos a por todas, empezando por denunciar a esta mujer para que nos pague los veinticinco mil euros de la entrada que les dimos para el piso. Ahora mismo, vamos, no quiero que se vaya de rositas.

—Lo único sensato aquí sería vender, repartir y pagar lo que reclamáis, no entiendo por qué ponéis tantas trabas.

—Ella me deja sin explicaciones después de diez años, destroza mi vida y encima ¿tengo que vender mi casa?, pues no, que se joda y siga pagando la hipoteca, eso es lo que tiene que hacer...

—Hagas lo que hagas, Gonza —Soltó Guadalupe con un tono de lo más condescendiente—. Clara no va a volver contigo, así que tú mismo, chaval. Mañana presento la demanda y por mí, esta reunión concluye de inmediato.

—Guadalupe... —Clara, que no había abierto la boca, carraspeó incómoda y la obligó a mirarla a los ojos—. Tú y yo sabemos que solo hay una salida, así que a la mierda con todo.

—No, como tu amiga, pero sobre todo como tu abogada, no voy a permitir...

—Me da igual, no puedo seguir con todo este circo, no vale la pena... A ver —Miró a Álvaro Rodríguez a la cara—. Compramos el piso hace dos años y medio, cuando tu “cliente” se empeñó en hacerlo apoyado por sus padres. Nunca lo quise, nunca fui feliz allí y no me interesa. He hecho cuentas, voy a perder dos años y medio del cuarenta y nueve por ciento de una hipoteca que firmé de forma inconsciente y bajo presiones...

—Que embustera —Interrumpió Mila con su mala leche habitual y ella la miró a los ojos.

—Nada de embustera, tu hijo se empeñó en comprar un piso tras nuestra enésima ruptura, vosotros le financiasteis el proyecto y lo hicisteis todo, yo apenas intervine, así que el piso es vuestro. Redactad un contrato de cesión y se lo dejo todo a él, no me interesa tener nada a medias con vosotros y menos vivir endeudada por una estupidez como esta. Así que me da igual mi cuarenta y nueve por ciento, los gastos de la hipoteca que pagamos a medias y la

reforma. Todo para ti, Gonzalo. Enhorabuena.

—Pues la entrada... —Atinó a decir la señora una vez más.

—El piso es para tu hijo, Mila, la entrada es para su beneficio, así que de eso no voy a pagar nada, tampoco puedo, si quieres demandadme... lo más sensato sería vender y liquidarlo todo, pero como no queréis ser nada razonables, yo os lo regalo y a otra cosa.

—Gonzalo no puede hacer frente solo a una hipoteca tan alta.

—Gonzalo gana tres veces más que yo, puede pagar de sobra y, en todo caso, no es asunto mío, le voy a dar mi cuarenta y nueve por ciento gratis, así que no te quejes. Álvaro —Miró al abogado poniéndose de pie—, prepara el contrato y en cuanto nos lo mandes lo firmamos.

—Vamos a discutirlo primero, no me fio mucho de tus ideas, Clarita.

—Tío, de verdad que eres muy corto —Agarró su chaqueta, acarició el hombro de Guadalupe y salió de ese despacho a toda velocidad.

Afortunadamente no habían tenido hijos, pensó saliendo a la calle para coger el metro, sino hubiese tenido que regalárselos también.

Esa gente era de lo peor y estaba decidida a no darle más vueltas al tema. Mucho había tardado en darle su parte del dichoso piso, pero Guadalupe había insistido en que esperaran para llegar a un acuerdo que, tuvo claro desde el minuto uno, sería imposible, y habían llegado a ese punto intolerable de estar negociando por algo que nunca había sentido como suyo. Le importaban una mierda la casa, los muebles, los electrodomésticos y, aunque también había invertido mucho dinero allí, nada compensaba el disgusto de tener que estar discutiendo con Gonzalo, su madre y el idiota de Álvaro Rodríguez.

Jamás le había importado el dinero y menos en esas circunstancias tan desagradables. No tenía un duro y la venta del piso le habría dado algo de líquido para empezar de nuevo, pero el precio que había que pagar por ese dinero extra era demasiado alto, y se sentía feliz y liviana de haber cortado el problema de raíz. Ahora no tendría nada que la uniera a Gonzalo y a su familia, ninguna carga, y de paso había dado una bofetada sin manos a la insoportable señora de Cifuentes, cuyo único fin en la vida, últimamente, era amargarle la existencia.

—Clara, el señor López te espera en su despacho —Miró a su compañera,

comprobando que el banco estaba lleno, y asintió dejando el bolso en su mesa. Cogió una botellita de agua y se fue a ver a su jefe—. Hola, Felipe ¿me necesitabas para algo?

—Pasa y siéntate, Clara, solo será un momento.

—Tú dirás.

—¿Qué tal la conciliación con tu ex?

—Horrible, no quiere vender, su madre me amenaza con denuncias... en fin, al final le voy a ceder su parte y en paz. No quiero más problemas.

—Muy mal hecho, tienes tus derechos y has pagado dos años y medio de hipoteca, ¿cuánto suma eso?, más la reforma y... —Sacó la calculadora y Clara sonrió.

—Sé exactamente cuánto es. En mensualidades de la hipoteca trece mil euros, más los gastos del principio y la reforma, los muebles, etc... unos treinta mil euros, y me quedo por lo bajo, pero ya está, ya los gasté y no quiero saber nada más. ¿Qué querías hablar conmigo?

—Sin contar con que pierdes una vivienda.

—Me es igual, no puedo más, de verdad.

—Precisamente de eso quería hablar... —Ella abrió mucho los ojos y él sacó unos folios del cajón del escritorio—. Llevas llegando tarde a la oficina veinte días, no todos seguidos, pero en total son veinte, sin contar con tu ausencia injustificada dos días...

—Los recupero por las tardes —Interrumpió de inmediato y Felipe la miró por encima de las gafas.

—Nunca habías llegado tarde, ni en tu época de externa, ni como empleada fija del banco, y recursos humanos se ha puesto las pilas y me piden que hable contigo.

—No se repetirá, te lo prometo, yo...

—Has tenido una época complicada, Clara, antes de romper con Gonzalo ya llevabas unos meses muy malos. Eres una empleada excepcional y sé que solo es una mala racha. Me recomiendan que te tomes una semana de vacaciones o tu mes completo. Yo puedo darte los días libres sin problema, no te preocupes.

—¿Vacaciones?, ¿por qué? ¿me vais a despedir?

—Por supuesto que no, al contrario, porque te valoramos muchísimo te recomiendo unas vacaciones. Descansa, reponte y vuelve al trabajo cuando estés mejor.

—No estoy enferma, solo... — “Solo es que apenas puedo controlar mis periodos de sueño”, quiso decir, pero evidentemente se calló—. No volverá a pasar, no quiero tomarme vacaciones ahora. Me doy por enterada del toque de atención y todo irá bien. No te preocupes.

—Creo que tienes una depresión de campeonato y no te das cuenta, ¿por qué no vas a un sicólogo para que te evalúe?, ¿al médico de cabecera para que te hagan un chequeo?

—¿Tan mal me ves?

—Has tenido una ruptura difícil, estás cada día más ausente, distraída, llegas tarde continuamente y faltas a trabajar, algo pasa, Clara, y como tu amigo quiero que busques una solución.

—La primera vez en seis años que llego tarde o falto al trabajo y ya estoy de sicólogo, perfecto.

—Tómame unos días.

—No, gracias.

—Bueno, entonces sigue a lo tuyo, pero al primer traspie te obligaré a coger una baja ¿queda claro?

¿Una baja? Genial, lo que le faltaba, susurró saliendo del despacho principal para ir al suyo. Era cierto que andaba bastante perdida en sus libros y en sus sueños lúcidos, en Tulsa y con Jeremiah Hanson, no podía negarlo, y eso la hacía dormirse, a pesar de los dos despertadores que se ponía todas las noches. También había faltado dos días al trabajo porque había despertado a las cuatro de la tarde... todo era cierto, pero podría controlarlo. Solo hacía falta poner los pies en la tierra y volver a su rutina habitual.

Tenía veintiocho años, un puesto de responsabilidad, muchas obligaciones y cosas que hacer, solo se había despistado un poco, sin embargo, lo reconduciría en seguida. Tenía voluntad y disciplina, solo se había permitido unos días de disfrute absoluto en los brazos de Morfeo

sintiéndose, por primera vez en toda su vida, feliz, enamorada, plena, dichosa y, sobre todo, ajena a los problemas que la rodeaban y que la hacían, a veces, odiar la vida real que tenía que llevar.

—Hola, perdona ¿Clara?

—Sí... —Apartó la vista del ordenador y vio en su puerta a un chico joven, alto, con la piel tostada y una sonrisa muy cálida. Llevaba el pelo castaño largo por debajo de la oreja, cuidado y muy bonito, barba de tres días, ropa informal (pantalones caquis y una camiseta azul marino) y la miraba con unos ojos marrones muy brillantes— ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, soy Guillem, el vecino nuevo de Lucía, acabo de volver a España, tengo que abrir una cuenta, hacer algunas gestiones bancarias, pedir claves... en fin, ella me recomendó que viniera a hablar contigo.

—Guillem, claro, pasa —Se puso de pie y le dio la mano, él dejó una carpeta encima de su escritorio y se sentó—. Lucía me comentó que antes tenías una cuenta con nuestro banco, pero...

—Sí, una de esas cuentas de ahorro joven que llevo años sin utilizar.

—Muy bien. ¿Eres de Barcelona?

—Sí, pero llevo diez años viviendo fuera de España y ahora me han trasladado a Madrid, tengo un montón de lío con el banco porque me pagan en una cuenta británica y, bueno, ya te lo imaginas.

—No te preocupes, lo arreglamos en un plis plas... —Buscó la pantalla para las nuevas cuentas y lo miró de reojo— ¿Dónde estabas viviendo?

—Los últimos tres años en Cardiff, antes de eso tres años en Shenzhen, y antes de China, cuatro años en Berlín.

—Guau, que bien, ¿a qué te dedicas?

—Soy ingeniero industrial. Alta tecnología, fabricación principalmente.

—No sabes la envidia que me das, siempre he querido trabajar fuera de España, pero...

—¿Qué? —Preguntó interesado de verdad y ella lo miró.

—La vida, que me ha llevado por otros derroteros, pero bueno, nunca es tarde. ¿Guillem...?

—Borrás, Guillem Borrás Sampedro.

—Mi esposo, el reverendo, da gracias al cielo de que no hayáis estado aquí, Rose... con el carácter que tiene tu marido y un rifle cargado, pues...

—Mi Joseph opina justamente lo contrario —Interrumpió Edna Cummings, la mujer del sheriff—. Dice que no hubiese estado mal que esa gente viera que aquí tenemos hombres jóvenes, fuertes y que saben disparar como es debido, y de eso el señor Hanson sabe mucho.

—¿Cómo dice? —Rose miró a la dama con atención y ella desvió la vista.

—Lo importante es que no ocurrió nada, gracias a Dios, y que solo pasamos un mal rato.

—Pero un mal rato tremendo, Martha, tremendo.

Rose miró hacia la calle principal y vio a Jeremiah, cuya cabeza sobresalía varios centímetros por encima de la de sus vecinos, charlando con el reverendo Fishbourne, con el sheriff, con su ayudante y con varios hombres más.

El pueblo estaba completamente revolucionado porque el dichoso baile de la cosecha había acabado con tiros al aire, gritos y mucha tensión por culpa de la irrupción en la fiesta de seis forasteros armados hasta los dientes. Una verdadera tragedia de la que los Hanson se habían enterado al día siguiente, cuando llegaron a la iglesia como cada domingo para asistir al oficio religioso.

No se hablaba de otra cosa por allí y los habían retenido tras la misa para ponerlos al día, charlar y cambiar impresiones. Las mujeres estaban nerviosas y lloriqueaban con los pañuelos en la mano, mientras los hombres discutían y vociferaban indignados, maldiciendo a gritos por no haber disparado a matar a esa gentuza que parecía peligrosa y con pocas ganas de abandonar la región.

—Tendremos que mantener a nuestras hijas a buen recaudo y no volveremos a dormir en paz, ya lo veréis —Susurró una de las feligresas y la señora

Fishbourne la abrazó por los hombros.

—No digas eso, Glenda, estamos protegidos, Dios nos ampara y tenemos al sheriff.

—Ese tipo de gente no respeta la ley, ni al sheriff, ni a Dios, Martha. Vengo de Texas y sé de lo que hablo.

—¡Bendito sea, Dios! —Exclamó alguien y Rose cruzó una mirada con Jeremiah, que desde lejos le guiñó un ojo.

—Si no los capturan y los cuelgan en seguida camparán a sus anchas...

—Si no cometen un delito, no los pueden apresar y menos aún ahorcar —Se oyó decir y sintió todos los ojos encima—. El gobierno de este país tiene leyes y debemos respetarlas.

—Solo por irrumpir anoche, asustarnos, violentar a las jovencitas solteras con sus comentarios soeces y provocar a nuestros hombres, ya están delinquiendo. Todos a la horca y cuanto antes mejor.

—Calla, Glenda, por el amor de Dios.

—El sheriff podría coger a unos cuantos hombres jóvenes y salir en busca de esos maleantes, si no los cogen, al menos que los pongan en la frontera de nuestra ciudad, es lo más seguro para todos. Deberías comentarlo con tu esposo, Rose, de los que tenemos aquí, es el que mejor se podría enfrentar a ellos.

—No entiendo... —Miró a Glenda Wilson y ella observó de reojo a Edna Cummings.

—Lo dice porque los Hanson eran tiradores célebres en Omaha, Rose

—Comentó Edna muy bajito.

—¿Qué?

—Señora Hanson —Jeremiah se acercó y la llamó, saludando a las otras mujeres con una venia. Rose sintió mariposas en el estómago solo con mirarlo, le sonrió, se despidió de sus vecinas y lo siguió hasta la carreta.

—Parecen todos muy asustados —Comentó sentándose a su lado y viendo que acomodaba el rifle junto a sus botas— ¿Qué opinas?

—Hace mucho calor, creo que esta tarde tendremos otra tormenta. Deberíamos

ir pensando en hacer un refugio bajo el granero, Rose, el señor Phillips dice que puede ayudarme.

—Me refiero a los forasteros armados.

—Hay que tener cuidado —Se giró y le clavó los ojos celestes— ¿Tienes miedo?

—Miedo no, pero es preocupante.

—Nah, ni caso, preciosa, tenemos un rifle y vivimos lejos del pueblo. Estamos a salvo.

—¿Y qué es eso de que los Hanson eran célebres en Omaha? —Preguntó tras un rato de silencio y él frunció el ceño y cuadró los hombros.

—¿Célebres?, ¿Omaha?, ¿a qué viene eso?

—La esposa del sheriff dijo que tú eras el que mejor podría enfrentarse a esos hombres, pregunté por qué y la señora Cummings habló de Nebraska, dijo textualmente: Los Hanson eran tiradores célebres en Omaha. ¿Hay algo que yo no sepa?

—Nada importante.

—Jeremiah...

—Olvidalo, Rose. ¿Qué hay de cena para esta noche?

—Si otras personas saben algo de ti que yo desconozco, me dejas en una situación muy injusta, Jeremiah... no puedo rebatirlo, ni comentarlo, ni siquiera poner cara de que no pasa nada, porque en realidad no tengo ni idea de lo que están hablando.

—Mi padre procuró que todos sus hijos supiéramos usar bien un arma, en Nebraska era más que necesario.

—Nunca me habías hablado de eso, ni siquiera de Nebraska.

—Porque hace mucho que me olvidé de todo aquello.

—¿Por qué?

—Porque no tengo buenos recuerdos.

—¿Qué ocurrió?

—Rose...

—Por favor —Estiró la mano, la posó sobre su muslo y él la miró de soslayo.

—Mis hermanos mayores —Soltó sacándose el sombrero—, que eran los mejores tiradores de Nebraska, le dieron la espalda a nuestro padre y a nuestra familia y se convirtieron en malas personas, Rose.

—Creía que eras de Arkansas... ¿malas personas?

—Me fui a Arkansas cuando mis hermanos se hicieron salteadores de caminos y, bueno, atracaron un par de veces el ferrocarril.

—¡Vaya por Dios!

—Hace años que no sé nada de ellos.

—¿Y por qué esas mujeres saben que eres de Omaha?

—Porque el sheriff Cummings es de allí, conocía a mi padre y cuando nos instalamos aquí me reconoció. Lo que no entiendo es por qué se lo contó a su mujer, que es la comadre más chismosa de Tulsa.

—¿Y eres tan buen tirador como tus hermanos? —Bromeó y él soltó una risa suave.

—Mucho mejor que ellos, señora Hanson, ¿o te atreves a ponerlo en duda?

—Le guiñó y ojo y ella sonrió.

—¡Jeremiah Hanson en persona! —De la nada aparecieron dos jinetes vestidos de negro y Rose saltó en su sitio—. Vaya sorpresa, muchacho.

—Madre de Dios —Bufó con tranquilidad, estiró la mano, agarró el rifle, lo posó sobre las piernas y miró a ese individuo a los ojos—. Algo me decía que vosotros estabais metidos en esto.

—¿Metidos en qué? —El tipo más mayor se acercó a la carreta y miró a Rose de arriba abajo—. Nos habían dicho que ya eras un hombre casado y que vivías feliz en Tulsa, Jem, lo que no sabíamos es que tu mujer era una preciosidad tan distinguida.

—Aparta —Antes de poder parpadear, Rose sintió como cargaba el rifle y lo apuntaba directamente a la cara de ese individuo tan tosco y maleducado.

—¡Calma, hombre! Que somos familia, jamás te haríamos daño, y mucho menos a tu señora esposa. Buenas tardes, querida —se dirigió a Rose sacándose el sombrero—. Tobías Hanson, el hermano mayor de tu Jeremiah.

Encantado de conocerte.

—Igualme...

—¿Qué diantres haces en Tulsa, Tobías? —Interrumpió Jeremiah sin apartar el rifle.

—Moisés murió hace seis meses.

—Mi más sentido pésame.

—He dejado Texas, íbamos camino de Missouri y ya que tenía que pasar por Oklahoma, ¿por qué no conocer Tulsa? El nuevo hogar de mi querido hermanito pequeño.

—Ya lo has conocido, buen viaje a Missouri.

—Que mal educado —Sonrió a Rose y ella descubrió que Tobías Hanson tenía los mismos ojos celestes de su marido—. No queríamos molestar, solo saludarte y conocer a mi joven y hermosa cuñada.

—Sigue tu camino en paz, Tobías.

—¿No me vas a invitar a tu casa? —Jeremiah no abrió la boca y Tobías bajó la cabeza rascándose la barba—. Qué lástima, solo era una visita familiar y amistosa.

—Tan amistosa que ayer importunaste a mis vecinos en el baile y hace diez minutos estabas a punto de atracarme.

—Ayer solo queríamos probar la cerveza y bailar un poco, esa gente se asustó por nada. No son muy hospitalarios ¿eh? y ahora, pues... nos acercamos solo a saludar. En fin... con ese rifle apuntándome a la cara poco puedo dialogar contigo, Jem.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—¿Aún sientes rencor por lo que pasó hace diez años?, somos de la misma sangre, Jeremiah.

—Moisés y tú arruinasteis la vida de nuestros padres, y los demás tuvimos que irnos de Omaha porque nadie quería comprar nuestras cosechas, ni nuestro ganado, ni siquiera darnos trabajo. Vuestros crímenes nos acabaron devastando a todos y eso, hermano, no se perdona.

—Por lo que veo no te ha ido nada mal —Tobías lo miró con atención—. Te

puedo compensar, vente conmigo y te haré ganar más dinero en una semana de lo que ganarás con tu granja en toda la vida. Te haré rico, Jem, seguro que quieres darle a tu guapa mujer todo lo que se merece.

—Adiós, Tobías.

—Que no se diga que no intenté ayudarte. Señora... —Saludó con una reverencia a Rose, giró el caballo y desapareció a galope tendido. Ella agarró el brazo de Jeremiah y lo obligó a bajar el rifle.

—Jeremiah... cariño...

—¿Clara?

—Jeremiah... —Balbuceó, despertando poco a poco y de repente oyó el vozarrón de Lucía pegado a su oreja.

—¡Clara!

—Madre mía, tía, no se despierta a la gente así.

—Llevo diez minutos intentado despertarte ¿sabes qué hora es? —Abrió las cortinas y Clara comprobó que ya era de noche—. Te acostaste a dormir la siesta a las tres de la tarde y son las ocho y media. ¿Te viene a cenar a Antón Martín?

—No, gracias, quiero seguir durmiendo, estoy agotada —No podría seguir viviendo si no se dormía para ver la continuación de su sueño y miró a su amiga con cara de disculpa.

—Te pasas la vida encerrada y durmiendo, seguro que tienes anemia o algo así. Venga —La agarró de un brazo y la levantó de un tirón—, para un fin de semana que me quedo en Madrid no me vas a dejar tirada, así que te vas a dar una ducha y te vienes conmigo a cenar, vamos.

—¡Joder! —Obedeció a regañadientes y buscó ropa antes de meterse al baño.

—¿Crees que Guillem es gay?

—¿Guillem?, ¿qué Guillem? —Tuvo que hacer un esfuerzo para situarse y se encogió de hombros—. Ni idea, ¿por qué?, ¿te gusta?

—Está buenísimo y es muy majo. Un tío inteligente, viajado, divertido, no sé, me cae genial, pero lo he llamado dos veces para que saliera con nosotras y se ha negado.

—A lo mejor tiene novia.

—No, me dijo que era un alma libre, que no tenía novia. Ya me enteraré ¿lo has visto bien?

—¿Te gusta? —Se detuvo y la miró con la esperanza de que le gustara ese chico y Lucía negó con la cabeza.

—Yo tengo novio, Clarita.

—Bueno, pero no estás ciega y si Guillem...

—Yo estoy enamorada, aunque a ninguna de vosotras os caiga bien Pierre, es el amor de mi vida.

—Peor le caemos nosotras a él.

—No empecemos...

—Vale, voy a ducharme. Dame diez minutos.

—Lo decía por ti —Susurró antes de salir del dormitorio—. Guillem y tú pegáis un montón, creo que haríais una pareja cojonuda.

—Tu padre no quiere pagar la universidad de Alba y es carísima, así que menudo marrón.

—Que vaya a una universidad pública —Susurró Clara y su madre le dio la espalda.

—O que trabaje como hemos hecho nosotras —Opinó su hermana Blanca—. Aquí hemos puesto copas o sido dependientas en Zara para pagarnos las carreras, mamá, no entiendo por qué Alba no puede hacer lo mismo.

—Porque es menos madura que vosotras dos y...

—Y cómo Julián paga la carrera de Sofía, no quieres que sufra el agravio comparativo.

—Entre otras cosas.

—No es tan inmadura como para no entender que su padre no es Julián...

—Y ya no sé cómo discutir con vuestro padre, qué decirle, porque se cierra en banda. Es un imbécil de manual, le dije...

En ese preciso instante Clara puso la mente en blanco y dejó de oír las mismas quejas que venía oyendo desde los doce años, cuando sus padres se habían divorciado. Su padre, que era un tiro al aire, pero un hombre responsable, jamás había dejado de pagar una pensión alimenticia, no obstante, se negaba en redondo a financiar todo aquello que se excediera de lo que le había mandado un juez, algo que su madre, que era ser humano inestable e inmaduro, no perdonaba. Ella había heredado un montón de pasta de sus abuelos, lo que le permitía vivir en Las Rozas a todo tren y sin apenas trabajar, pero disfrutaba quejándose de sus ex (y ya iban tres) y de machacar a sus hijas por la desgracia de progenitores que tenían.

Clara miró de reojo el último libro en papel de Jeremiah Hanson que le había llegado y suspiró. Solo quería cumplir con la comida familiar rapidito y luego huir al piso de Lucía donde esperaba esconderse a soñar sin cortapisas. Era fin de semana, su amiga se había ido a París y tendría unas treinta horas

para volver a Tulsa sin que nadie osara despertarla. Una verdadera delicia.

—Te has divorciado tres veces, mamá, no me puedo creer que quieras casarte otra vez —Oyó como de lejos y observó como Blanca tiraba la servilleta con rabia encima de la mesa—. Tienes cincuenta y nueve años, tres exmaridos, cinco hijas de tres padres diferentes y ¿ahora me vienes con esas? ¿en serio?

—Es mi vida, Blanca, no estoy pidiendo vuestro permiso.

—Espero que tampoco nuestro apoyo porque, al menos yo, paso, de verdad... paso de todo y de hecho me largo ahora mismo.

—¿Quieres casarte otra vez?, ¿con quién? —Preguntó Clara, siendo consciente de que últimamente se perdía el noventa por ciento de las conversaciones y su madre la miró fijamente.

—¿Cómo que con quién?, con Sasha, te lo presenté en semana santa, ¿ya no te acuerdas?... Es que vives en las nubes, hija, no prestas atención a nadie.

—¿Sasha?, pero si tiene mi edad.

—¿Y eso importa?

—¿A ti no te importa?, ¿en serio?

—Pero ¿qué clase de hijas retrógradas y prejuiciosas he criado?

—Sasha tiene veintiocho años, es búlgaro, o eso dice, está ilegal en España y no sabemos nada de su vida.

—Si nos casamos arreglará sus papeles y...

—Clarísimo, ya sabemos de qué va Sasha, vámonos Clara —Blanca agarró los bolsos y miró a su madre moviendo la cabeza—. Hemos aguantado a Julián y a Pedro, a este te juro por Dios que no pienso darle cuartelillo, ya es suficiente, mamá, suficiente.

—Iros, pero llamad a vuestro padre y pedidle el dinero de la universidad de Alba.

—¿Será posible...? —Protestó Blanca subiéndose al coche—. Estás loca, madre, te lo digo en serio.

—Adiós.

—¿Te vienes a Madrid, Clara?

—Sí, voy a Argüelles, a casa de Lucía.

—¿Sigues con ella?, como no cuentas nada.

—Sí, se pasa la vida viajando y la ayudo con los gastos, además, no encuentro nada razonablemente barato en Madrid.

—¿O sea que de verdad no vas a volver con Gonzalo?

—Claro que no, ¿qué te crees?

—No sé, en diez años lo has dejado mil veces y al final consigue que lo perdones.

—Esta vez es la definitiva y estoy muy bien.

—Vale, si es lo que quieres... —Aceleró por la carretera de La Coruña y la miró de reojo—. ¿Y el trabajo bien?

—Sí ¿y el tuyo?

—El marido de mi cuñada, José Luis Gutiérrez, que trabaja en personal de tu banco, le dijo a Carlos que tuvieron que darte un toque.

—¿En serio?, que cotilla es la gente.

—Este mundo es un pañuelo, hermana, al final todos nos conocemos. ¿Va todo bien?

—Pasé una racha mala, dormía más de la cuenta y llegué tarde alguna vez, en seguida ponen el grito en el cielo.

—¿Has visto a un médico?, igual es anemia o alguna depresión ligera.

—Estoy perfectamente, no te preocupes.

—¿Y ya te has echado noviete nuevo?

—¿Estás loca?, ni en broma. Necesito estar sola.

—Para leer y fantasear a tu gusto —La miró de reojo y Clara ni se molestó en responder— ¿Vais a ir a Sevilla para el cumple de Marta?

—Sí, ya tenemos el AVE y un piso turístico reservado.

—Genial, si pudiera me apuntaría.

—Vente.

—No, a Carlos le daría un infarto y óyeme bien, ni se te ocurra llamar a papá

por el asunto de Alba, dice que no piensa pagar una universidad privada a una niña que encima siempre ha sacado malas notas, y estoy de acuerdo con él. Ha repetido dos veces, tiene veinte años y le vendría bien trabajar, prepararse mejor, dar la selectividad de nuevo y optar a una universidad pública, como todo el mundo.

—Completamente de acuerdo, no pensaba llamar a papá para eso.

—Si quiere ir a una privada que la pague mamá, que para eso está forrada.

—Por supuesto y déjame en Andrés Mellado, por favor, ya subo yo andando.

—Vale, pero si necesitas algo o te encuentras mal, espero que me llames. ¿Eh?

—Sí, no te preocupes y gracias —Se acercó para darle un par de besos y su hermana le sujetó la mano.

—Has hecho muy bien rompiendo con ese capullo, te mereces algo mucho mejor.

—Gracias.

—Y al tal Sasha ni agua, tenemos que hacer frente común contra esta última locura de nuestra madre.

—Al final hará lo que le venga en gana, no te amargues por eso, tú tranquila. Adiós y besos a Carlos.

Se despidió con la mano, esperó a ver como se perdía entre el tráfico y decidió pasar al súper a comprar algo para la merienda. La idea era dormir una siestecita, luego merendar y finalmente volver a la cama con el estómago ligero. Había comprobado que soñaba mejor si no cenaba o no comía cosas pesadas, y si ese fin de semana pensaba ponerse las botas con Jeremiah Hanson, debía hacerlo todo bien, ser previsor y disciplinada.

Cuando salió de la tienda con su bolsa de la compra, un viento de lo más agradable le levantó la falda y le revolvió el pelo, como en Tulsa, pensó con una sonrisa, observando a la gente andar tan animada por la calle. Era sábado y todo el mundo parecía tener planes. La zona de Moncloa estaba llena de estudiantes, bares, pubs, restaurantes y tiendas, el ambiente era inmejorable, pero ella solo podía pensar en meterse en la cama para reencontrarse con los ojos celestes de Jeremiah Hanson.

Era una gozada disponer de tiempo libre e independencia para hacer lo

que le viniera en gana. No tenía que dar explicaciones a nadie, ni justificar sus largas horas de sueño, ni explicar por qué no quería salir ni hacer nada. Aquello no tenía precio y por un momento pensó en Gonzalo, que seguía viviendo en casa de sus padres a pesar de haber recuperado el piso en exclusiva para él. El pobre no sabía vivir solo, no sabía hacer nada solo, y lo cierto es que la mejor opción era que se quedara con su mamá, que se ocuparía de hacerlo feliz y de que no le faltara de nada.

—Vaya, que sorpresa —Alguien le abrió la puerta del edificio y ella lo miró con el ceño fruncido—. ¿No te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo de ti, Guillem, ¿qué tal vas?

—Bien, con los asuntos bancarios resueltos.

—Me alegro —Lo esquivó para entrar en el portal y él se quedó quieto, ajustándose un brazalete deportivo alrededor del bíceps.

—¿Tú estás bien?

—¿Yo? —Se giró para mirarlo y se fijó en que llevaba una camiseta sin mangas, pantalón de chándal y zapatillas deportivas—. Todo bien, gracias. ¿Te vas a correr?

—Sí ¿te vienes?

—¿A correr yo?, no, gracias.

—Lucía me contó que hacías *footing*. Si quieres te espero y...

—En otra vida, ahora no corro, pero gracias. Hasta luego.

—¿Y después?

—¿Después qué? —Miró esos ojazos color chocolate con leche con atención y él le sonrió.

—¿Tienes planes?. Luego pensaba salir a tomar algo, unas tapas o una cena ligera. Si quieres, paso a recogerte.

—Ya tengo planes, pero muchas gracias, otro día a ver si lo organizamos.

—Genial, hasta otra...

Le dio la espalda y salió a la calle cerrando la puerta con cuidado. Clara pensó medio segundo en la posibilidad de cambiarse, ponerse guapa y salir a cenar con él, para aprovechar el sábado de una forma más constructiva,

pero deshecho la idea de inmediato. No había nada mejor, más constructivo y feliz que ponerse el pijama, meterse en la cama y escaparse a Tulsa. Nada, y se subió al ascensor sintiendo mariposas en el estómago ante la perspectiva de encontrarse con Jeremiah Hanson otra vez.

Espolvoreó la harina con cuidado, le puso mantequilla, tres huevos y lo mezcló todo. Quería dejar preparado el bizcocho para el día siguiente, para el cumpleaños de Jeremiah, porque según su madre los bizcochos sabían mejor con unas horas de reposo, y pretendía que ese le quedara perfecto.

Miró por la única ventana de la casa hacia el campo y no divisó a su marido, apenas había movimiento fuera, el viento no soplaba tan fuerte, no se veía pastando al caballo, ni a Charly correteando detrás de los conejos. Había demasiada tranquilidad y por un momento se inquietó, pero desechó rápido el palpito y decidió seguir a lo suyo.

Agarró el bote de la preciada azúcar y espolvoreó un poco sobre la masa, no necesitaba mucha porque pretendía rellenarlo con leche batida, y eso ya aportaría suficiente dulce para un goloso como Jeremiah. Seguro que estaría encantado con su regalo de cumpleaños, aunque no era lo único que le tenía, también le había comprado tabaco de primera en la tienda del señor Walters, y sabía que le haría muchísima ilusión.

Volvió a mirar por la ventana antes de encender el horno de leña y se acarició la tripa. Creía que estaba embarazada, no estaba segura, pero tenía dos faltas y los pechos un poco más sensibles de lo normal. Lo natural es que estuviera encinta, ese habría sido el mejor regalo de cumpleaños para Jeremiah, y para ella misma, pero no tenía ninguna certeza y prefería guardarse sus sospechas hasta tenerlo más confirmado. Tal vez a la tercera o cuarta falta. No quería que él se ilusionara por nada, nunca más.

En un segundo las lágrimas le subieron a la garganta, y a los ojos, y buscó un pañuelo para parar la pena.

Había perdido dos niños en dos años de matrimonio. El primero a los dos meses de la boda, cuando iban en la caravana y apenas paraban para descansar. El viaje y las preocupaciones, las tensiones y toda aquella aventura le provocaron un aborto natural, ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando empezó a sangrar, y cuando las demás mujeres le explicaron lo que le

estaba pasando, casi se muere de la tristeza...

Después de eso, ya en Tulsa, hacía casi un año, se había quedado en estado otra vez. Jeremiah no cabía en sí de gozo, ambos estaban exultantes por la llegada de un hijo, y rogaron a Dios porque todo saliera bien, pero Dios no los escuchó y a la tercera falta, mientras lavaba la ropa en el río, empezó a sangrar otra vez... el médico del pueblo certificó la pérdida y el reverendo Fishbourne rezó un responso por el niño, o la niña, que no había llegado a nacer.

Cada vez que recordaba esos aciagos días, y las lágrimas de su marido, se le partía en alma en dos. Había sido la experiencia más dura de sus vidas, para ambos, y por eso a veces tenía miedo de quedarse encinta otra vez, a veces le pedía a Dios que no le mandara un embarazo si al final iba a perder a su bebé. Prefería no tener nada a perderlo todo, pero, por otra parte, deseaba con todas sus fuerzas tener un hijo de Jeremiah, ser madre y formar, al fin, su propia familia.

—¡Vaya, palomita! —Oyó la voz desconocida y del susto tiró la masa del bizcocho al suelo. Un hombre sucio y enorme acababa de abrir la puerta de una patada—. Madre mía, que suerte tengo... ven aquí, palomita pelirroja.

—¿Quién es usted?, ¿qué hace en mi casa?, ¡fuera de aquí!

—Eres una muñequita preciosa... ven conmigo...

—¡Fuera de mi casa! —Quiso coger el cuchillo de la encimera, pero él la interceptó y la sujetó por el brazo con violencia— ¡Suélteme!

—¿Sabes hace cuánto que no me divierto con una tan bonita como tú?, ¿cómo te llamas? —La pegó a su cuerpo y Rose casi vomita al percibir el olor nauseabundo que despedía. Se revolvió con fuerza y le dio una patada en las canillas—. Eso, muévete con ganas, que me calientas aún más, palomita.

—¡Fuera! —Se zafó de su manaza, agarró con una mano el cuchillo y se lo puso delante de la cara—. Lárguese ahora mismo o mi marido...

—¿Tu marido?, ¿quién? ¿el niño bonito que estaba ahí fuera? —El tipo agarró el azúcar y se lo tomó como si se tratara de agua—. Ese ya estará muerto, palomita, mi compañero se ocupa de él, así que ve pensando en qué me darás para salvar tu vida.

—¡Fuera! —No quiso ni contemplar la idea de que habían matado a Jeremiah y

caminó hacia la puerta de espaldas, dispuesta a salir corriendo.

—Él nos ofreció toda la cosecha, el caballo, el puto perro y lo que quisiéramos, pero se había olvidado de ti, menos mal que vine a echar un vistazo. ¿Cómo te llamas?

—¡Salga de mi casa!

—De eso nada.

Con un movimiento rápido le quitó el cuchillo, la agarró por la cintura y en volandas se la llevó a la cama, la tiró encima con todas sus fuerzas y le separó las piernas con violencia. Rose percibió el golpe brutal en la espalda y la cabeza, pero no perdió el sentido y trató de defenderse con patadas y mordiscos, sin dejar de gritar y revolverse, algo que parecía excitar aún más a ese animal que la sujetaba con una mano, mientras con la otra se abría los pantalones.

Desesperada, pensó en su hermano Robert, que le había dicho que el mejor sitio para atacar a un hombre eran sus partes, así que levantó una pierna para incrustarle una patada en todos los genitales, pero él fue más rápido, le agarró el tobillo, tiró de ella y la pegó a sus caderas. Con asco sintió su miembro duro pegado a ella y lo escupió, momento que el indeseable eligió para agarrarle el escote y tocarle los pechos con brusquedad.

El contacto era asqueroso y cerró los ojos pidiendo a Dios una salida, prefería morir antes que ser violada, eso lo tenía claro, y siguió revolviéndose hasta que el individuo alzó la mano y la abofeteó con todas sus fuerzas. Sintió la boca llena de sangre y como le pitaban los oídos, respiró hondo y volvió a patearlo y a escupirlo, histérica, hasta que la voz clara y grave de Jeremiah Hanson detuvo la refriega en el aire.

—¡Apártate de ella!

—¿El niño bonito? —Se incorporó con Rose agarrada por el pelo y lo enfrentó con tranquilidad—. Si quieres que no mate a tu putita, aparta eso, Hanson.

—Jeremiah...—Susurró Rose buscando sus ojos, pero él no la miraba. Tenía la camisa manchada de sangre, también la cara, pero sujetaba el rifle con serenidad, sin dejar de apuntar al atacante.

—Suéltala...

—¿O qué, niño bonito?. Si disparas con esa mierda, acabarás matando a tu mujer.

Lo siguiente que oyó Rose fue su respiración agitada en medio de un silencio helado. Trató de zafarse del atacante, pero la sujetaba con demasiada fuerza por la cintura, le pegó un codazo y divisó por el rabillo del ojo como pretendía echar mano a su revólver, movió la cabeza y miró a Jeremiah intentando advertirle, pero no alcanzó a hacerlo porque de pronto y por sorpresa él disparó. La munición cruzó veloz el salón, siseó muy cerca de su oído y se incrustó con precisión en la frente de aquel individuo.

Rose notó como se vencía el cuerpo inerte sobre ella y como caían los dos al suelo en medio de un charco de sangre. El pelo y la cara empezaron a empaparse con un líquido espeso y caliente, muy caliente, y se puso a chillar como una loca, mientras detrás de Jeremiah otro hombre hablaba con calma.

—Gracias al cielo que aún sabes disparar, Jem, podrías haberte cargado a tu mujer.

—¡Rose! —Jeremiah se acercó y la sacó de debajo del cadáver de un tirón—. Tranquila, ya estoy aquí, no ha pasado nada, estás a salvo. Mírame, Rose, mírame, abre los ojos... ¡Rose!

—¿Clara...?

—¡No!, no, no, ¡no!

—¿Clara?... ¡Clara!, ¡despierta!, ¡Clara!

—¡¿Qué?!

Alguien le echó agua fría en la cara y se sentó en la cama de un salto, llorando y muerta de miedo. Se palpó el cuerpo y los brazos buscando la sangre y en seguida recordó que estaba soñando. Respiró hondo, se apartó el pelo de la cara empapada por el agua, y por sus propias lágrimas, y se encontró con Guadalupe y Lucía observándola con ojos de espanto, miró hacia la puerta del dormitorio y vio allí a ese chico, Guillem, que también la contemplaba con cara de preocupación.

—¿Qué hacéis todos aquí?

—¡¿Qué qué hacemos todos aquí? —Gritó Lucía— Te estábamos esperando en Atocha, hemos perdido el tren por tu culpa. No apareciste, te llamamos mil

veces y al final le tuve que pedir a Guillem que usara las llaves de la portera para entrar al piso... te encontró dormida y ha estado casi media hora intentando despertarte ¿qué coño te has tomado?

—No me he tomado nada... —Se puso la mano en el pecho, aún con el miedo en el cuerpo, y se secó las lágrimas con la sábana—. He tenido una pesadilla.

—Casi llamamos a Emergencias.

—Madre de Dios —Se levantó y los miró a todos—. Lo siento, lo siento mucho, programé tres despertadores, no sé que me ha pasado, me he dormido.

—Son las dos de la tarde, Clara, salíamos a las doce y media, ¿para levantarte a las once necesitabas tres despertadores? Estás pirada, tía, en serio, o enferma, y te has pasado cuatro pueblos.

—Lucía, lo siento...

—Vete a la mierda. No he dormido, he discutido con Pierre por venirme de París, he ido directa del aeropuerto a Atocha y no apareces, hemos perdido el puto AVE y encima muertas de preocupación por ti. No digas que lo sientes porque ya no sirve de nada, ¡joder!

—Lucía...

—Déjala —Opinó Guadalupe mirándola fijamente—. Ahora intentaremos cambiar los billetes y si que hay que pagar un extra, lo pagarás tú.

—Claro, por supuesto —Miró a Guillem, él forzó una sonrisa y salió del dormitorio— ¿Para qué habéis llamado a este tío?

—Alguien tenía que entrar a ver si estabas aquí o habías desaparecido de camino a la estación. Menudo susto el pobre, no conseguía despertarte... ¿qué coño te pasa, Clara? ¿sigues con los sueños lúcidos? —ella asintió caminando hacia el cuarto de baño—. Vale, perfecto, pero creo que te estás pasando de la raya, llevas siete meses obsesionada con esto y ya has perdido el control, está claro.

—¿Siete meses?, no.

—Empezaste en noviembre y estamos en junio.

—Vaya, yo...

—Esto lo atajamos ya o acabarás en un siquiátrico, no haces otra cosa que

dormir.

—No es verdad y, en todo caso, si así fuera, no hago daño a nadie...

—¿Estás segura?

Miró el correo y por supuesto no tenía ninguna respuesta del doctor William Watson, al que se le había ocurrido escribir tras su incómodo episodio con Guadalupe y Lucía, y con Guillem, el tercero en discordia, al que apenas conocía y que había pasado unos minutos horribles intentando despertarla.

Después del enfado monumental de Lucía habían conseguido cambiar los billetes, salvar la reserva del piso y habían llegado a Sevilla con varias horas de retraso, pero a tiempo para celebrar el cumpleaños de su amiga Marta. Un viaje que llevaban meses preparando y que ella casi arruina por no ser capaz de controlarse y despertar a la hora prevista.

No era persona informal, impuntual o irresponsable, jamás olvidaba una cita o un compromiso, y que le pasara algo así había empezado a encender todas sus alarmas.

Era cierto, pasaba todo su tiempo libre durmiendo, y a veces también entre semana, lo que la había llevado a faltar cuatro veces más al trabajo, para preocupación de su jefe, que la había obligado a ir al médico para comprobar que no estaba enferma, ni tenía una depresión. Ella sabía que no le pasaba nada, que simplemente sabía inducirse el sueño y que se le pasaban las horas volando en la cama, eso era todo.

Era todo, pero sus sueños empezaban a dominar su vida y era consciente de que no podía controlarlos tanto como pretendía.

—¿Clara? —Silvia, la sicóloga, se asomó a la sala de espera y la hizo pasar a su despacho— ¿Qué tal? Siéntate y cuéntame.

—Hola, bueno, no sé muy bien qué hago aquí, lo que pasa es que duermo más de la cuenta y todo el mundo cree que tengo una depresión. Lo que no tengo es una anemia —Le pasó los resultados de las pruebas que le había mandado el médico de cabecera y la sicóloga las miró por encima.

—Ya veo... y aparte de dormir más de la cuenta ¿cómo te sientes?, ¿has tenido

alguna experiencia dolorosa o complicada o...?

—Yo... —Pensó en Tulsa, en ese intento de violación de su último sueño y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Nunca había pasado tanto miedo, y aquel hombre muerto pegado a ella...—. No, bueno, sí, rompí con mi novio hace siete meses.

—¿Cuánto llevabais juntos?

—Diez años.

—Mucho tiempo, ¿sigues sintiendo algo por él?

—No, yo lo dejé, en realidad fue un alivio. Él no es el problema.

—Bien ¿y cuál es el problema?, ¿qué tal en el trabajo?

—No es la ilusión de mi vida, pero está bien, es seguro y no me supone un esfuerzo extraordinario.

—¿Te gustaría cambiar de trabajo?

—Por supuesto, pero ahora eso no me preocupa, ya lo haré cuando esté preparada... —respiró hondo y miró a esa mujer tan amable a los ojos—. Estoy aquí porque mi jefe y mis amigas quieren comprobar que no tengo una depresión. Yo sé que no tengo una depresión, sé que estoy bien, mejor que nunca, he dejado a mi novio, he cambiado de vida, me gusta ser independiente, vivir con una amiga... estoy encantada. El único problema es que a los demás les parece que duermo demasiado, y seguramente tengan razón, pero eso tiene una explicación.

—¿Cuánto es dormir demasiado?

—Los fines de semana todo el día.

—¿Todo el día?

—Literalmente.

—¿Y eso condiciona tu vida?

—No tanto a mí como a los demás.

—¿Y cuál es esa explicación para dormir tanto?

—He aprendido a inducirme sueños lúcidos, de pequeña ya lo hacía, pero de adulta he conseguido soñar con lo que quiero, ir donde quiero y vivir esos

sueños con una intensidad increíble.

—Es decir —Apoyó la espalda en el respaldo del sofá—, la etapa de adormecimiento, entre la vigilia y el sueño, para ti es muy activa y...

—No es eso, estoy hablando de la Fase REM, llegó a ella y en ese punto sueño con lo que quiero.

—Eso es imposible.

—No es imposible, lo hago cuando quiero y me gusta tanto, que procuro dormir todo el tiempo que me sea posible.

—No puede ser, no hay una base científica para...

—¿No ha oído hablar de los sueños lúcidos? ¿de Léon d'Hervey de Saint-Denys, el padre de la Onirología o estudio científico de los sueños? En el siglo XIX ya habló de sueños inducidos en la fase REM y explicó ampliamente que con la técnica adecuada se podía conseguir.

—Ya veo que te lo has estudiado bien.

—Por supuesto, no soy idiota.

—Clara, vamos a ver...

—¿Y al doctor William Watson?, ¿lo conoce? —la sicóloga negó con la cabeza—. Es un profesor de la Universidad de Stanford que ha publicado varios manuales al respecto. No funciona con todo el mundo, hay que tener una predisposición innata, y se ve que yo la tengo. A mí me funciona perfectamente.

—Ok, bien, te creo —Sonrió y Clara supo en ese mismo instante que aquella mujer la estaba tomando por una chiflada más— ¿Y no te pierdes mucho de la vida real durmiendo tanto?

—Seguramente.

—¿Y por qué lo haces?

—Me gusta, disfruto mucho.

—Entiendo que no te gusta tu vida.

—No he dicho eso.

—No, por supuesto, pero si te pasas la vida durmiendo, será porque, tal vez, tu

vida no te hace tan feliz.

—Seguramente.

—Muy bien, y cuéntame ¿con qué sueñas?

Evidentemente, no le contó nada en absoluto de “Al Oeste de tu corazón”, Tulsa o Jeremiah Hanson. No iba a entenderlo y tampoco pretendía darle material para que acabara calificándola de inestable o depresiva, así que se limitó a describir tonterías superficiales, quitándole hierro al asunto.

La doctora decidió recomendarle unos libros científicos que hablaban ampliamente de las fases del sueño y todas las investigaciones que se llevaban haciendo durante años al respecto, y se despidió de ella dándole cita para dos semanas después, una cita a la que no pretendía ir ni muerta.

Salió a la calle, miró el móvil y vio que le había llegado un correo electrónico de la página WEB del doctor Watson. Era la única dirección de contacto que tenía y le había escrito allí, así que seguramente se trataba de una respuesta automática de cortesía o algo parecido, y decidió leerla con calma en casa, no pensaba ilusionarse porque seguro que ese señor no se molestaba en contestar a sus lectores y fans. Una lástima, porque necesitaba saber su opinión profesional sobre lo que le estaba pasando, sobre sus avances gracias a su método y, sobre todo, necesitaba discutir con él si era verdad que estaba perdiendo el control o simplemente se trataba de una fase, hasta que aprendiera a manejar mejor el asunto.

El ser consciente, de repente, que llevaba siete meses inmersa en sueños realistas, y maravillosos, que le estaban robando literalmente su tiempo libre, le preocupaba bastante. Cuando Guadalupe le recordó que llevaba así siete meses, casi le da un pasmo, sacó cuentas y efectivamente tuvo que reconocer que llevaba desde noviembre con esa práctica tan increíble que, por una parte, le llenaba la vida, mientras por otra la alejaba de la realidad y de lo que estaba pasando a su alrededor.

Apenas recordaba lo que había hecho desde noviembre a junio, someramente centraba su vida en navidades o semana santa, no era capaz de recordar las novedades en el trabajo, en la vida de su familia o de sus amigas, y eso, lo quisiera reconocer o no, era grave, muy grave, y debía tomar alguna medida.

Lo primero que hizo fue dejar de leer la Saga de Jeremiah Hanson, volvió a hacer deporte y se acostaba pensando en nimiedades, como todo el mundo. Apartó la relajación y los pasos previos al sueño y se limitó a intentar dormir y descansar en paz. Llevaba doce días así y lo estaba logrando.

Cuando consiguiera coger las riendas de nuevo, volvería a regalarse alguna noche mágica con su Jeremiah, pero, de momento, era mejor parar y volver a poner los pies en la tierra.

—Hola, Clara.

—Hola —Detuvo el paso y miró a su amable vecino Guillem a los ojos— ¿Qué tal?, tanto tiempo.

—Sí, estuve fuera, he vuelto esta mañana —Se sacó los cascos y paró el cronómetro que llevaba en el brazo— ¿Qué tal estás tú?

—Bien, gracias. ¿Vienes de correr?

—Sí, hace calor, pero lo necesitaba.

—Yo he vuelto a salir a hacer *footing* —Reanudaron el paso camino de casa y él asintió— A ver si un día bajamos juntos al parque del Oeste.

—Genial.

—Oye, escucha, quería darte las gracias por lo del otro día, no sé qué me ocurrió y me han dicho que pasaste un susto tremendo intentando despertarme. Lo siento. La verdad es que normalmente despierto con el movimiento de una hoja, pero últimamente...

—Está bien, no fue nada, solo espero que no se repita y que estés bien.

—Estoy bien, me he hecho un chequeo y acabo de ver a una sicóloga, todo parece indicar que estoy perfectamente.

—Me alegro y ¿quién es Jeremiah? —Pronunció el nombre con un inglés perfecto y Clara se detuvo para mirarlo a la cara—. Lo llamaste varias veces mientras yo intentaba que despertaras... ¿un novio?

—No, debe haber sido una pesadilla.

—Claro... parecías muy angustiada.

—De verdad que lo siento mucho y mil gracias por todo —Entraron al portal y luego al ascensor— ¿De dónde llegaste esta mañana?

—De Alemania, por un tema de trabajo. ¿Y vas a venir a mi fiesta de inauguración?

—¿Qué fiesta de inauguración? —salieron al rellano de su planta y metió la llave en la puerta viendo como él hacía lo mismo con la suya.

—El sábado, aquí a las diez, para celebrar mi traslado a Madrid. Amigos, vecinos, se lo dije a Lucía y me confirmó que venía con su novio. Si quieres pasarte con tu amiga Guadalupe, o con quién prefieras, sería estupendo.

—Muy bien, gracias, me apetece mucho.

—Genial, te veo el sábado.

—¿Siete meses?

—Sí.

—¿Sueño concreto, lugar concreto y con continuidad en los acontecimientos?

—Así es... —Se cruzó de brazos un poco nerviosa y miró la reacción del doctor Watson que, desde Palo Alto, la escuchaba con la boca abierta a través del Skype.

—Es maravilloso, se trata del primer caso con una actividad tan larga y con un resultado tan preciso que llega a mis oídos. Me alegra mucho que contactara conmigo, señorita Corona, se lo agradezco de verdad.

—La agradecida soy yo de poder hablar de esto con libertad, lo cierto es que nadie me cree y todo el mundo me mira como si estuviera loca, o enferma.

—Lo sé, lo sé perfectamente. Mis estudios han arrojado resultados empíricos contrastados, pero aún así, mis colegas siguen tachando mi método de imposible, de estados de duermevela más activos, de autosugestión e incluso de autohipnosis.

—Vaya...

—Me gustaría seguir en contacto con usted y si me lo permite, haré un seguimiento de su caso porque es impresionante. ¿Cuándo fue la última vez que se indujo ese sueño recurrente?

—Hace quince días. Lo he dejado porque, como le expliqué en mi email, estaba perdiendo el control, durmiendo más de lo debido y eso ha afectado a mi trabajo y a las relaciones con mi entorno. La última vez tuve una pesadilla, muy larga, y alguien estuvo más veinte minutos intentando despertarme.

—Comprendo ¿y cómo la despertaron?

—Tirándome agua fría a la cara —Sonrió y el médico se mesó la barba.

—No me parece algo muy prudente, no sabemos las consecuencias que puede tener un despertar tan drástico. Aconseje a su entorno que no vuelvan a

hacerlo.

—A punto estuvieron de llamar a Emergencias, los asusté mucho, es normal que optaran por el agua.

—Hay que buscar una palabra de seguridad o un elemento concreto, algo que le permita tener el control dentro del sueño y despertar cuando lo decida.

—¿Cómo cuando te hipnotizan?

—Algo así...

—Bueno, lo pensaré.

—Elija una palabra, asimílela, hágala suya e inclúyala en el proceso. Podríamos empezar a probar con eso ¿le parece? Lo que no quisiera es que dejara de soñar.

—Bueno...

—No debe tener miedo a dormirse y a soñar con lo que quiera, señorita Corona, lo que usted ha estado provocando es prodigioso.

Se despidió de William Watson, que había contactado personalmente con ella tras su primer email, cerró el ordenador y se metió en el cuarto de baño. Había prometido ir a la fiesta de Guillem y cumpliría, aunque lo que en realidad le apetecía era meterse en la cama y correr en busca de Jeremiah Hanson, cumpliría con su palabra y pasaría un rato por la casa de su vecino para saludar y tomarse una copa, no le costaba nada y así no hacía un desaire a ese chico tan majo.

El doctor Watson estaba empeñado en que siguiera con sus sueños y a ella le apetecía horrores, así que como era sábado, y no tenía planes con nadie para el domingo, esperaba pasar un rato con Guillem y sus amigos, y luego meterse en la cama pronto para probar la palabra de seguridad que le había recomendado el profesor y, sobre todo, para ver a Jeremiah y averiguar qué había acabado pasado después del ataque de ese indeseable. Se lo merecía, llevaba quince días de abstinencia soñadora, trabajando mucho y empezaba a deprimirse.

—Hola, papá —Contestó al teléfono echándose una gotita de perfume y dándose el visto bueno delante del espejo, y su padre la saludó de lo más animado.

—¡Hola, cariño! ¿cómo vas?, ¿qué tal los análisis?

—Todo bien, perdona, se me olvidó llamarte.

—¿Y la sicóloga?

—Nada, todo correcto, tengo un poco de estrés y poco más —mintió para evitar preocupar a su padre y caminó hacia la puerta comprobando que ya eran las diez y media de la noche— ¿Y tú qué tal?

—Todo bien por aquí, en la gloria. Lo que tenías que hacer es pedirte una excedencia y venirte Mallorca conmigo, te puedo dar trabajo de camarera, seguro que te lo pasas mejor que en el banco.

—Eso seguro, pero de momento no, gracias.

—No desaproveches el tiempo, Clara, y sé feliz.

—Lo sé, lo tendré en cuenta, ahora solo pienso en mis vacaciones, ya falta menos y entonces seré muy feliz.

—¿Te vas a Marbella con tu madre?

—No, este año no, tiene novio nuevo y yo otros planes.

—¿Qué planes?

—Quiero ir a los Estados Unidos, a Tulsa.

—¿Oklahoma?, ¿por qué? ¿quieres ir a cazar tornados?

—No —Se echó a reír porque esa no era una idea tan descabellada y suspiró—. He leído mucho últimamente sobre Tulsa y quisiera conocerla, también de paso puedo ver a Andrea en Texas, no sé, solo es una idea, pero me apetece mucho. El único problema es que los billetes son carísimos, sólo llegar a Tulsa cuesta unos mil trescientos euros, y quince horas de viaje. ¿Tú has estado en Tulsa?

—No, solo en Oklahoma City con Andrea, por un tema de su trabajo, y no me gustó demasiado.

—He encontrado un vuelo Madrid-Tulsa con escala en Dallas que no está nada mal.

—Eso es perfecto, pero también puedes ir a Dallas, pasar unos días con Andrea y comprar un vuelo interior a Tulsa, seguro que es más barato y harías muy feliz a tu antigua madrastra, sabes que os quiere muchísimo.

—Y nosotras a ella, nunca te perdonaré que te separaras de Andrea.

—Lo sé, pero nuestro momento se acabó. Entonces ¿te vas de vacaciones a Tulsa, forastera?

—Me lo estoy pensando, pero creo que sí...

—Hazlo.

—Haré números y...

—Hazlo.

—Ok, ya te contaré.

—Y de momento, aquí tienes tu casa esperándote, lo sabes.

—Lo sé, papá, gracias.

—¿Qué haces esta noche?

—Voy saliendo a una fiesta en mi mismo rellano, en casa de un vecino.

—Me alegra oír eso, ya era hora de que salieras un sábado por la noche. Pásatelo bien, un abrazo, cariño.

—Un beso, adiós.

Salió al rellano y en seguida escuchó la música y la bulla que provenía de casa de Guillem. Guadalupe ya estaba allí, y Lucía con Pierre, que había llegado de París para pasar una semana con ella. No le caía demasiado bien el tal Pierre y el sentimiento era mutuo, el tipo era borde y muy mal educado, de hecho, los había escuchado discutir a gritos por su inesperada presencia en el piso, algo que el francesito no entendía, ni aprobaba, ni toleraba, y lo había oído amenazar con irse a un hotel si Lucía le imponía compartir casa con una perfecta desconocida, o sea con ella.

Al final se habían marchado a un hotel en el barrio de Salamanca, después de gritarse y de que él rompiera un vaso contra la pared de la cocina. Muy incómodo todo, y Lucía había acabado llorando y disculpándose por el incidente antes de salir corriendo detrás del loco de su novio.

—Hola, buenas noches —Saludó a una chica rubia y muy guapa que le abrió la puerta y entró al piso admirando lo grande y bonito que era—. Soy Clara, vivo aquí al lado.

—Pasa, pasa...

La casa era mucho que más grande que la de Lucía, tal vez el doble,

estaba decorada de forma simple, pero muy acogedora, y tenía vistas a la calle. Dos balcones preciosos y llenos de plantas que estaban abiertos de par en par y que daban un aspecto increíble al salón lleno de gente. De un vistazo calculó unas treinta personas, todas muy guapas y bien vestidas, hablando en varios idiomas: alemán, inglés, francés, español, catalán...

—Llegas tarde.

—¿Eh?, hola —Se volvió para saludar al anfitrión y él se acercó para darle dos besos.

—Lo siento, tenía una llamada importante. Oye, que bonito es esto, me encanta.

—Gràcies, la verdad es que he tenido mucha suerte dando con esta casa ¿qué te pongo de beber?

—Una cerveza, gracias —Lo siguió a una barra que tenía llena de bebidas y saludó con la mano a Guadalupe, que charlaba muy animada con otros invitados— ¿La has alquilado a través de agencia?

—Sí, pero en realidad se ocupan en mi empresa, sigo siendo un expatriado, así que ellos me buscan casa y...

—Y la pagan, que suerte.

—Yo les doy mi sangre a cambio —Se echó a reír y Clara con él— ¿Qué era tan importante?

—¿Qué?

—Dices que tenías una llamada importante.

—Ah... vale, no se te va una —movió la cabeza—. Estaba hablando con alguien de California y luego con mi padre.

—Mmm, California, qué interesante.

—Mucho, la verdad.

—Me alegro —Le guiñó un ojo y la chica rubia tan guapa llegó por detrás y se le abrazó a la espalda—. Angela, te presento a mi vecina Clara. Clara esta es Angela, de Berlín.

—¿Tú eres la chica que no se despertaba ni a tiros? —Preguntó en inglés con cara de inocente y Clara sintió como le subían los colores, forzó una sonrisa y asintió, observando como Guillem, que era bastante alto, agarraba a su novia

por el cuello para darle unos coscorrones en la cabeza.

—¡Cállate, Angie!

—Bueno, voy a saludar a Guadalupe. Hasta luego —Con una sensación de vergüenza total se apartó de ellos, que con sus pintas de hippies de alta costura la observaban con mucha curiosidad, y caminó hacia su amiga decidiendo largarse de inmediato de allí. No conocía apenas a nadie, no le interesaban ni Guillem ni su novia impertinente y, además, tenía cosas mucho mejores y más agradables que hacer—, tía, me voy, ya he pasado a saludar, pero no me apetece nada...

—Tengo una súper noticia, Clarita, tenía que contrastarla, pero Álvaro Rodríguez acaba de confirmármela.

—¿Álvaro Rodríguez?, ¿el amigo de Gonzalo?

—Sí... Gonzalo Cifuentes se ha echado novia, ya llevan un mes y según parece la cosa va muy en serio.

—¿De verdad? —Sonrió y se puso las manos en las caderas— ¿No te estarán tomando el pelo?

—No, esta mañana mi hermana Anabel se lo encontró en Las Rozas Village de la mano de una chica y se saludaron, pero él no se la presentó, así que he hecho mis averiguaciones.

—Que bien, pues me alegro mucho.

—Lo sé, se llama Carolina y es amiga de su hermana Marina.

—¿En serio? —La situó de inmediato y bufó moviendo la cabeza—. Tiene como veintidós años, es perfecta para él, seguro que se acaban casando en seguida.

—Álvaro dice que está feliz, que toda la cuchipandi está feliz, y que su familia mucho más.

—De verdad que me alegro un montón, es un alivio saber que ya está colocado.

—Vamos a celebrarlo, venga, tomémonos un Gin Tonic. Creo que he ligado.

—Me alegro mucho, pero yo me voy —Miró a su espalda y vio a la novia de Guillem hablando con otras chicas, pero sin quitarle a ella los ojos de encima. A esas alturas ya todo el mundo sabría que era la loca a la que el pobre Guillem no había podido despertar ni a tiros y se sintió fatal— ¿Dónde están

Lucía y Pierre?

—Discutieron y se marcharon. El tío ese no soporta a los españoles, te lo digo en serio.

—Pues aquí hay de todo menos españoles, parece la ONU. Me voy.

—De acuerdo, pero espera —Llamó a un hombre afroamericano altísimo y muy sonriente, y se lo presentó—. Clara este es Jimmy, de Nueva York, trabajaba con Guillem en Gales. Jimmy esta es mi amiga Clara.

—Hola, encantada, me chifla Nueva York.

—Como a todo el mundo.

—En eso llevas razón ¿y de dónde eres?

—Brooklyn.

—Guau, me encanta. ¿Tú también te quedas en Madrid a trabajar?

—Seguramente a partir del otoño.

—Genial, te trataremos bien por aquí.

—No me cabe la menor duda, ¿os traigo una copa?

—A mí no, muchas gracias, tengo que irme. Espero volver a verte pronto, Jimmy. Chao, Guadalupe.

Dejó el vaso de cerveza medio lleno encima de una mesa, miró al grupo y se fue sin despedirse.

—Gracias a Dios que su hermano andaba cerca.

—Gracias a Dios, pero no me gusta nada tener a esa clase de gentuza por aquí.

Rose oyó cuchichear a la mujer del sheriff y a la del reverendo Fishbourne en su porche, y se quedó quieta, sin atreverse a salir con la limonada.

Hacía un mes que Tobías Hanson, el hermano mayor de Jeremiah, les había salvado la vida. El hombre no había abandonado Tulsa aún cuando supo del paso de dos peligrosos delincuentes por la zona y por puro instinto había acudido a la granja de su hermano para ver cómo se encontraba. Afortunadamente.

Si no llega a ser por la aparición milagrosa de Tobías, habrían ejecutado a Jeremiah, la habrían forzado a ella, secuestrado o algo peor, y habrían arrasado su casa y sus tierras sin ninguna piedad. Eso estaba claro, nadie lo ponía en duda, y por esa razón, Tobías y sus hombres seguían en Tulsa asegurándose de que todo marchara bien, ayudándole con las tierras y velando por la salud de Jeremiah, que había encajado un disparo limpio en el muslo derecho, además de innumerables golpes y cortes de navaja por todas partes. Esa gentuza se había ensañado con él, y Tobías Hanson no pensaba marcharse de Oklahoma hasta ver a su hermano sano y fuerte otra vez. Eso había dicho y eso estaba haciendo.

—Han ayudado muchísimo a Rose y Jeremiah y no molestan a nadie, no hay de qué preocuparse, Edna.

—No sé yo...

—Van a la iglesia y son muy amables.

—Son forajidos, me lo ha dicho mi Joseph, y de los peores.

—Ahora solo están ayudando a su hermano.

—Señora Hanson ¿estás bien? —Rose sintió la mano de su marido en la

espalda, asintió y salió al porche con la bandeja—. Buenas tardes, señoras.

—Buenas tardes, Jeremiah, se te ve muy bien —Saludó la señora Fishbourne aceptando un vaso de limonada—, ya no llevas ni la muleta.

—Solo un bastón, pero lo dejo esta semana, el doctor dice que es bueno que haga ejercicio con la pierna y sin ayuda.

—Claro, eres joven y fuerte, en nada estarás completamente curado.

—Dios la oiga.

—¿Quieres limonada? —Rose lo miró a los ojos y una vez más tuvo el impulso de acariciarle la cara y besarlo. Había pasado tanto miedo cuando comprobó sus heridas después del ataque, que apenas dormía angustiada ante la idea de haberlo podido perder para siempre. Gracias a Dios estaba bien y seguía a su lado.

—No, señora Hanson, voy con el reverendo a saludar a Tobías y a los chicos. Ahora venimos.

Observó como el reverendo lo seguía a buen paso hacia el granero y se sentó en una silla para charlar con sus visitas. Desde que les había pasado aquello la gente iba con regularidad a verlos, les llevaban limonada, bizcochos, manzanas y hasta leche batida. Todo el pueblo se había volcado con ellos y gracias a su apoyo y comprensión habían podido retomar su vida en seguida y con bastante normalidad.

Desgraciadamente, esos delincuentes ya habían asesinado a dos familias antes de llegar a su granja, y el miedo había recorrido no solo sus venas y las de Jeremiah, también había asustado a Tulsa entera, y eso había despertado un sentimiento de solidaridad en sus vecinos que ella solo había vivido en Boston.

Tras el ataque, y cuando su marido comprobó que estaba intacta y a salvo, se desmayó del dolor a sus pies. Tenía un agujero perfecto en el muslo, que Tobías taponó con una sábana, y muchas contusiones y heridas de arma blanca. Su cuñado le explicó que habían estado jugando con Jeremiah antes de decidirse a ejecutarlo, y eso le había salvado la vida, porque así le había dado tiempo a él y a sus hombres a llegar para parar el desastre.

En seguida vino el médico y ella se puso manos a la obra para tenerlo limpio, atendido y cuidado. No durmió durante días para velar su sueño, y a la

semana ya estaba mejor y su rostro volvía a ser el de un ángel casi perfecto. Empezó a comer, a levantarse y a querer ayudar en las faenas de la casa y del campo. Un verdadero milagro.

Treinta días después se podía decir que ya estaban olvidando el incidente, se había acostumbrado en parte a tener a Tobías Hanson y a sus cinco compañeros en casa (aunque dormían y hacían su vida en el granero y apenas le dirigían la palabra) y lo cierto es que se sentía mucho más segura viéndolos cerca. Aún tenía el miedo en el cuerpo ante la perspectiva de haber podido quedarse viuda, por haberlo podido perder todo, no era capaz de negarlo, así que verlos cada mañana por allí vigilando y trabajando en silencio era un verdadero regalo del cielo.

—Preciosa, ven aquí —Apagó la vela y se acercó a la cama dónde su sonriente marido yacía desnudo y con los ojos brillantes.

—Estoy un poco cansada, ya no estoy acostumbrada a las visitas y mucho menos a charlar tanto.

—Si apenas te dejan hablar. Venga, desnúdate para mí, señora Hanson.

—Jeremiah...

—Vamos... —Observó con ojos golosos como se sacaba la ropa y le sujetó la mano para evitar que se pusiera el camisón—. Necesito hacerte el amor, Rose, hace un mes que no te toco.

—Sigues convaleciente, deberías cuidarte.

—No —De un tirón la metió en la cama e hizo el intento de ponerse encima de ella—. ¡Dios!

—¿Ves?, si no puedes, aún...

—Sí podemos, pero de otra forma, venga, cariño —Se recostó en la cama y la cogió por las caderas—. Ponte encima de mí.

—No.

—Sí, obedece a tu marido, Rose, si no te hago el amor ahora, sí que me verás enfermo de verdad.

Apartó la vergüenza, respiró hondo y se acomodó encima de él. Jeremiah sujetó su miembro erecto y buscó su intimidad con un quejido, ella suspiró al sentirlo dentro en esa posición y él aprovechó para incorporarse y

lamerle los pechos con la boca abierta. La sensación era deliciosa y no pudo evitar cerrar los ojos y arquear la espalda de puro placer, hasta que él la agarró por el cuello y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Rosie, mi preciosa Rosie.

—Madre mía, no sé si esto es muy cristiano —Susurró encima de su boca a la par que él, aferrando sus glúteos con las dos manos, marcaba el ritmo de sus caderas.

—Lo que hagas conmigo, que soy tu esposo ante Dios, es muy cristiano, Rose.

—¡Santa madre de Dios!

Empezó a sentir un orgasmo intenso y húmedo con la respiración entrecortada, y entró en un segundo de cabeza, sin solución de continuidad, de inmediato, mordiendo su espalda ancha y deliciosa, acariciándole el cuello a través de ese pelo largo, rubio y revuelto. Era tan guapo y sensual, y la deseaba, la quería a ella, y estaba tan dentro de sus entrañas que pronto empezó a perder el sentido... aferrada a su cuerpo... a su boca... a su lengua... a sus ojos...

—¡Jeremiah! —Se sentó en la cama de un salto y la realidad le dio en la cara como una bofetada.

Asustada miró la hora, las seis de la tarde, llevaba más o menos desde las nueve de la mañana durmiendo. Era domingo, recordó, y después de desayunar había intentado dormir otra vez, con bastante éxito al parecer, aunque tenía la sensación de que este último sueño había durado menos de lo habitual.

Se bajó de la cama, entró al cuarto de baño y se metió en la ducha. La noche anterior, tras su breve paso por la fiesta de su vecino, no había soñado con nada. Había visto la serie “Liar” en HBO y luego se había quedado frita leyendo. Mala idea, porque había perdido la noche entera sin ir a Tulsa. Afortunadamente, la mañana había sido muy provechosa, había estado con Jeremiah Hanson, habían hecho el amor de manera salvaje y muy intensa, como siempre, aunque despertarse sola y sin él al lado, resultaba muy decepcionante, y hasta deprimente.

—Hola... —El timbre la sobresaltó mientras se tomaba un café y meditaba sobre su último sueño, y abrió la puerta con el ceño fruncido.

—Hola, Clara, ¿qué tal vas?

—Bien —Observó a Guillem con curiosidad, comprobando que venía de correr, y se apoyó en el dintel de la puerta— ¿Y tú?, ¿necesitas algo?

—Quería disculparme contigo, he dormido fatal pensando en...

—¿En qué?

—Ayer no estuviste ni quince minutos en mi fiesta y supongo que fue por culpa de mi amiga Angie, no debió preguntarte nada, en fin...

—¿Cómo dices? —Ya ni se acordaba de eso, pero de pronto lo recordó y se encogió de hombros—. No pasa nada, se me había olvidado, dale las gracias a tu amiga por las disculpas, pero en realidad no tiene por qué disculparse.

—No me disculpo en su nombre, sino en el mío, seguramente no debí comentar con nadie lo del incidente del sueño, es una cuestión personal y yo...

—Es igual, Guillem. Espera —Vio el móvil vibrando y lo cogió en seguida al ver que se trataba de su abuela Lola—. Hola abu, ¿cómo estás?, ¿ya estás en Madrid?

—No, hija, voy en el AVE y tu madre me avisa de que no pueden recogerme en Atocha, que coja un taxi, pero...

—No hay problema, yo voy a buscarte ¿a qué hora llegas?

—A las nueve, Clarita, pero si estás muy liada yo...

—Para nada, voy en seguida y así te veo. Tranquila —Colgó, se sentó en el sofá para ponerse las deportivas y de repente se acordó de Guillem, que seguía ahí de pie con su chándal y sus bíceps bronceados y perfectos— ¿Necesitabas algo más?

—¿Va todo bien?

—Todo bien, es mi abuela, que viene de Málaga y la irresponsable de mi madre la ha dejado tirada. Voy a recogerla.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias —Agarró la mochila, las llaves, el móvil y lo animó a salir para cerrar la puerta—. Hasta otra.

Se despidió de él con la mano y se animó a bajar las escaleras a la carrera. Era de locos que dejaran a su abuela de ochenta y dos años sola en

Atocha, pero de su madre se podía esperar cualquier cosa. Llegó a la calle, se acomodó la mochila y bajó a buen ritmo camino del metro.

—Tu padre dice que necesitas un cambio de aires radical, que te anime a venir a verme y la verdad es que me encantaría verte, Clara.

—Y yo me muero por verte, Andrea, en serio. Déjame hacer números y te confirmo con lo que sea.

—¿Quieres venir en septiembre?, puedes venir a finales de mes y así celebramos tu cumpleaños aquí, yo te invito.

—Mil gracias, pero no hace falta, tengo trabajo y puedo hacer el gasto, solo debo ajustarlo todo un poco, no te preocupes.

—Siempre igual, debes aprender a recibir, cariño, y a mí no me cuesta nada pagar unos malditos billetes de avión—Clara sonrió oyendo el marcado acento tejano de su antigua madrastra y se apoyó en el respaldo de la silla pensando, una vez más, en que era una verdadera lástima que su padre la hubiera dejado para irse a Mallorca con la tercera en discordia, Julia, esa jovencísima loca del Bikram Yoga que le había puesto la cabeza del revés—. Clarita, en serio, ven a verme e incluso quédate conmigo una temporada, aquí conseguirías trabajo en seguida.

—Lo tendré en cuenta y muchas gracias.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en Tulsa?, ¿los Hanson?

—¿Quiénes?—Oír el apellido la hizo saltar de la silla, se pegó al ordenador y miró a Andrea con el corazón saltándole en el pecho— ¿Hanson?

—Ya sabes, ese grupo de música tan bueno, Hanson, empezaron muy jovencitos, pero ya son adultos. Son hermanos y, créeme, son lo único destacable que tiene Tulsa ¿no te suenan?... “Mmmmbop, ba duba dop. Ba du bop, ba duba dop... Mmmmbop...” —Empezó a canturrear y Clara se relajó reconociendo la canción de inmediato.

—Claro que me suenan y siempre me gustaron mucho.

—Bueno, ¿o sea que no vienes por ellos?

—No, solo me gustaría ver un poco la ciudad, conocer Oklahoma, no sé...

—Y es una idea genial, aquí te espero yo con los brazos abiertos.

—Gracias, guapa, eres un sol.

—Te dejo, que tengo que llevar a mi madre a un *brunch*. Ya me dirás qué decides. Un beso.

Se despidió de Andrea, colgó el Skype y se fue a YouTube para buscar a los Hanson. Desde luego, de pequeña le habían gustado una barbaridad, pero hacía años que no sabía nada de ellos, y fue una sorpresa comprobar que cantaban mucho mejor, que tenían unas canciones estupendas y que se habían convertido en unos tíos muy atractivos, especialmente el líder, Taylor Hanson, que era un rubio espectacular que se parecía mucho a Jeremiah Hanson, bueno, a la imagen mental que ella tenía de Jeremiah Hanson.

Se pasó casi una hora oyendo su música y buscando información sobre ellos y Tulsa. Como decía Andrea, eran una verdadera institución en la ciudad, parecían ser mega famosos, tenían incluso un día oficial al año, el *Hanson Day* en mayo, y llevaban su estado, o sea Oklahoma, y su hogar, o sea Tulsa, como seña de identidad por medio planeta.

Le encantó saber muchas cosas sobre los tres hermanos, que tenían nombres bíblicos como los hermanos Hanson de la saga “Al Oeste de tu corazón” y empezó a calibrar la idea de que fueran descendientes de Jeremiah Hanson. Una idea completamente absurda y estúpida, teniendo en cuenta que “Al Oeste de tu corazón” era una historia de ficción, pensó de inmediato, mandando sus fantasías infantiles a la basura.

“Clara, estás empezando a perder el norte” se dijo apagando el ordenador y oyendo a la par como Lucía entraba en el piso haciendo mucho ruido con las llaves.

—Hola, ¿qué tal? —Salió al salón y miró a su amiga con curiosidad—. ¿Va todo bien?, ¿ya se fue Pierre?

—Sí, hace una hora. Menos mal que no estás durmiendo, Clara, necesito hablar contigo.

—Bueno, tampoco es que esté todo el día metida en la cama —Se defendió muy digna y Lucía la miró de reojo sin decir nada—. ¿Qué ocurre?

—He tomado una decisión y te afecta a ti, así que tenemos que hablar. Siéntate, por favor.

—Vaya, me estás asustando —Se desplomó en un sofá y percibió que Lucía tenía la mandíbula tensa y que había estado llorando—. Si necesitas que me vaya del piso, me voy ahora mismo, no tengo ningún problema, puedo quedarme con Guadalupe o en casa de mi madre, por mí no te preocupes.

—He pedido un traslado en el trabajo y me voy a París a vivir con Pierre. No sé qué me dirá la empresa y a lo mejor tardan un poco en contestar, pero da lo mismo, me voy igualmente y lo haré en cuanto empiece el mes de julio.

—¿Qué?, ¿vas a dejar tu trabajo?, ¿ese maravilloso trabajo que te ha costado horrores encontrar?

—Mira, Clara, no te pongas como mi madre, no estoy pidiendo vuestra opinión. Simplemente aviso que me largo a Francia, si me dan un traslado cojonudo, si no, pues dimito y en paz.

—Joder... —Se atusó el pelo y vio que estaba llorando, así que se levantó, se acercó y le cogió las manos—. No quiero ser tu madre, ni estoy juzgándote, no es eso, solo me extraña que renuncies a todo y que te vayas allí así, de repente.

—La relación con Pierre tiene que avanzar, llevamos dos años juntos y él opina que o damos un paso al frente o lo dejamos para siempre.

—¿Es idea de Pierre?

—Sí, pero estoy completamente de acuerdo con él, no tengo veinte años para andar viajando todos los fines de semana a verlo, ni para tener novio a distancia. Lo quiero, nos queremos, y lo mejor es vivir juntos. Deberíais alegraros por mí.

—Si es lo que quieres, yo me alegro y te apoyo al cien por cien.

—¿Cómo si es lo que quiero?, ¿lo pones en duda?

—No, pero sé perfectamente como a veces las presiones, sutiles o no, nos llevan a tomar decisiones equivocadas.

—No vas a comparar mi relación adulta y seria con Pierre, con la tuya con Gonzalo, por el amor de Dios.

—Tú eras la que siempre me estabas diciendo que tomara las riendas de mi vida por mí, que fuera egoísta porque nunca, jamás, hacer las cosas por los

demás funciona.

—Porque tú nunca estuviste enamorada del capullo de Gonzalo.

—En eso tienes razón.

—Yo amo a Pierre, quiero vivir con él, quiero seguir con él y, si para eso debo renunciar a algunas cosas o mudarme a París, lo haré. Es la decisión que hemos tomado juntos y estoy muy feliz. Alégrate por mí.

—Ok, me alegro mucho por ti —Sonrió y la abrazó.

—Y ahora viene tu parte, Clara.

—Lo que sea, puedo mudarme en julio también.

—No es eso, al contrario. No quiero perder este piso y si tú pudieras pagarme la mitad de la hipoteca, que son cuatrocientos cincuenta euros, yo podría quedármelo y no necesitaría ponerlo a la venta o alquilarlo a un desconocido.

—¿En serio?, pues claro, me viene de maravilla. Muchas gracias.

—Genial, tú te quedas aquí y yo me iré más tranquila, así cuando quiera venir a Madrid seguiré teniendo mi habitación.

—Por supuesto, eso está hecho.

—En fin... —Se levantó y se estiró—. He pensado hacer una fiesta de despedida el primer sábado de julio ¿te parece?, hay que celebrar estas cosas y encima nunca hice la de inauguración, así que...

—Yo lo organizo todo, tú preocúpate del traslado. París... —Susurró siguiéndola a la cocina—. Me encanta París, no es mal sitio para empezar una historia de amor más estable.

—Siempre tan romántica, Clarita.

—Y una nueva vida, en una nueva ciudad... me parece una oportunidad increíble.

—Tú puedes ir donde quieras y cuando quieras, solo hace falta que de una puta vez te lées la manta a la cabeza.

—Ya...

—¿Te pasa algo con Guillem? —Soltó de repente y Clara la miró entornando los ojos—. No me mires así, él dice que lo desconciertas un montón, que es un

poco frustrante tratar contigo, que al parecer debe caerte fatal...

—¿Frustrante tratar conmigo?, pero ¿este tío de qué va?

—Es cierto que para mucha gente eres distante e indiferente, amiga. Nosotros te lo perdonamos porque sabemos que vives en las nubes y que no lo haces a propósito, pero a los nuevos los despistas un poco.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente.

—Vaya por Dios... qué personaje más susceptible.

—Guillem es el típico tío con don de gentes que cae de pie en todas partes, no está acostumbrado a que pasen de él en su cara.

—Yo no paso de él en su cara, si apenas lo conozco.

—Claro, porque no le has dado cuartelillo, y es un chaval muy majó, te vendría bien ser su amiga ahora que vas a vivir sola. Hay que confraternizar con los vecinos.

—No he cruzado más de dos palabras con él y las dos que hemos cruzado siempre han sido amables y amistosas. Yo no he sido mal educada ni indiferente, no tengo por qué serlo, si en realidad me cae muy bien.

—¿Segura? —Clara asintió—. Igual es que le gustas y por eso le afecta tanto tu pasotismo social.

—¡¿Qué?!, tú flipas. Ni pasotismo social, ni que le gusto, el muchacho tiene novia, que la conocí en su fiesta, así que menos chorradas, por favor.

—Ay, Clara —Se echó a reír y ella movió la cabeza.

—Me cae bien, de verdad, no tengo nada contra el vecinito de al lado.

—Vale, pues demuéstraselo un poquito —Sintieron el timbre de la puerta y Lucía sonrió—. Lo he invitado a cenar, así que pórtate bien, guapa, y al menos mantente despierta hasta que se vaya.

Hacía siglos que no organizaba una cena, una comida o una fiesta. La verdad es que hacía siglos que tampoco salía, quedaba o se relacionaba con la gente, así que preparar una fiesta de despedida para Lucía empezó siendo un desafío, un divertimento, y acabó siendo un verdadero suplicio.

Sus amigos, los cercanos, actuaban como pequeños dictadores y de cada tres que llamaba, dos querían imponer la fecha para la dichosa fiesta, y el tercero empezaba a sugerir ideas para hacerla en tal o cual local. La premisa era hacerla en casa para abaratar gastos, y el primer fin de semana de julio que era cuando le venía bien a la homenajeada, así que tras intentar cuadrar agendas y oír un montón de quejas y sugerencias, dio un golpe en la mesa, puso una fecha inamovible y se acabó.

Y ahí estaban, el sábado 7 de julio, con un calor sofocante en Madrid y la casa llena de gente.

Entró en la cocina y decidió poner orden antes de empezar a agobiarse de verdad. Desenvolvió y unificó bandejas de bocaditos y delicias varias, tiró botellines de cerveza y alcohol en el cubo del vidrio, metió copas, fuentes y platos en el lavavajillas, despejó la encimera y sacó hielo para llevar al salón, también snacks y patatas fritas, frutos secos y palomitas, que eran las favoritas de Lucía.

Los nachos y las salsas se habían acabado a la media hora de servirlos, y sabía que su vecino Guillem había ido a su casa a por más. Él se ofreció a echar una mano y se estaba portando bastante bien, amable y sociable como siempre, y aunque apenas habían cruzado un par de frases de cortesía, se había propuesto tratarlo mejor durante la noche, dedicarle atención e incluso alguna sonrisa conciliadora. En realidad, no tenía nada contra él, como le había recriminado Lucía, simplemente no le interesaba demasiado conocer gente nueva.

—Yo no sacaré más vasos de cristal, con los de plástico nos apañamos todos
—Oyó su voz en la espalda y se volvió de un salto para ver que entraba en la

cocina con una bolsa llena de vasos de plástico rojo—. Me quedaron estos de mi fiesta, hay de todos los tamaños.

—Contaminan un montón.

—Los llevaremos al contenedor de plásticos, no te preocupes —Respondió, acercándose para organizarlos encima de una bandeja—. Son muy cómodos y no tienes que lavarlos.

—Vale, muchas gracias, Guillem.

—De nada. Deja ya de trabajar y sal a divertirte un poco —Se quedó quieto observándola con atención y ella siguió a lo suyo muy concentrada— ¿No te gusta mucho la gente?

—¿Eh? —Dejó la bayeta encima del fregadero y se volvió para prestarle atención. Llevaba unas albarcas marrones, pantalones pesqueros blancos y una camisa de lino beige. El pelo castaño largo, perfecto y revuelto, y sonreía iluminando la cocina—. Si no lo adelanto ahora, luego será peor.

—Yo te ayudaré, vamos, tómate algo.

—Tengo aquí mi Coca Cola —Agarró un vaso grande y con mucho hielo que se había preparado y tomó un trago largo—. ¡Qué calor!, cada año soporto menos este puñetero calor de Madrid.

—Lo sé, a mí tampoco que va, aunque me he pasado tres años en Cardiff añorando el sol español.

—Yo viviría feliz en una zona de frío y lluvia constante. Soy animal de invierno.

—Todavía no conozco a ninguna española, o español, que tras unos años en el norte de Europa no empiece a añorar este calorazo.

—Yo no lo haría, te lo juro por Dios.

—¿Y por qué no te vas a vivir al norte?

—Buena pregunta —Le sonrió y él bebió un poco de su botellín de cerveza sin quitarle los ojos de encima—. Supongo que porque la vida me ha llevado por otros derroteros.

—Te conozco desde hace poco, pero es la segunda vez que me hablas de esos derroteros.

—Es cierto, igual lo suelto demasiado —Se estiró la falda corta del vestido de verano y él permaneció en silencio—. Tuve una relación muy larga que condicionó mi vida más de lo que soy capaz de aceptar. Me volví cómoda y aburrida, siguiendo la inercia, esa es la pura verdad, pero no pierdo la esperanza de hacer un cambio radical en mi vida, dejar mi trabajo, marcharme a vivir al norte de Europa o a otro país.

—Muchas veces los pequeños cambios hacen más que los cambios radicales.

—¿Cómo dices?

—A veces un pequeño cambio puede transformar más una existencia que mudarse de país o dejar un trabajo.

—¿Tú crees?

—Sí, he conocido a gente en China que se fue allí dejando todo atrás para cambiar de vida y que, sin embargo, viven en Pekín repitiendo los mismos patrones y los mismos hábitos que llevaban en su casa, y a otros que no han salido de su pueblo, pero que empezar a estudiar idiomas, a tocar el piano o a correr maratones les ha cambiado la vida.

—Tienes toda la razón, todo es cuestión de actitud.

—Exactamente.

—¡Clara, tía! —Su amigo Roberto entró como un vendaval en la cocina y ella dio un respingo—. Llevo pillado contigo diez años y ahora que al fin estás soltera yo tengo novia. No puede ser verdad, macho, es una puta desgracia... Hola —De repente vio a Guillem y se quedó callado—. Lo siento, pensé que estabas sola.

—Este es Guillem, nuestro vecino. Guillem este es Roberto, un excompañero de facultad.

—Encantado —Se saludaron y Roberto volvió a dirigirse solo a ella—. No tenía ni idea de que habías roto con Gonzalo Cifuentes.

—Hace ocho meses.

—¡Mierda! ¿en serio? ¿y por qué nadie me avisó?

—¿Y por qué te íbamos a avisar?

—Porque llevo en el banquillo más de una década y...

—Tal vez en otra vida, Rober ¿quieres llevar hielo al salón?

—Vaya putada, en serio —Cogió el bol con los hielos y miró a Guillem de arriba abajo—. Diez años enamorado de la tía más guapa de la carrera y ahora esto, joder. La vida es injusta, colega, muy injusta.

—No le hagas caso, está de broma —Comentó Clara viendo como se iba y Guillem movió la cabeza sonriendo—. Está pirado.

—Guadalupe me comentó hace un rato que ella y tú os inducíais sueños ¿es verdad?

—¿Te contó eso? —Intuyó que hablaba en serio así que asintió—. Sí, estamos en ello.

—¿Lo que se llama sueños lúcidos?

—Exactamente ¿los conoces?

—He leído bastante sobre el tema. En China asistí a varios seminarios budistas que trataban sobre el sueño lúcido, donde nos daban técnicas y ejercicios para conseguirlos en la fase del sueño paradójico o fase REM, pero nunca tuve suerte. O estoy demasiado inquieto o duermo como un ceporro.

—Las técnicas que estamos usando Guadalupe y yo son nuevas, de un profesor de Standford, tal vez te interesaría probarlas.

—¿A ti te funcionan?

—Sí, perfectamente.

—Genial, me encantaría, gracias.

—Ven, tengo algún libro en mi habitación.

Muy ilusionada de poder hablar con alguien, abierta y tranquilamente, sobre sus aficiones oníricas y sobre el profesor Watson, se llevó a Guillem a su cuarto y lo invitó a entrar cerrando la puerta. La cama estaba llena de bolsos y chaquetas, así que no lo invitó a sentarse, y se fue directo a la estantería donde tenía dos libros de William Watson.

—En papel solo tengo estos dos libros, los demás los tengo en digital, pero puedo pasártelos si quieres.

—Que interesante, voy a empezar con estos y luego me busco la vida con los e-books.

—La mayoría están en inglés, pero supongo que no tienes problema con eso.

—No, no hay problema.

—Le escribí a Standford para contarle mi experiencia y se puso en contacto en seguida conmigo, es muy amable, ahora está haciendo un seguimiento de mis sueños.

—Vaya, genial...

Se movió y con la pierna le dio a una torre de libros que tenía detrás de la puerta. Clara se disculpó por el desorden y se agacharon a la par para recoger el estropicio. De pronto lo sintió pegado a ella y su pelo largo y perfecto le rozó el hombro desnudo de una forma tan agradable que se estremeció de arriba abajo.

El escalofrío fue evidente, no pudo sujetarlo, y lo miró de soslayo, roja hasta las orejas, él se acercó más y le rozó el antebrazo con el suyo. Una maniobra de acercamiento tan directa que respondió como siempre en esos casos, apartándose de un salto.

—Hueles tan bien —susurró Guillem enderezándose despacio—. Desde qué te vi en el banco por primera vez, siempre hueles de maravilla, ¿qué perfume usas?

—¿Yo?, pues, uno de Moschino —Contestó rápido, pensando en que él sí que olía muy, pero que muy bien, y se alisó la falda del vestido—. Olvídate de esos libros, ya los ordenaré más tarde.

—Vale... —Dio un paso al frente y Clara se pegó a la pared—. ¿Me dejas darte un beso?

—Es la primera vez que me piden permiso.

—Me tomaré eso como un sí —La agarró por la nuca y se pegó a ella, nariz con nariz, su aliento tibio y suave junto a su boca. Clara suspiró y entonces él le plantó un beso decidido y enérgico, lamiéndole los labios y la lengua primero, antes de lanzarse a besarla una y otra vez, mil veces, hasta que se separó un poco para mirarla a los ojos—. Clara...

Ella sonrió coqueta, lo agarró por la pechera y lo acercó para seguir besándolo mientras con la mano libre le acariciaba la espalda caliente y suave por debajo de su camisa de lino. Guillem se dejó hacer, por supuesto,

apretándole el trasero con las dos manos, pegándola a la pared cada vez con más brío, rozándole las caderas con las suyas, mientras Clara Corona empezaba a pensar que aquello era incluso mejor que perderse por Tulsa con Jeremiah Hanson.

—¿Tienes un preservativo? —Preguntó cuando ya estaban sobre la cama llena de bolsos, con el vestido enrollado por encima de los pechos y con Guillem, completamente excitado, entre sus piernas, y él se quedó congelado.

—Aquí no —Dejó de besarla y hundió la cara en su cuello—. En mi casa, sí.

—Pues vayamos a tu casa.

Lo apartó, se levantó, se arregló el vestido y salió disparada de la habitación. Le temblaban las rodillas y un calor descomunal en el vientre apenas le permitía caminar con algo de normalidad, pero le dio igual, cruzó el salón lleno de gente sin mirar a nadie y salió al rellano volviéndose por primera vez para comprobar que él la seguía. Y sí que la seguía.

Él había dado el primer paso, sí, pero de repente ella tomó el control de la situación y eso empezaba a marchar tal como le apetecía, de forma rápida y sin florituras, que no estaba para muchos rollos raros, ni para charlas, ni para perder el tiempo, que llevaba demasiado tiempo sola.

Guillem abrió la puerta de su piso mirándola a los ojos y en seguida notó que la casa estaba fresca gracias al aire acondicionado, y que olía a incienso, pero poco se paró a disfrutar de aquello, porque él la agarró de la mano y se la llevó al dormitorio. Tenía una cama japonesa enorme y con una colcha de seda azul noche preciosa, muy acogedora, que miró un segundo antes de verse encima, con Guillem quitándole el vestido y la ropa interior a mordiscos, mientras la agarraba con una mano libre por las caderas para penetrarla sin más preámbulos.

Cerró los ojos y pensó en todas las escenas de amor loco que había leído a lo largo de los años y que nunca había puesto en práctica. Jamás lo había hecho, jamás se había acostado con un tío que no fuera su novio, jamás hasta esa noche, cuando un mecanismo extraño había hecho clic en su cabeza y la había empujado, sin complejos y sin ningún miedo, a lanzarse a la aventura total junto un perfecto desconocido. Ese tipo tan guapo y tan sexy que la tocaba y la conducía con una maestría inaudita y salvaje.

Guillem Borrás Sampedro, susurró recordando su nombre completo. Le sujetó la cara y lo besó. Esos besos podían ponerla del revés y no pensaba prescindir de ellos mientras se lanzaba a un orgasmo descomunal pegada a su cuerpo fuerte y acogedor.

—Es mi hermano y no puedo echarlo a la calle, Rose.

—Han pasado dos meses, ya estás bien, estamos bien y nuestros vecinos...

—¿Nuestros vecinos qué? —Subió el tono de voz y Rose cuadró los hombros y lo miró a los ojos.

—Nuestros vecinos murmuran, hablan de su “trabajo”, de la mala fama que tiene, es normal que me sienta incómoda.

—Se trata de tu familia, Rose, te guste o no, y deberías ponerla por encima de cualquier comadre chismosa —Se levantó de la mesa y ella se quedó quieta—. Y ven a la cama.

—¿No iban camino de Missouri?, podrías decirle que...

—No voy a largar a mi hermano, Rose, estoy seguro de que en cuanto esté preparado se irá, no te preocupes tanto.

—Hace dos meses no era tu hermano, ni siquiera me habías hablado de él, y cuando apareció en Tulsa lo echaste con el rifle en la mano.

—Las cosas han cambiado... y calla de una vez, no pienso discutir sobre esto contigo, como tampoco pienso tolerar más tus malas caras cuando viene por la comida, por agua o simplemente a saludar.

—¿No piensas tolerarlo? ¿y qué piensas hacer? —Se levantó de la mesa y lo miró de frente.

—¿Me estás desafiando, Rose?

—Será tu familia, pero también es un salteador de caminos, un atracador de trenes, un asesino.

—Un asesino que salvó nuestras vidas, a ver si muestras un poco más de respeto y agradecimiento por eso.

—Si van a seguir aquí, él y sus hombres, me voy al pueblo, me instalaré en casa del reverendo Fishbourne hasta que se vayan, su hija Mary se ha casado y

me han ofrecido su cuarto.

—¿Qué?! —Se estaba desvistiendo y tiró las botas con fuerza al suelo— ¿Quieres abandonarme?, ¿le has pedido cobijo al reverendo Fishbourne? ¿me has faltado al respeto de esa forma, Rose? ¿estás loca?!

—No he pedido nada, ellos me lo han ofrecido.

—¿Por qué?, ¿te has ido a quejar a su casa? ¡Mírame, mujer! —Se acercó echo una furia y la agarró por el brazo— ¿Qué demonios has estado haciendo a mis espaldas?

—No he hecho nada, solo es que... la señora Fishbourne...

—¿Qué?!, ¿qué diantres te pasa, Rose?!

—Estoy embarazada. —Soltó buscando un pañuelo para enjugarse las lágrimas y él se quedó quieto, con la mirada fija sobre ella. No era la forma que había planeado para contárselo, pero no le dejaba otra opción—. Tengo cuatro faltas, el doctor Miller cree que, teniendo en cuenta mis antecedentes, debería llevar una vida más tranquila y sin esfuerzos y, sinceramente, Jeremiah, tener a tu hermano Tobías y a su banda durmiendo en mi casa me da mucho trabajo y no me tranquiliza en absoluto.

—... —Siguió mudo y Rose buscó sus ojos un poco preocupada.

—¿Jeremiah?

—¿Embarazada?

—Jeremiah...

Repitió, siendo consciente de que se estaba despertando y apretó los dientes. No quería dejar el sueño, no en ese momento, no, por favor, no, no, no... ahora no... susurró sin querer abrir los ojos, pero fue inútil, porque estaba completamente despierta y ya no había marcha atrás.

Un poco sofocada abrió los ojos y miró un rato el techo. Era martes, discurrió rápido, estaba sola, durmiendo en el sofá del salón y la siesta no le había durado ni una hora, qué lástima.

Se levantó a duras penas, descorrió las cortinas y dio gracias al cielo por la jornada intensiva en el banco, que le permitía pasar las sofocantes tardes de verano en casa. Se fue al cuarto de baño y se metió debajo de la ducha fría con los ojos cerrados.

Lucía se había marchado hacía un día a París y solo rogaba al cielo porque todo le fuera bien. En principio había perdido su trabajo, pero Pierre tenía muchos contactos en su ciudad y seguramente en seguida encontraría algo para ella, algo a su altura. Lucía era una de las tías más capaces y trabajadoras que conocía y seguro que se abría paso de inmediato, no le cabía la menor duda, lo que le preocupaba no era eso, lo que en realidad le preocupaba era la relación con su novio, un personaje extraño y peculiar que, sin embargo, a ella volvía loca de amor.

Pierre era raro, estirado y estaba un poco pirado, eso lo sabía todo el mundo, pero Lucía estaba enamorada de él y eso era lo único importante. Ojalá supiera hacerla feliz.

La iba a echar muchísimo de menos, estaba segura de que su existencia no iba a ser la misma sin ella, pero, la vida era así, y acabaría acostumbrándose, además, no estaba en Nepal, estaba solo a dos horas de avión y seguro que terminarían viéndose con regularidad.

Salió de la ducha y leyó en el móvil un mensaje de su madre contándole que ya estaban instaladas en Marbella, qué envidia. Se fue a la cocina y observó un rato el teléfono donde tenía dos WhatsApp de Guillem, su vecino, su amigo o lo que fuera en ese momento, después de habérselo tirado como una loca, y sin mediar palabra, durante la fiesta de despedida de Lucía. Madre de Dios, que vergüenza.

Había sido genial estar con él, sin citas previas, ni cortejos, ni rollos raros, había sido la bomba, porque lo habían pasado genial, pero al acabar ella se había levantado de la cama, se había vestido y se había ido sin abrir la boca, más por desconcierto que por otra cosa, pero él no sabía eso y debía creer que era una borde maleducada. Seguro que se había hecho una idea pésima de ella que, encima, se había pasado el resto de la noche ignorándolo y evitándolo. Un desastre.

Y no es que estuviera arrepentida del “encuentro sexual de urgencia”, al contrario, se sentía estupendamente por haber hecho algo así y sin pensárselo, ese no era el tema, el tema es que no quería ponerlo en un compromiso, no quería que se viera obligado a ser su nuevo mejor amigo, no quería que, por haber sucumbido por una vez en su vida a sus pasiones más locas, la cosa se pusiera incómoda y acabara harta, como le había pasado siempre con sus

ligues o con Gonzalo, que se le habían pegado como una lapa dejándola en una situación de mala malísima que no quería repetir.

Seguramente Guillem, que era un tipo adulto y de mundo, no le saldría con esas chorradas y seguiría a lo suyo como si nada, pero prefería no correr riesgos y mantener las distancias. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, decía su abuela, y en ese caso en particular era justamente lo que iba a pasar porque, entre otras cosas, no pensaba volver a enrollarse con él. Nunca más.

—Hola... —Al tercer timbrazo, dejó el bol con fruta en la mesilla del salón y abrió la puerta con muy malas pulgas.

—Hola —Guillem, vestido con traje, pero sin corbata y con una mochila al hombro, la saludó regalándole su sonrisa de anuncio. De repente le prestó atención y tuvo que reconocer que el chico era realmente guapo— ¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias, ¿y tú?

—Me pasé a saludar el domingo y ayer, pero no te pillé y...

—Mucho lío con la familia y con Lucía.

—¿Lucía bien en París?

—Sí, llegó hace un rato, ya está en casa de Pierre.

—Me alegro... ¿tienes planes para la cena? —Preguntó de golpe y ella se giró hacia el salón viendo la tele encendida y los libros de Jeremiah Hanson que la esperaban junto al sofá más cómodo de la casa.

—La verdad es que sí.

—Ok, pues... en fin...

La observó un rato con atención, deteniéndose en sus pantalones cortos y en su camiseta sin mangas, e hizo amago de irse, pero sin mediar palabra se volvió, se le acercó, la agarró por el cuello y la besó.

Su instinto primario fue apartarse y echarlo a patadas, sin embargo, sus intenciones se fueron de paseo cuando sintió su calor y sus labios tan cerca. Ese hombre besaba demasiado bien, pensó agarrándolo por las muñecas para devolver el beso con una energía desconocida, o no tan desconocida, porque algo similar le había pasado hacía cuarenta y ocho horas en su dormitorio.

Antes de poder decir esta boca es mía, cerraron la puerta y empezaron a desvestirse a manotazos en el mismo salón. ¿Qué te pasa, Clara?, se dijo un par de veces sin poder apartar las manos de ese tío tan bueno que encima desprendía un aroma hipnótico y arrebatador. Era delicioso olerlo, tocarlo, besarlo y comérselo entero, y esperó con ansiedad a que acabara de desvestirse para llevárselo a la cama a la carrera.

¡La madre...! Exclamó cuando lo sintió dentro y se aferró a él con brazos y piernas. No recordaba haber tenido una química tan brutal e incontrolable con nadie en toda su vida, y cuando empezó a calibrar sobre el tema, él le mordió la boca y mandó sus estadísticas al carajo en un pis pas.

—Mira lo que tengo —Se apartó un poco, agarró sus pantalones y sacó un preservativo del bolsillo.

—¿Los llevas a la oficina?

—No, me lo eché al bolsillo en el ascensor, a ver si tenía suerte...

—Parece que la has tenido.

—Ya te digo... Mare de Déu...

Susurró en catalán con la voz ronca, se le echó encima y ella lo obligó a girar para ponerse al mando. Lo tumbó sobre la cama, le quitó el profiláctico y se lo puso con una parsimonia inaudita, disfrutando su cara de deseo y desesperación. Estaba al borde del abismo y jugó un rato con su pene sin dejar de mirarlo a los ojos, mientras él los cerraba y se atusaba el pelo rogándole un poco de compasión.

Era divertido tener esa ventaja, dominar un poco el cotarro, hasta que su propia excitación fue en aumento y tuvo que permitir que la penetrara, ella encima, moviendo las caderas a su ritmo y conduciéndolo a un orgasmo tan brutal y delicioso que cuando cayó a su lado exhausta, soltó una carcajada de pura felicidad.

Había dejado de soñar. Hacía lo posible, seguía los pasos adecuados, la rutina habitual y, sin embargo, se dormía sin conseguir ir a Tulsa, ni a ningún otro sitio.

Pidió su turno en el puesto de frutas del mercado y sacó el libro de Jeremiah Hanson para hojearlo y tratar de inspirarse un poco. Había estado toda la tarde en la piscina municipal releendo la saga “Al Oeste de tu corazón”, a ver si con eso conseguía retomar sus preciosos sueños lúcidos, su aventura en Oklahoma, su romance con Jeremiah, pero algo en su corazón le decía que había llegado a un punto muerto, que estaba agotada y que quizás era hora de renunciar y tomarse un descanso.

Pero no pensaba rendirse.

La noche anterior, la autora de la saga había anunciado en su Twitter que acababa de revisar el noveno libro y que saldría a la venta en otoño. Jeremiah y Rose Hanson continuaban su aventura en Tulsa, y no solo eso, también había contado que preparaba un décimo volumen hablando de la descendencia de la pareja. Genial, estaba deseando leerlas, pero hasta entonces, seguiría a lo suyo intentando volver a Tulsa con su héroe romántico particular y para eso, estaba segura, necesitaba empezar a leer la saga desde el primer libro.

Seguro que un repaso general conseguía devolverla a Oklahoma con Jeremiah, sobre todo ahora, que vivía sola y tenía libertad absoluta para dormir a gusto y sin molestar a nadie.

Suspiró, mirando las sandías tan brillantes y apetecibles, y su mente voló sin venir a cuento hacia su último encuentro con Guillem, hacía una semana, en el piso de él, cuando la había agarrado de la mano en el rellano, la había metido en su casa y habían acabado haciendo el amor como locos, de pie, casi sin desvestirse, contra la pared de su fresco y agradable salón.

La cosa con él siempre iba así, a lo loco y sin pensar. Ni una copa, ni una cena, ni una charla (tampoco después), directo al meollo y tan contentos. Era justamente lo que podía permitirse en ese momento y a él parecía irle

igual de bien.

Era un tío majo Guillem. Muy guapo, muy sexy, muy apasionado, y a la vez tan sencillo y natural, no se lo tenía para nada creído y eso era un regalo del universo. Conocía a muchos hombres, ni la mitad de atractivos que él, que se creían unos adonis de lujo y que terminaban empachándote a los diez segundos de conocerlos, con Guillem Borrás Sampedro era todo lo contrario, él era un tío guapísimo, deportista, un amante de primera y, encima, era muy inteligente y trabajador. Un diez.

Sintió un escalofrío en el vientre al pensar en él y se arregló el pelo viendo como el frutero le guiñaba un ojo. Ignoró el gesto y se concentró en la fruta y la verdura que debía comprar. Ese tipo ya la había invitado dos veces a salir y le regalaba alguna pieza de fruta con su compra, se empezaba a pasar un poco, y decidió que era la última vez que iba a comprar allí porque al parecer se estaba confundiendo bastante con ella. Qué hartura, por favor.

Sintió el móvil vibrar en la mochila y muy a su pesar pensó que se trataba de Guillem, que llevaba más de una semana de viaje en Alemania, pero no era él, claro, era un WhatsApp de Lucía, que le decía que esa noche, en cuanto estuviera sola, la llamaría por teléfono.

Desde que Lucía se había marchado a París, hacía un mes, no hablaba casi con su familia o sus amistades en España, no cogía nunca el móvil, contestaba a los mensajes con horas de retraso y solo llamaba muy de tarde en tarde, cuando Pierre no andaba cerca porque, le confesó una noche entre lagrimones, se ponía celoso por cualquier cosa, le reclamaba dedicación exclusiva y no soportaba que mantuviera tanto contacto con su madre o con sus “amiguitas”.

El tipo era insoportable, la mantenía bajo estricta vigilancia y tanto Clara, como su madre y su hermana, empezaban a estar de verdad preocupadas. No era plato de buen gusto ver como tu amiga se iba ensimismando y alejando de todo el mundo por culpa de una relación, pero tampoco quería agobiarla con preguntas o con opiniones que pudieran ofenderla, porque, además, se sentía juzgada por cualquier comentario o silencio incómodo, no quería dar explicaciones y estaba siempre a la defensiva, así que, si quería que siguiera en contacto, aunque fuera poco, era mejor ser prudente y darle espacio y tiempo. Eso había decidido, aunque

también había decidido ir a verla a París en septiembre si no aparecía antes por Madrid.

—¡Hey! Que sorpresa.

Oyó la voz de Guillem y se giró hacia él de un salto. No esperaba para nada encontrárselo en el mercado y le sonrió mirándolo de arriba abajo, intentando comprobar que no estaba soñando, y no lo estaba, era Guillem, radiante y bronceado, con unos bermudas caqui, una camiseta blanca, chanclas y el pelo largo bastante revuelto.

Él se acercó de dos zancadas, tan animado, y cuando se inclinó para darle un beso en la boca, ella se apartó instintivamente y le plantó dos castos besos en las mejillas. Un poco desconcertado se quedó quieto y cuando la miró a los ojos sonrió conciliador.

—No esperaba encontrarte aquí, pasé por tu casa y cómo no respondiste pensé que estarías durmiendo.

—"Hazte la fama y échate a dormir" —Respondió viendo que ya casi era su turno—. Si no cojo el móvil o no abro la puerta ya todos dais por hecho que estoy durmiendo como un ceporro.

—Bueno... —Sonrió y ella con él.

—Quería una sandía, un melón, un par de tomates para ensalada, dos cebollas y un kilo de nectarinas, por favor —Pidió al frutero, que los observaba atento, y se volvió hacia su vecino— ¿Cuándo has llegado?

—Hace dos horas y no tengo nada fresco en la nevera —Distraído y mirando la fruta se le acercó y la abrazó por los hombros. Clara se tensó de arriba abajo y se apartó para controlar su pedido de cerca—. Estoy medio deshidratado, quiero sandía, un melón, lechugas, limones, tomates y un kilo de naranjas para zumo.

—¿Se lo puedes poner, por favor, Marcos? —El tendero asintió un poco serio y ella se alejó lo más posible de Guillem, que en seguida se hizo cargo las bolsas—. No hace falta que lleves mi compra, puedo con ella.

—Acepta un poco de ayuda, mujer, que no me cuesta nada. ¿Vas a casa o tienes que comprar más cosas?

—No, ya voy a casa.

—Yo también, solo bajé a por la fruta —Salieron del mercado y ella lo siguió mirando la pinta estupenda que tenía— ¿Cuándo te vas de vacaciones?

—El 1 de septiembre, ya queda menos, ¿tú cuando tienes vacaciones?

—Tengo quince días a partir de mañana, subo unos días a Barcelona y luego de voy a Mallorca.

—Mi padre vive en Mallorca.

—¿Ah sí?, ¿dónde?

—Valldemossa.

—¿En serio? Me encanta Valldemossa, yo voy a la finca de unos amigos en Pollença. Es espectacular para hacer senderismo, escalada, kitesurf, vela, cualquier deporte. Estoy deseando llegar, si seguía currando un día más me iba a dar un infarto.

—Claro...

De repente un pinchazo completamente inaudito de celos le atravesó el corazón y se sintió fatal. No tenía ninguna relación con ese chico, salvo cinco polvos de cine compartidos en tres semanas, y cuatro o cinco charlas insustanciales. No sabía nada de él, no tenía ningún compromiso con él, sin embargo, imaginar que se iba de vacaciones a Barcelona y a Mallorca con sus amigos, para pasarlo en grande con otras personas, la dejó sin aliento y paró un poco el paso para recomponerse y recuperar el sentido común.

No era su novio, no eran nada, salvo unos vecinos muy bien avenidos. Él se iba de vacaciones, ella se iría más tarde y mientras tanto tenía “Al Oeste de tu corazón”, a Jeremiah Hanson y a sus sueños que no le daban problemas y le aportaban todo el bienestar y la felicidad que necesitaba.

—¿Eh?

—¿Qué? —Vio que se había detenido para preguntarle algo y lo miró a los ojos muy atenta.

—¿Que si te vas algún fin de semana a Valldemossa con tu padre?, igual podríamos quedar allí.

—¿Yo?, pues no sé, si me voy fuera algún finde seguramente será a Marbella para ver a mi abuela y a mis hermanas —Mintió y abrió el portal.

—Ya, pues si te animas a ir a Mallorca podríamos vernos allí, o en Barcelona si te apetece.

—¿Y qué tal tu novia? —Preguntó sin venir a cuento y sintiéndose en seguida un poco idiota, y él se encogió de hombros.

—¿Tengo novia?

—Angela, la conocí en tu fiesta, ¿Cuándo llega ella a Mallorca?

—No es mi novia, es una amiga, te lo dije cuando te la presenté.

—Bueno, tampoco es asunto mío, era curiosidad —Entraron al ascensor y él se inclinó para besarla, pero ella volvió a apartarse.

—¿O sea que no quieres que te toque en un sitio público?. Lo del mercado fue un poco heavy, Clara, pero tú misma.

—¿Qué? ¿qué pasó en el mercado?

—Mira, es igual, estoy muy cansado, no voy a discutir ahora contigo —Salieron del ascensor, dejó sus bolsas junto a su puerta y metió la llave en la suya—. Me voy a dar una ducha, voy a comer algo y si quieres, podemos pasar la noche juntos.

—Tengo otros planes, muchas gracias —Abrió su puerta con un disgusto raro en el pecho y de soslayo vio que él la estaba observando con una sonrisa demasiado condescendiente—. Buen viaje, espero que lo paséis genial en Mallorca.

En cuanto cerró la puerta se echó a llorar, así, sin venir a cuento, sin ningún motivo aparente, y sin entender qué diantres le estaba pasando.

Se fue a la cocina a ordenar la compra y recordó que estaba con el síndrome premenstrual, seguro que era eso. Siempre se ponía blandita y dispersa los días antes de la regla, y lloraba por todo. Eso era lo que estaba pasando, no tenía nada que ver con Guillem, su novia, sus amigos o sus vacaciones divertidas y a tope en Mallorca.

Se sirvió un bol de fruta, lagrimeando como una idiota, se sacó las sandalias, encendió el aire acondicionado y se tiró en el sofá dispuesta a dormirse en seguida. Necesitaba olvidarse de todo, soñar y recomponerse.

Necesitaba dejar de sentirse tan sola.

Que vergüenza.

Rose Hanson se alisó la falda y se asomó al porche de los Fishbourne roja como un tomate. Era la hora de la cena y esa mujer, la encargada de la cantina, y uno de sus hombres, acababan de interrumpirla trayendo a su marido borracho, con la camisa rota y los nudillos ensangrentados, hasta allí para avergonzarla de semejante manera.

Era inaudito y miró al reverendo Fishbourne con los ojos abiertos como platos, sin saber que hacer.

—Él dijo que su parienta estaba aquí y que quería dormir con ella —Soltó esa mal educada con las manos en las caderas.

—Y nosotras que estábamos como locas por llevarlo a la cama... —Dijo otra apareciendo a su espalda y Rose se quiso morir ahí mismo—. No solemos tener hombres tan apuestos en nuestra casa.

—Está bien —Susurró el reverendo con una sonrisa beatífica— ¿Qué ha pasado?

—Fue con su hermano y sus hombres a celebrar su próxima paternidad y un parroquiano se metió con el más mayor. La trifulca se armó en un pis pas —Apuntó la cantinera sin quitarle los ojos de encima a Jeremiah—. Este hombretón pudo con todos, es todo un machote, querida.

—¡Dios santísimo! —Exclamó Rose acercándose a su marido para mirarlo de cerca— ¿Cómo has podido, Jeremiah...?

—Te amo, señora Hanson y vamos a tener un bebé —Le contestó él sonriendo con los dientes manchados de sangre y ella soltó un bufido—. Tobías se ha marchado, ya estamos solos y esta noche te vienes conmigo a casa.

—Así no —Opinó la señora Fishbourne apareciendo con un paño limpio en la mano—. No te vas a llevar a Rose así, Jeremiah Hanson, primero te aseas, espantas esa borrachera y luego hablamos. ¡Venga, ayudadme!

Entre el reverendo, el hombre de la cantina y ella misma, agarraron a Jeremiah en volandas, lo llevaron al abrevadero de los caballos y lo metieron dentro de un empujón. Él no se quejó y se dejó sumergir unas cuantas veces ante la mirada espantada de su mujer, que no se podía creer que la estuviera poniendo en semejante tesitura.

Diez minutos después, con medio pueblo pendiente del espectáculo, el reverendo y su esposa lo secaron y lo animaron a sentarse en el porche para tomar un café negro y caliente que ellos aseguraban le devolvería el alma al cuerpo. Jeremiah, ya más sobrio, miró a Rose y le guiñó un ojo, ella cuadró los hombros, le dio la espalda muy aireada y se metió en casa de sus anfitriones decidida a no volver a dirigirle la palabra.

—¡Rose!, Rosie...

—Clara...

—¿Qué?

—Me gusta tu piel, es preciosa, suave, sexy...

—¿Qué?

Repitió, percibiendo como él le lamía el vientre con la boca abierta, con ganas, con energía, provocándole unos espasmos deliciosos por todo el cuerpo. Arqueó la espalda y le pidió que la penetrara, que se dejara de jueguitos y que entrara dentro de ella de una vez.

Vamos, susurró, enredando los dedos en ese pelo largo y castaño tan sedoso, tan bonito. Vamos, no me hagas esto, venga, vamos... Guillem... Guillem...

¿Guillem?... Se sentó en la cama de un salto, sofocada y desnuda. Hacía mucho calor, la habitación parecía un horno y la luz de la mañana caía directamente sobre su almohada. Afortunadamente era sábado, eso recordó mirando el reloj digital de la mesilla que marcaba la una de la tarde. Sábado y solo le faltaban seis días para empezar sus vacaciones. Lástima que se le hubiera chafado el sueño.

Entró al cuarto de baño y puso la ducha fría a máxima potencia, se metió debajo y cerró los ojos pensando en Guillem. Se había prohibido pensar en ese tío después de su último encuentro en el mercado y de su despedida en el rellano. No quería ni acordarse de su cara, no quería darle sin diez segundos

de protagonismo en su vida, aunque llevara muchos días soñando con él. Vaya mierda.

Estaban a 25 de agosto, se suponía que estaría a punto de regresar de sus vacaciones de película, pero eso no era asunto suyo. En los últimos dieciséis días no habían tenido ningún contacto, no sabía nada de él, porque se negaba a seguirlo en sus redes sociales, y eso era exactamente lo que necesitaba, no saber nada de ese vecino tan majo que había entrado en su vida con demasiada soltura.

No sabía cómo se había permitido intimar con él, no sabía cómo había hecho semejante locura y, aunque había estado muy bien, no pretendía repetir. Ella no estaba para tener relaciones estables, menos esporádicas con un tipo con novia, o novias, porque en realidad no sabía nada de su vida, y que, encima, le había despertado una sensiblería estúpida que la había dejado echa polvo una semana entera.

No entendía nada de lo que le había pasado, pero estaba claro que no le gustaba lo más mínimo sentir eso por nadie. Sin motivo había experimentado un batiburrillo extraño en el pecho: celos, pena, añoranza, soledad, abandono, mil cosas más que eran nuevas para ella y, lo más importante, no necesitaba en su vida.

Guillem Borrás Sampedro era un perfecto desconocido. Un buen polvo, como diría su amiga Elisa, pero poco más, y por tan poco no valía la pena andar perdiendo el tiempo. Ella tenía su vida, sus planes, su tranquilidad y sus sueños, y eso no pensaba ensombrecerlo por nada, por nadie, y menos aún por un hombre.

—Candela está destrozada... —Guadalupe se le sentó enfrente con un vaso de refresco y Clara respiró hondo— ¿No querer ver a tu propia hermana? Es muy fuerte, tía, algo habrá que podamos hacer.

—Yo, de momento, me la llevo a Menorca una semana.

—¿Y si te deja plantada?

—¿Lucía?, jamás, no se atrevería. He cambiado todos mis planes por ella, he pagado la reserva, sabe que no puede fallarme.

—¿Ya no te vas a los Estados Unidos?

—Ahora no, con la mudanza de Lucía se me han duplicado los gastos, lo dejo

para el año que viene. ¡Dios! —Se sentó en el sofá muy preocupada. Su amiga seguía desaparecida en París y encima no había querido recibir a su hermana cuando había ido a verla. Un verdadero desastre—. El caso es que ella me jura que le dijo a Candela que no iba a estar en su casa esos días.

—Y Candela jura y perjura que no le quisieron abrir la puerta.

—Lo sé, pero es que no me imagino a Lucía haciendo algo semejante.

—A ella no, pero al loco de Pierre sí

—Eso sí... —Se puso de pie y suspiró— ¿Tenemos reserva para la cena?

—Sí, doña angustias, relájate —Tomó un sorbo de Coca Cola y la miró de arriba abajo—. Anoche Jimmy y yo cenamos con Guillem en La Latina.

—¿Ah sí? —Se fue a la cocina simulando indiferencia y Guadalupe la siguió—. Jimmy y tú no paráis.

—Creo que me he enamorado.

—Y yo que me alegro, es un tío estupendo y si va a venir a trabajar a Madrid, pues...

—Tienes al catalán obnubilado... —Interrumpió y Clara frunció el ceño—. Dice que le encantas, que eres distante, pero que le encantas. Te encuentra guapísima y yo le conté que Blanca y tú, las célebres hermanitas Corona, siempre habéis sido las más guapas del colegio, del instituto, de la Universidad, de la pandilla...

—Menuda gilipollez.

—Ninguna gilipollez, es la pura verdad, aunque tú nunca has querido reconocerlo.

—¿Nos vamos?, me muero de hambre ¿dónde has reservado?

—En La Musa de Espronceda, en Lavapiés. Nos cogemos un taxi, yo invito. Luego Jimmy vendrá a tomar unas copas con nosotras.

—Vale, a ver si aguanto hasta tan tarde, ya sabes que de trasnochar yo poco...

—Llamó al ascensor rogando porque no apareciera Guillem y Guadalupe la miró con atención.

—¿Por qué eres tan distante con Guillem?, parece frustrado el pobre, dice que no sabe cómo tratarte, y la verdad es que es guapísimo, inteligente, un tío

brillante, dice Jimmy, súper currante. Hacéis una pareja cojonuda.

—Ese tío que, por cierto, me parece un poco lamentable contándote esas cosas, tiene novia, la conocimos en su fiesta. Una alemana de metro ochenta que se llama Angela ¿no te acuerdas?

—No tiene novia, se lo pregunté directamente anoche. Es un soltero convencido, tendrá sus rollos, como todo el mundo, pero no tiene una pareja fija.

—Me es igual, en serio. Mira, ahí viene un taxi.

Llegaron a cenar y se pasaron la noche hablando de Lucía y lo preocupados que los tenía a todos con su traslado a París y con su comportamiento tan extraño. Desde que conocía a Pierre había ido cambiando poco a poco y hacía cosas raras, como pasar de unas peleas monumentales con él, a estar perdidamente enamorada en cuestión de minutos. Era como una noria, y Guadalupe opinaba que estaba inmersa en una relación tóxica y peligrosa, aunque Clara se negara a asumirlo.

—El maltrato no siempre es físico, Clarita, lo sabemos, y no me gusta nada como es Lucía con Pierre al lado, ese tipejo la mira y la hace cambiar de opinión, la saca de un lugar o la aparta del mundo, me temo que nuestra querida amiga es carne de maltratador, aunque todos digáis que no da el perfil...

—Porque objetivamente no da el perfil, aunque ya sé que no podemos fiarnos de eso —Tragó saliva, mirando la terraza donde estaban esperando a Jimmy, y sintió como se le contraía el estómago—. Que mal, tía, me pongo mala solo de pensarlo, pero no quiero presionarla, no quiero que se aleje aún más de nosotros.

—A ver si de verdad viene a Menorca y puedes hablar con ella, si no es capaz de hablarlo contigo, es que la cosa está peor de lo que nos imaginamos.

—Vendrá, tiene que venir...

—¡Hola preciosas! —Exclamó Jimmy en inglés y las dos lo miraron con una sonrisa. Él se inclinó para besar a Guadalupe en los labios y Clara pudo ver que detrás traía a Guillem. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo, carraspeó y lo saludó con una venia.

—¿Qué tal estáis?

—Bien, gracias.

—Hay mucha gente ¿no? —Opinó Jimmy, mirando con sorpresa esa zona de la Castellana repleta a esas horas, Clara asintió e hizo amago de irse.

—Pues sí y es tardísimo así que, si me disculpáis, yo me marchó... mañana...

—Tómame algo con nosotros, Clarita, no me seas antisocial —Soltó su amiga y ella la miró con cara de asesina—. Es más rara esta chica...

—Ok, vale, ya voy yo por una ronda, ¿qué queréis?

Tomó nota mental sin mirar apenas a Guillem, que estaba más bronceado y saludable que nunca, vestido con su look habitual, aunque llevaba el pelo recogido en un moño hípster un poco deshecho que le sentaba de maravilla. Se dio la vuelta y se fue a la barra dónde tuvo que abrirse paso con bastante esfuerzo.

No le apetecía nada ver a ese tío. Era súper incómoda la situación, que seguramente había propiciado la propia Guadalupe, y decidió que se largaría en cuanto les llevara sus bebidas. No tenía por qué someterse a la presión social y parecer a gusto, a esas horas y con esos tíos, cuando ella había planeando una noche de chicas. Un plan que le había costado bastante cerrar porque no quería gastar dinero y porque, lógicamente, prefería quedarse en casa durmiendo.

—Hola —Guillem llegó y se le pegó al lado como una lapa, ella no lo miró y se movió para no tener que tocarlo—. Te ayudo a llevar los vasos.

—No hace falta, yo no me pediré nada, así que solo son tres.

—¿No vas a tomar nada? —Negó con la cabeza y él sonrió.

—Quiero irme a casa.

—¿Te pasa algo conmigo?, porque si es así me marchó y todos en paz.

—¿Contigo?, no, estoy cansada y se está haciendo muy tarde para ir en metro.

—Luego me voy contigo a casa, no te preocupes por eso.

—No me preocupo por eso. Gracias.

—Collons —Bufó en catalán dejando de mirarla—. Eres la persona más difícil con la que me ha tocado tratar en la vida y, sinceramente, no tengo tiempo para esto. Dos Gin Tonic y una cerveza, por favor —Pidió al camarero y sacó el

dinero para pagar—. Vete si quieres, yo me ocupo de llevar las bebidas a la mesa.

Enfadada y dolida, porque no le gustaba nada que le hablaran así, agarró el bolso y se apartó de la barra para intentar salir de allí cuanto antes. No sabía por qué tenía asumido que él iba a seguir negociando ella, aunque ella se portara como una borde maleducada, y la realidad le fastidió bastante.

Era una niña muy desagradable cuando se lo proponía, y cuando no se lo proponía también, y se sintió fatal por todas esas personas a las que había sacado de quicio alguna vez, empezando por Guillem Borrás Sampedro y siguiendo por Gonzalo, que se las había soportado de todos los colores a lo largo de los años.

—¡Vaya por Dios! —Oír precisamente la voz de Gonzalo Cifuentes ahí la dejó paralizada, se volvió despacio y lo miró a los ojos— ¿Qué tal, señorita Corona?

—Hola, Gonzalo —Por el rabillo del ojo localizó a su cuchipandi esperando mesa para sentarse en la terraza, pero no los saludó y fijó la vista en su ex, que tenía las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, prueba irrefutable de que llevaba varias copas encima— ¿Cómo estás?

—Vaya sorpresa, ¿me dejarás invitarte a algo?

—No, gracias, ya me iba.

—¿Sola o has vuelto al mercado?

—¿Cómo dices?

—No sé, seguramente ya andarás puteando con tus amigas. Eso se comenta y no me extraña nada, porque a cuál más puta.

—¡¿Qué?! —Frunció el ceño y se le acercó un poco— ¿Y tú?, ¿tú andas puteando con tu cuchipandi, gilipollas?

—¿Te me pones chulita? —Se volvió hacia sus amigos riéndose y ella se cruzó de brazos—. Si no tienes ni media hostia, tía, ni media hostia que debí darte en su momento, aunque nunca es tarde...

—¿Pasa algo? —Oyó la voz de Guillem a su espalda y cerró los ojos sabiendo que la noche acababa de empeorar— ¿Clara?

—Nada, todo bien, gracias. Ya me voy —Se giró y le sonrió un poco nerviosa.

—¿A este te estás tirando ahora? —Gonzalo, envalentonado, miró a Guillem de cerca—. Cuidado con ella, colega, te dejará seco y luego se largará sin mediar palabra, así de zorra es.

—Cállate, cretino de mierda —Soltó Clara interponiéndose entre los dos y Guillem la apartó diciéndole algo que no oyó, porque estaba demasiado cabreada para oír nada.

—¿Encima catalán?, ¿te follas a un polaco? —Espetó el imbécil de Gonzalo reconociendo el acento de su amigo y eso a ella ya la sacó de sus casillas definitivamente, se le acercó decidida a pegarle una leche bien dada, pero Guillem la sujetó por la cintura con firmeza.

—Eh, ¿qué haces?, que no vale la pena, ¿no te das cuenta de que está borracho? Mírame, Clara, volvamos a la mesa.

—Serás gilipollas... —Susurró, sin dejar de mirar a Gonzalo mientras la arrastraban hacia su mesa, y él la siguió echando fuego por los ojos.

—Un puto catalán, claro, sino quién se querría acostar contigo, frígida de mierda.

—Oye, ya te has pasado cuatro pueblos —Guillem dejó los vasos en una mesa, puso a Clara a su espalda y se encaró con Gonzalo, al que le sacaba una cabeza. Ella intentó mediar y lo sujetó por la camisa, pero ya era demasiado tarde—. Me importa una mierda lo que tengas contra los catalanes, contra Cataluña o contra quién te dé la gana, no soy responsable de tu gilipollez, tío, pero a ella no le faltas al respeto, ¿queda claro?, no delante de mí, así que te calmas un poco o te partiré tu puta cara en dos.

—Anda con el catalino este, ¿qué coño haces tú en Madrid? ¿eh? ¿follarte lo que nosotros deseamos?

Guillem dio un paso al frente, Clara miró a su alrededor viendo como todo el mundo los estaba mirando, como media cuchipandi se estaba acercando para defender a su amigo, y se temió lo peor, pero antes de atinar a agarrar el móvil para llamar a la policía, notó la presencia contundente y tranquilizadora de Jimmy a su lado. El estadounidense, que era un tío de dos metros de estatura y la complexión física de un jugador de fútbol americano, adelantó a Guillem y le puso una mano en el pecho antes de dirigirse directamente a Gonzalo.

—¿Hablas mi idioma, amigo? —Susurró y Gonzalo asintió—. Estupendo, pues vamos a tener la fiesta en paz, nosotros nos sentamos ahí al fondo y vosotros mejor os vais a tomar la penúltima a otra parte ¿ok?, así evitamos un mal mayor y dejamos de incomodar a toda esta gente que no tiene ni idea de lo que está pasando.

—Yo... —Balbuceó Gonzalo y a su espalda apareció Álvaro Rodríguez para llevárselo. De la nada hicieron acto de presencia los de seguridad del local y la cosa se desvaneció de inmediato.

—¿Estás bien, Clara? —Le preguntó Jimmy mirándola con una sonrisa tranquilizadora y ella asintió.

—Lo siento mucho, no debí contestarle, debí marcharme y ya está, pero es que me saca de quicio. Guillem —Miró a su amigo y lo vio recuperando las bebidas con su serenidad habitual—. Que vergüenza, muchas gracias y lo siento de veras, yo...

—Es igual, vamos, tómate la última y después yo mismo te acompaño a casa.

La primera vez que quedaban y llegaba tarde. Menos mal que le había avisado del retraso o sintiéndolo mucho se hubiese marchado a casa hacía ya cinco minutos.

Se apoyó en el respaldo de la silla y disfrutó del fresquito del restaurante. Fuera seguía haciendo mucho calor, aunque ya eran las diez de la noche, y estar allí, entre plantas y aire acondicionado, era una gozada, sobre todo si pensabas que solo te quedaban dos días para iniciar oficialmente tus vacaciones, coger un avión y volar hacia Menorca.

Miró el teléfono móvil y no tenía ningún mensaje de Lucía. Su amiga llevaba desde el lunes anterior, o sea seis días ya, sin dar señales de vida y se suponía que viajaban juntas desde Madrid a las Baleares el lunes siguiente, el 3 de septiembre. Marcó su número y le volvió a saltar el buzón de voz, un agujero se le abrió en el centro del pecho y se temió lo peor, pero desechó los malos augurios de Guadalupe, y prefirió pensar que Lucía, su amiga del alma, no le iba a fallar y no la iba a dejar tirada antes del viaje.

Bebió un poco de agua con gas y pensó en Guillem Borrás Sampedro. Tras el incómodo encuentro con Gonzalo en aquella terraza de la Castellana se había disculpado varias veces con él, él le había quitado hierro al asunto, pero finalmente le había propuesto que lo invitara a cenar para compensarle el mal trago. Muy buena idea, pensó, y eso hacían esa noche de viernes, cenar juntos en su restaurante favorito, cerca de casa, y con muchas ganas de charlar con él y pasar un buen rato juntos.

Le caía bien Guillem, en realidad su intervención hacia una semana delante de Gonzalo le había llegado al alma. Se había comportado como un héroe romántico de novela y, aunque obviamente ella no toleraba la violencia bajo ningún concepto, en el fondo de su corazón le había conmovido mucho que se pusiera la armadura y saliera en su defensa. Había sido muy emocionante, aunque, claro, jamás reconocería algo semejante en público.

Después del dichoso incidente se habían quedado hasta las cuatro de la

mañana charlando tan a gusto. De ese modo supo que era hijo de dos profesores de secundaria residentes en Barcelona, que tenía un hermano mayor, Marc, médico en Gerona, y una hermana pequeña, Nuria, que era trabajadora social y que llevaba dos años colaborando con una ONG en Perú. También le contó que a los veinticuatro años se había marchado a trabajar a Alemania y que, desde entonces, once años ya, vivía fuera de Cataluña, pero que se sentía muy unido a su familia, con la que compartía no solo llamadas por Skype y visitas regulares, sino también su amor por el deporte de mar y montaña, y los viajes a lugares exóticos como la India o Vietnam.

Según le explicó, sus padres les habían inculcado el amor por la naturaleza y el deporte desde muy pequeños y esa faceta era una de las más importantes de su vida. Se consideraba un currante nato, a veces obsesivo, sin embargo, no perdonaba las escapadas al campo o la playa siempre que podía, porque su único remedio antiestrés estaba en la vida activa, y si era al aire libre mucho mejor.

Respiró hondo apartando a Guillem de su mente y trató de pensar en los ojazos celestes de su Jeremiah Hanson, pero no pudo. Llevaba siete días sin conseguir soñar con Tulsa o con Jeremiah y lo echaba mucho de menos, pero había perdido el control del asunto y no pensaba luchar demasiado para recuperarlo. Seguro que tras las vacaciones, y cuando comprobara que Lucía estaba bien, volvería a sus sueños lúcidos, a sus aventuras en el Oeste y a todo lo demás. Solo necesitaba un descanso, solo necesitaba volver a tener tranquilidad y paz a su alrededor, y eso pasaba por descansar en la playa con su amiga.

Agarró el móvil y repasó los libros que llevaba preparados para leer en Menorca. Eran seis nuevos y toda la antología de “Al Oeste de tu corazón”, cerró Amazon y abrió el mensaje que le acababa de entrar: “En dos minutos estoy contigo”, decía Guillem y sonrió tomando otro sorbito de agua.

Levantó la vista para mirar por la ventana y lo vio aparecer por la acera contraria, con un pantalón gris perla, una camisa de vestir blanca, sin corbata y las mangas dobladas casi hasta el codo, llevaba la chaqueta del traje en la mano, zapatos oscuros, una mochila, el pelo recogido con esa coleta hípster medio desecha que le sentaba tan bien, la barba de tres días... Guapísimo. Espectacular, tuvo que aceptar, y sintió mariposas en el estómago.

Se acomodó mejor en la silla y bajó la cabeza pensando en que ese tío la excitaba un montón, mucho más de lo que era capaz de asimilar, y se arregló el pelo discurriendo que se había acostado cinco veces con él y que, sin embargo, era la primera “cita” en condiciones que tenían. Si se podía llamar cita a eso, claro, que tampoco, porque no esa era su intención.

—Hola, siento el retraso, pero tenía a unos chinos...

—No te preocupes, lo entiendo —Le respondió viendo como tiraba la mochila al suelo, se acercaba para darle dos besos y se desplomaba frente a ella con cara de cansado.

—Han venido de la sede en Shenzhen y no suelen tener mucha consideración con nuestras ocho horas de trabajo —Miró a la camarera con esos ojos marrones tan grandes y profundos, y le pidió una caña bien fría, luego la miró a ella y sonrió—. En serio, lo siento.

—No pasa nada, solo han sido quince minutos. ¿Qué fabricáis en China?

—Material de alta tecnología para telefonía móvil, ordenadores, telecomunicaciones en general.

—¿Y te gusta?

—Me gusta mi trabajo, que consiste en conseguir fabricar mejor, más rápido, más barato y con una calidad cada vez más óptima el producto que sea, se trate de alta tecnología o de zapatos.

—¿Y tienes uno de esos contratos de confidencialidad que te prohíben hablar de tu trabajo?

—Así es, ¿qué comemos? —Cambió de tema y cogió la carta—. Creo que me gusta todo, así que elige tú, si quieres.

—Vale —Sonrió y pidió a la camarera un menú degustación.

—Estoy intentándolo con los sueños lúcidos —Comentó mientras le traían la comida—, pero no consigo arrancar.

—Bueno, es cuestión de paciencia, a Guadalupe le costó más que a mí, pero al final lo consiguió. También es importante centrarte bien en un tema...

—¿Y con qué sueñas tú?

—¿Yo?, pues... —parpadeó un poco a la defensiva, pero algo la empujó a decir

la verdad—. Generalmente con el Lejano Oeste.

—¿El Lejano Oeste?, ¿por qué?

—Por una Saga literaria que me encanta, me voy allí y vivo mi propia aventura romántica.

—¿En serio? Qué pasada, ¿con historia de amor incluida?

—Sí... suena un poco raro, pero...

—No, en absoluto, me parece increíble... y... ¿puede ser que por un sueño lúcido demasiado profundo no te despertaras aquella vez que yo...?

—Me temo que sí.

Lo siguiente fue una cena estupenda porque él tenía una conversación muy interesante y muy divertida. Le llamó la atención de que no se quejara de nada, que fuera tan positivo, y que tampoco le hablara de sus escarceos sexuales aquí te pillo, aquí te mato, que habían compartido casi sin hablar durante tres semanas. Ella estaba acostumbrada a que los hombres, pocos, pero alguno que otro con los que había compartido cama, insistieran en hablar del asunto, quisieran sentar bases, necesitaran saber lo que ella sentía y trataran de continuar la aventura, aunque ella no mostrara el más mínimo interés. Esa había sido su experiencia hasta el momento y el que Guillem pareciera pasar por alto el asunto la conmovió un montón.

—¡Madre mía! —Se desplomó en la almohada soltando un suspiro de satisfacción total. Miró al techo y otra vez fue incapaz de entender cómo, y de qué modo, había acabado en el dormitorio de Guillem Borrás Sampedro. Giró la cabeza, lo miró a los ojos y él le sonrió—. Me había prometido no volver a acostarme contigo.

—Las promesas están para romperlas.

—No en mi caso. Me voy —Hizo amago de levantarse y él la sujetó.

—Venga, Clara, quédate un rato más. La habitación está fresquita, es viernes y somos amigos ¿o no?

—Sí, pero...

—Vamos, relájate un poco —Le ofreció la mano, ella se la dio después de pensárselo dos veces, y él se la apretó posándola sobre el colchón, entre los dos—. Me encanta estar contigo, hacía siglos que no tenía tanta química con

alguien y encima estás buenísima.

—Vaya por Dios —Sonrió al oír como soltaba una carcajada grave y pausada, y no lo miró—. Lo mismo digo.

—¿Ya tenías sueños lúcidos cuando estabas con el borde de tu ex?

—Sí.

—¿Y qué pensaba él al respecto?

—Nunca lo supo, para Gonzalo esas cosas son chorradas, aunque, si te soy sincera, hacía años que no hablábamos de temas tan personales.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—En total diez años, aunque en la práctica y bien, uno, lo demás fue pura morralla.

—¿Y por qué aguantaste tanto tiempo?

—No sé, primero porque lo quería, después por pena, por las presiones tuyas y las de su entorno, por lástima y finalmente por inercia. Él no me dejaba en paz, pero la culpa es toda mía por no haber sido capaz de largarme bien lejos desde el principio.

—La historia de la mayoría de las parejas que conozco.

—Ya, lo sé... ¿Y tú?, ¿no has tenido estos problemas?

—No, supongo que siempre he sido un espíritu libre y he sabido escaquearme rápido de las historias tóxicas. He tenido suerte.

—¿Y ahora?, no es que sea asunto mío —Soltó mirándolo de soslayo—, pero me gustaría saber si tienes novia o amiga con derecho a roce estable, porque no me sentiría muy cómoda si...

—No hay nadie, no tengo novia, tengo amigas y con derecho a roce, pero al cambiar de país, volví a dejar todo atrás.

—Vale.

—¿Seguro que vale?.

—Sí.

—Ok, genial —Se acercó y le besó la frente— ¿Dormimos un poco? Estoy agotado.

Clara lo sintió dormirse en seguida, como por hipnosis, en un segundo, y cerró los ojos intentando recordar el polvo legendario que habían compartido. Él era un amante increíble, decidido, apasionado y muy intenso, besaba como los ángeles, su piel era suave y olorosa, todo en él era sensual y cálido, y sintió el impulso de girar y abrazarse a ese cuerpazo tan estupendo con todas sus fuerzas, pero no lo hizo por prudencia. Ella era la experta en poner los límites a todo, y no pensaba saltarse los de los demás por pura y lujuriosa pasión.

No pensaba perder la cabeza porque, como bien habían dejado claro esa noche, eran amigos y nada más. Dos espíritus libres con mucha química y que además eran vecinos. Con eso tenía más que suficiente.

De repente fue Guillem el que giró y la abrazó con todo el cuerpo y ella cerró los ojos muy a gusto, muchísimo, hasta que el sonido de la vibración del móvil la hizo saltar y despertarse. Un poco desorientada miró a su alrededor y recordó que había tirado la minifalda vaquera al suelo. La localizó y estiró la mano para cogerla porque en el bolsillo trasero estaba el teléfono, lo agarró y leyó el mensaje de WhatsApp con los ojos abiertos como platos:

Lo siento, Clara, pero no puedo ir a Menorca contigo. Vete sola o con quién quieras. Pásalo bien.

El bebé le dio una patadita enérgica y ella saltó en la cama sin poder evitarlo. Posó la mano sobre su vientre hinchado intentando calmarlo, pero él no hizo caso y repitió la patada con tanta fuerza que despertó de inmediato a su padre. Jeremiah entonces se giró hacia ella, despeinado y somnoliento, y le acarició la tripa con una sonrisa, luego se inclinó y le besó el ombligo con mucho cuidado.

—Eh, muchachito, que hay que dormir.

—Cuando me quedo quieta se mueve mucho más.

—Desde luego es un Hanson ¿verdad, pequeñín?

—O pequeñina...

—O pequeñina, pero estoy seguro de que es un chico, no tengo la menor duda... se mueve demasiado.

Rose asintió resignada y le acarició el pelo rubio y largo, tan suave, sin dejar de sonreír. Ya tenía siete meses de embarazo, una barriga enorme y cualquier peligro para el bebé ya había pasado, o al menos eso aseguraba el doctor Miller, así que empezaba a disfrutar de verdad de su estado de buena esperanza.

Perder con anterioridad dos niños la había convertido en una embarazada temerosa y tensa, siempre asustada y pendiente del más mínimo síntoma negativo, así que los primeros meses habían sido duros y difíciles para ella, y también para Jeremiah, que no abría la boca, pero que la había estado vigilando constantemente hasta que el médico les dijo que con siete meses un bebé ya estaba hecho, completo y que, en caso de adelantarse el parto, saldría adelante sin problemas. Una gran bendición de Dios.

A partir de ese momento, hacía ya dos semanas, se había embarcado con energía a coser, tejer y bordar para el recién nacido. Tenía preparados pañales, dos toquillas y ropita suficiente para criarlo hasta los seis meses, y pensaba seguir cosiendo hasta que se le quemaran las pestañas porque un niño

gastaba muchas mudas al día, le había advertido la señora Fishbourne, que también había organizado un comité en la iglesia para ayudarla con la tarea.

—¿Me vas a ayudar a trabajar en el campo, Jeremiah? —Oyó que estaba susurrando su marido y ella le dio un golpecito en la cabeza.

—Te recuerdo que aún no hemos decidido el nombre.

—Es mi primogénito y se llamará como yo, no hay discusión, Rose.

—¿Cómo que no?, hablamos de considerar el nombre de mi padre o...

—No quiero que se llame Joseph y mucho menos Jordan, señora Hanson.

—Jordan es un nombre muy cristiano.

—No me gusta y si puede llamarse como tu padre, también puede llamarse como el mío, Zacarías.

—No, eso ni en sueños.

—Entonces Jeremiah, decidido, y si es niña como tú prefieras.

—¿Si es niña no te interesa tanto, no?

—Claro que me interesa, ¿cómo no va a interesarme?

—Me gusta Clara.

—Es perfecto.

Dejó de besarle la tripa y subió los ojos para mirarla con una sonrisa enorme y luminosa en la cara. Rose sintió en el pecho ese amor devastador que siempre experimentaba por él y se le llenaron los ojos de lágrimas. Era imposible quererlo más, era imposible que existiera en el mundo una mujer más afortunada que ella, y se emocionó tanto que él se incorporó para abrazarla.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—Te quiero tanto.

—Yo más...

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también, mírame, Rose.

Ella se enjugó las lágrimas con la sábana y lo miró a los ojos. Unos ojos enormes, hermosos y muy profundos que, sin embargo, no eran celestes, sino

marrones. Un pinchazo en el corazón le paralizó el pulso y se apartó para mirarlo mejor.

—¿Guillem?

—¿Cómo dices?

—¿Guillem?, ¡Guillem!

Se despertó de un salto y con la cara mojada por las lágrimas. Se puso la mano en el pecho y trató de situarse, no estaba en casa, no, estaba en París, en un hotelito de mala muerte que había logrado reservar a última hora, pero eso no era lo preocupante, lo realmente grave es que Guillem Borrás Sampedro acababa de colarse otra vez en un sueño suyo y aquello no le gustaba nada.

Se bajó de la cama y se fue a la ducha. Al menos la habitación tenía baño privado y lo agradeció cuando se metió debajo del agua caliente. Llevaba muchas horas sin dormir, estaba agotada y necesitaba despejarse. Necesitaba reorganizarse y decidir qué hacer con Lucía, después de eso tomaría medidas serias para evitar que su amigo volviera a inmiscuirse en su rincón más feliz, íntimo y sagrado, el de sus sueños.

Hacía cuatro días que Lucía le había avisado que no se iba con ella a Menorca. Sin explicaciones, sin contestar a sus llamadas, a sus mensajes, a sus emails, así, por la buenas y sin atreverse a dar la cara. La había dejado plantada y aunque ella le había explicado, por las buenas y por las malas, que eso no se hacía y que no podía pretender que se marchara sola de vacaciones porque, como bien sabía ella, estaba harta de hacer las cosas sola, su amiga había pasado de todo y seguía desaparecida en combate. Algo tan preocupante que al final había anulado lo de la playa y se había plantado en París para verla en persona.

El lunes, ya con todo perdido (dinero, tiempo e ilusiones) compró un billete y se presentó por la tarde en su piso del Barrio Latino, donde se suponía que vivía, pero allí nadie le abrió la puerta. Ningún vecino le supo dar razón de la pareja que en teoría vivía allí y finalmente había tenido que reservar ese hotel, más bien pensión de tres al cuarto, que era lo único que se podía permitir en París sin el margen de maniobra necesario para encontrar algo mejor y más comfortable.

Salió de la ducha, se vistió, agarró su mochila y antes de pisar la calle le entró una llamada de Candela, la hermana mayor de Lucía, que estaba tan preocupada como ella por el bienestar de su hermana.

—¿Cómo estás, Clarita?

—He dormido poco y mal, creo que la cama tenía hasta chinches, pero voy a desayunar y me voy a la oficina de Pierre. Seguro que me monta un escándalo, pero me da igual, la única solución es enfrentarlo a él.

—Totalmente de acuerdo. Escucha, acabo de aterrizar en el Charles de Gaulle. Bajo del avión, paso el control, cojo el tren y quedamos en la Estación del Norte dentro de una hora más o menos, ¿te parece?

—¿Estás aquí? —Miró la hora, las ocho y veinte de la mañana— ¿Qué vuelo has cogido?

—El de las seis, no iba a dejarte sola con esto.

—Estupendo, mil gracias. Te veo allí, ponme un mensaje cuando llegues —Colgó a su amiga dando gracias al cielo por el apoyo extra y en seguida le entró otra llamada—. Hola.

—¿Cómo va eso? —La voz de Guillem la descolocó un poco, tanto, que detuvo el paso— ¿Estás bien?, ¿Clara?

—Hola, Guillem, bien, gracias.

—¿Qué sabes de Lucía?

—Nada, ayer esperé en su portal seis horas y no dio señales de vida, así que ahora me voy al despacho de su novio para ver si lo encuentro y es capaz de decirme algo.

—¿Y dónde has pasado la noche?

—En un hotel por aquí cerca, pero ya lo he dejado, no era muy bueno y...

—Ok, escucha, estoy en Berlín, si me necesitas para lo que sea, puedo coger un avión y plantarme allí en una hora y cuarenta y cinco minutos ¿de acuerdo? No me parece muy buena idea que te enfrentes a ese tío tú sola.

—Gracias —Aquello la descolocó un poco más y miró al cielo entre halagada e incómoda—. No te preocupes, la hermana de Lucía acaba de llegar a París e iremos juntas a ver a Pierre.

—Genial, que alivio —Notó que soltaba un suspiro y decidió colgarle.

—Oye, mil gracias por preguntar, ya te contaré qué tal. Ahora voy a tomarme un café, me caigo de sueño.

—Si vas a seguir allí unos días más puedo gestionarte un alojamiento, mi empresa...

—No te preocupes, si damos con Lucía nos tendrá que dar alojamiento y si no, pues ya veré algo con Candela. Tampoco pretendo quedarme mucho por aquí, pero muchas gracias.

—De nada y con lo que sea... ya sabes...

—Te llamaré, adiós.

Le colgó sintiéndose muy bien por su preocupación sincera y se fue a desayunar a la Estación del Norte pensando en que Guillem era un tío estupendo y muy cariñoso. A pesar de las distancias o la frialdad que ella interponía entre los dos, él iba a lo suyo a piñón fijo, era amable y generoso, siempre, y eso lo convertía en un amigo de esos para toda la vida. Un buen colega, un señor de los pies a la cabeza al que no pensaba perder de vista y con el que pretendía sentar las bases de una amistad larga y duradera. Eso seguro.

—Monsieur Pierre Dumont, s'il vous plait? —Preguntó Candela con un francés bastante decente a la recepcionista de ese despacho tan pijo y ella la miró con cara de hastío.

—¿Tiene cita?

—No, acabo de llegar de Madrid, dígame que soy Candela Sepúlveda, la hermana de su novia Lucía. Tengo que hablar urgentemente con él.

—Monsieur Dumont no atiende a nadie sin cita previa y, en todo caso, aún no ha llegado, es muy temprano.

—No hay problema, lo esperaremos por aquí —Candela la agarró de la mano y se sentaron en la sala de espera decididas a no moverse de allí hasta conseguir una noticia razonable sobre Lucía—. Parece que aquí no se suele sentar nadie, mira que cosa más fría y poco acogedora, Clara, se me pone la piel de gallina.

—A mí me sorprende tanto lujo.

—Todo de papá Dumont, que aquí Pierre no da palo al agua, aunque tenga el

título de abogado.

—Ya te digo...

Se quedó observando toda la parafernalia de ese despacho de abogados tan famoso en París y recordó cuando Lucía había conocido a Pierre Dumont ahí mismo, hacía casi tres años, en una reunión a la que había asistido representando a su empresa. Llevaba trabajando poco tiempo en la gerencia de una importante compañía francesa de exportación de productos de lujo, cuando la mandaron a consultar unos contratos con sus abogados, Dumont e Hijos, et voilà, Pierre se cruzó en su camino.

Había sido un flechazo y ella estaba fascinada con ese chico tan galante y que la colmaba de atenciones desmesuradas, como en una película. Era como un sueño hecho realidad, lástima que el sueño pronto se convirtió en pesadilla, cuando empezó a dar muestras de lo posesivo, celoso y rarito que era. Lo niñoato maleducado que podía llegar a ser, y cosas peores que Clara sospechaba, aunque Lucía jamás se las había contado en voz alta.

—¡Pierre! —De pronto Candela se puso de pie llamando a su “cuñado” y Clara la siguió percibiendo de inmediato como a él le cambiaba la cara y palidecía de golpe.

—Candela, vaya sorpresa ¿qué hacéis aquí? Hola, Clara —Forzó una sonrisa y miró a la recepcionista de reojo— ¿Teníamos una cita?

—No, Pierre, quiero saber dónde está mi hermana, lleváis más de una semana sin coger el teléfono, ni tú ni ella.

—Lucía está de vacaciones en nuestra finca de la Bretaña y allí no hay apenas cobertura, os lo hemos...

—¿En la Bretaña?, no puede ser —Clara se adelantó y lo miró a los ojos—. Ayer teníamos que viajar a Menorca, unas vacaciones que estaban planeadas desde hacía meses, jamás me habló de que se iba a la Bretaña, eso no me cuadra nada.

—¿Por qué no pasamos a mi despacho? —Susurró con cara de querer asesinarlas y las hizo pasar a su enorme oficina sin mucha cortesía—. Sentaros, vengo en seguida, tengo un asunto que atender.

—Si se hubiese ido a la Bretaña nos lo habría contado —Opinó Candela observando un marco de plata con una foto de su hermana— Que mala espina

me da todo esto, Clarita, ¿y si pedimos hablar con su padre, igual él...?

—Ya está, disculpad —Pierre regresó al cabo de cinco minutos y se sentó en su butaca con una sonrisa—. Lucía está en la Bretaña con mi abuela, se fue allí porque está aprendiendo a pintar y jardinería y no sé cuántas cosas más. No quiso volver a París para volar a Menorca, no veo cuál es el problema.

—El problema es que mi hermana no suele romper un compromiso, como ir de viaje con Clara, sin explicaciones, tampoco es muy normal que deje de contestar el teléfono a su familia y amigos, y que no nos cuente lo de sus vacaciones en la Bretaña para aprender no sé cuántas chorradas que no le pegan nada.

—Ella está muy feliz allí, haciendo una nueva vida y arropada por mi familia, que pongas en duda mi palabra me ofende seriamente.

—Estamos muy preocupadas por Lucía, eso es todo. Últimamente no sabemos nada de ella, se comporta de manera extraña y no quiere hablar con ninguno de nosotros.

—Nunca la he visto más feliz, ya hemos puesto la fecha de boda y...

—¿Qué?! —Candela se puso de pie— ¿Boda?, ¿qué boda?, eso nos lo habría contado, ¿tú sabes algo, Clara?

—Por supuesto que no... —De pronto a Candela le empezó a sonar el móvil y lo cogió de un salto al ver que se trataba de Lucía.

—¿Lucía?, vaya hombre, ¿dónde coño te metes?. Estamos con Pierre... Sí, Clara y yo hemos venido a París porque no sabemos nada de ti... ¿cómo que estás perfectamente? Mira...

—¿Lo ves? —Pierre miró a Clara y le sonrió, a ella un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se levantó para acercarse a Candela que ya estaba llorando.

—Hola, Lucía —Le quitó el teléfono y saludó a su amiga abrazando a Candela por los hombros— ¿Dónde estás?

—¿Qué coño estáis haciendo allí?!, por favor, qué vergüenza.

—¿Vergüenza?, vergüenza tú que desapareces sin más, que me anulas las vacaciones sin dar la cara, ¿qué te crees?, ¿que es plato de buen gusto venir hasta aquí muertas de preocupación y no encontrarte?

—¿Os creéis que tengo diez años?

—Es lo que parece.

—Estoy perfectamente bien, ya llamaré a mi madre, ahora iros de ahí en seguida, qué vergüenza, estáis poniendo a Pierre en una situación muy incómoda.

—Eso me importa una mierda ¿cómo estás?

—Muy bien.

—Queremos verte.

—No estoy en París.

—Vale, dime dónde estás y vamos para allá.

—Estoy en casa de la abuela de Pierre, aquí no podéis venir, ya os veré en otro momento. Sois muy pesadas.

—¿Muy pesadas porque nos preocupamos por ti?. Genial, Lucía, estupendo. Ni tu madre, ni ninguna de las personas que te queremos, podemos dormir tranquilas si tú desapareces de este modo. ¿No es que ibas a ir a Madrid con regularidad?, ¿por qué sigues sin trabajar?, ¿por qué me dejas colgada sin explicaciones? Te desconozco, tía, te lo digo en serio.

—Si me quisierais de verdad no me lo pondríais tan difícil, ni me avergonzarías abordando a mi novio, en su trabajo, de esa forma. Estoy feliz, enamorada, con muchos planes, estoy viviendo a mi aire y descansando, no necesito trabajar. Estoy encantada y no pienso tolerar que dos histéricas como vosotras me recriminéis nada, así que dejadnos en paz. Adiós.

—Lucía... ha colgado —Miró a Pierre y lo vio tan relajado con las manos en los bolsillos— ¿Tú te das cuenta de que esto es muy irregular?

—No sé a qué te refieres.

—No llama, desaparece, se esconde, no podemos verla, está aislada, su familia y amigos no podemos mantener una relación normal con vosotros dos ¿de verdad te parece normal?

—Es ella la que no llama, no yo, que nunca he mantenido una relación fluida con vosotros y, si venís sin avisar, es probable que no la encontréis en París porque le encanta estar en la Bretaña. No veo nada irregular en todo esto.

—Lo es y mucho —Soltó Candela limpiándose las lágrimas—. La persona con la que acabo de hablar no es mi hermana, como tampoco lo es la que se esconde y no quiere vernos. Todo este misterio es absurdo y solo me queda ir al consulado español para pedir ayuda.

—¿Ayuda?, ¿ayuda para qué?, ¿vais a denunciarme?

—Vamos, Clara, larguémonos de aquí.

—No estáis en vuestro país de pandereta, chicas —Soltó indignado, pero conteniéndose—. Aquí los dramas y las especulaciones no llegan a ninguna parte, dejad de hacer el ridículo, por favor.

—Ya veremos lo que opina la policía, Pierre. Buenos días.

—¿Dos meses? —Guillem dejó de picar tomates y la miró a los ojos— ¿Tanto tiempo?, es increíble como pasa el tiempo.

—Lo sé, dos meses desde que estuvimos en París y un año desde que dejé a Gonzalo.

Él le guiñó un ojo, ella sonrió y bajó la cabeza para seguir preparando el postre.

Hacia dos meses ya que se habían enfrentado a Pierre en París, habían ido al consulado español y habían pedido asistencia jurídica para tratar el caso de Lucía y su extraño aislamiento por aquellas tierras. Unos días muy raros, un poco absurdos, buscando a una persona que no quería ser encontrada.

Afortunadamente, el mero hecho de dar ese paso había propiciado que el cónsul hiciera una llamada a Pierre Dumont, y que Pierre, un poco tenso, pero muy educado, lo comunicara en seguida con Lucía y que desde ese mismo instante ella empezara a dar señales evidentes de vida, al menos telefónicas, con toda su familia.

A Clara no le hablaba, porque estaba indignada con ella por permitir que su hermana llegara hasta el consulado, pero le daba igual, lo único importante era que ya podían seguir sus pasos y comprobar que estaba bien, o eso juraba ella desde Francia, y que sus padres, que eran muy mayores, pudieran volver a dormir tranquilos.

Terminó con la fruta para el batido, lo metió todo en la licuadora y la puso en marcha mirando de reojo a Guillem, que estaba preparando la cena medio desnudo en su cocina. Pasaban la mayor parte del tiempo en su casa, porque era más grande y porque al principio, cuando empezaron a verse, hacía mucho calor y él tenía un aire acondicionado estupendo. Después del verano siguieron con sus fogosos encuentros a cualquier hora y, aunque ya no hacía falta el aire acondicionado, se habían acostumbrado a estar allí, que era un piso enorme y muy bonito.

Increíble, pensó, recogiendo un poco el desorden de la cocina. Hacía cuatro meses que se habían acostado por primera vez y, salvo el paréntesis que ella misma había impuesto cuando le dio la neura por sus vacaciones en Mallorca, se veían con regularidad, sin compromisos, ni charlas, ni historias raras, simplemente quedaban o se encontraban por casualidad y se iban juntos a casa. No hacía falta acordar nada, ni discutir nada, era algo natural que les apetecía a ambos y se sentía muy cómoda con ello, para qué negarlo.

Le encantaba Guillem, cada día más, se había convertido en uno de sus mejores amigos, hablaban de todo, compartían aficiones, risas, bromas y hasta secretos. Con él podía comentar incluso sus sueños con Jeremiah Hanson, sueños que por cierto brillaban por su ausencia últimamente, y se había acostumbrado a verlo casi todos los días si él estaba en Madrid, y cuando no estaba, solía llamarla por teléfono para preguntarle por su día y contarle él el suyo. Era un tío estupendo, encima guapo, sexy y un dios del sexo que la volvía tarumba con solo rozarle la piel.

Un regalo del cielo, eso era Guillem Borrás Sampedro, un regalito del cielo del que no hablaba con nadie, ni siquiera con Lucía (que le había retirado la palabra), ni con Guadalupe, y mucho menos con su hermana Blanca. —¿Qué tal si mañana vamos al cine? —Le preguntó sacándola de sus cavilaciones y ella asintió—. Molt bé, luego miramos la cartelera.

—Vale, esto lo meto al congelador y estará perfecto para cuando acabes la cena.

—¿Y lo de Barcelona?

—¿Qué de Barcelona? —Se giró y lo miró con atención. Llevaba el pelo suelto y la barba estaba más larga de lo normal, guapísimo, vestido solo con los pantalones del chándal.

—Quiero ir para el puente de diciembre.

—Genial.

—Me gustaría que vinieras conmigo, te lo comenté hace una semana.

—Ah, es cierto, pues... —Se miró la camisa suya que llevaba puesta y pensó en ir a buscar unos pantalones—. Mejor que no, estarás muy liado allí y yo aprovecharé para dormir todo el puente.

—Allí también puedes dormir ¿sabes?

—No, gracias, en otra ocasión. Tú ve y pásatelo bien.

—Mare de Déu —Susurró en catalán y dejó de mirarla— ¿Has retomado los sueños?

—No los de Tulsa, me distraigo o pierdo el control y no lo consigo.

—¿No estarás soñando conmigo?

—¿Soñando contigo? —Sintió como le subían los colores, porque era eso exactamente lo que estaba pasando, y le dio la espalda para ir a poner la mesa—. Va a ser que no.

—Sería un honor sustituir a Jeremiah Hanson en tus sueños.

—Muy gracioso.

—No es broma, cuando me confieses que estás soñando conmigo empezaré a pensar que te importo un poco más de lo normal... —El timbre del interfono sonó muy alto y los hizo saltar en su sitio— ¿Quién coño será a estas horas...?

Clara se fue hacia el dormitorio para buscar su ropa y oyó como él contestaba al timbre en español, pero también oyó como pasaba inmediatamente al alemán. Instintivamente se agachó para ponerse la ropa interior y los pantalones, y levantó la cabeza a tiempo de ver como aparecía en la habitación con cara de desconcierto total.

—Clara...

—¿Es Angela? —Preguntó sabiendo la respuesta y con el corazón saltándole muy fuerte en el pecho, y él asintió—. Visita sorpresa, perfecto, yo me voy en seguida, tranquilo.

—Pero ¿qué coño estás diciendo?

—Oye, por mí ni te preocupes —Llegó al salón buscando el bolso y el móvil, y le indicó la nevera—. No te olvides de sacar el batido del congelador o se convertirá en helado.

—¡Clara! —La agarró por la muñeca y ella lo miró con los zapatos en la mano—. No tienes por qué irte, Angy es mi amiga y...

—Eso no es asunto mío. Buenas noches.

Abrió la puerta y se encontró de bruces con esa chica alemana tan alta y

tan guapa, le sonrió y ella la saludó desde su metro ochenta de estatura como quién saluda a un mosquito. Guillem dijo algo, pero Clara solo pudo oír como la dichosa Angela saltaba para agarrársele al cuello gritando y besándolo loca de felicidad.

Metió la llave como seis veces en la cerradura antes de acertar, abrió la puerta y la cerró a su espalda con alivio. Lo sentía mucho, pero ella no era tan abierta y liberal como pretendía ser, y una cosa era acostarse con alguien sin que fuera tu novio formal, y otra muy diferente era compartir como si tal cosa el territorio con una *folla amiga* más antigua que tú y encima muchísimo más guapa. Por ahí no iba a pasar.

Se fue a la cocina y miró en la nevera lo que tenía para cenar, poca cosa, pensó, con la puerta abierta y sintiendo como se le llenaban los ojos de lágrimas. Joder, ¿qué mierda te está pasando, Clara? Tú eres idiota, muchacha, muy idiota. Ni que fuera tu novio o algo parecido, ya sabías desde un principio que no era nada tuyo, principalmente porque tú no quieres ninguna relación en tu vida, así que deja ya de hacer el gilipollas y compórtate.

Cerró la nevera y miró en la puerta los anuncios de comida a domicilio que tenían allí, los había dejado Lucía sujetos con los imanes, y empezó a leerlos uno por uno con atención, intentando apartar el mal rollo que le separaba el pecho en dos. Eligió uno de comida china y cuando iba a buscar el móvil para llamar por teléfono, el timbre de la puerta sonó, pero ella no se movió, decidida a no abrir a nadie.

—Tengo llaves de esta casa, así que si no me abres ahora mismo entraré de todas maneras. ¡Clara! —Gritó Guillem y ella frunció el ceño enfadada.

—¿Necesitas algo? —De dos zancadas se acercó y abrió simulando indiferencia total.

—La cena está lista, te estamos esperando.

—No, muchas gracias, voy a pedir comida china.

—¡Joder! —Se coló dentro y cerró la puerta— ¿Me quieres volver loco?

—¿Qué?

—La mayor parte del tiempo pasas de mí y... —Bufó atusándose el pelo— ¿Ahora te mosqueas porque una amiga viene a verme?, ¿en serio?

—¿Quién está mosqueada?

—¿Salir huyendo de mi casa no es estar mosqueada?

—Mira, Guillem, cuando te conocí ya salías con esa chica, ella viene a verte y yo me quito de en medio, solo intento no estorbar.

—¿Estorbar?

—¿Sabes qué?, no sé ni por qué estamos manteniendo esta discusión. Vuelve con tu chica y otro día hablamos, ahora, si no te importa...

—No es mi chica.

—Eso se lo cuentas a ella.

—Acabamos de aclararlo, aunque ya lo habíamos hablado por teléfono, pero ahora ya ha quedado totalmente zanjado.

—No es asunto mío.

—Porque tú no quieres.

—¿Cómo dices?

—Tú no quieres que sea asunto tuyo, porque eres tú la que pone una barrera enorme entre nosotros.

—Desde el pasado mes de julio creo que he bajado bastante la guardia...

—Mientras no invada tu espacio, claro —Levantó un dedo para hacerla callar—. No me dejas besarte en público, ni siquiera cogerte de la mano en la calle, pones distancia continuamente, ocultas nuestra relación a tus amigos... no sé cómo se llama eso.

—No sé cómo se llama, solo sé que no quiero tener este tipo de discusiones con nadie, nunca más.

—Ya sé que tienes alergia a las relaciones y que solo te apetece ser mi amiga y acostarte de vez en cuando conmigo, de acuerdo, me gustas lo suficiente como para poder soportarlo, pero, por favor, podemos comunicarnos y podemos confiar el uno en el otro sin necesidad de salir corriendo —Suspiró—. Angela vino por sorpresa a ver si conseguía arreglar esta historia y le he confirmado lo que ya le había explicado por teléfono, que estoy contigo y con nadie más...

—¿En serio? —Preguntó sin querer y él se inclinó para mirarla mejor a los ojos.

—Tú y yo no somos novios, pero creí que había una cierta exclusividad ¿o no?
—Asintió bastante desconcertada y él continuó hablando— El caso es que lo ha entendido y sé que no le importa demasiado, así que fin de la historia. Vamos a cenar.

—Sigo pensando que no es asunto mío, de verdad, yo...

—¡La mare que et va parir! —Exclamó en catalán soltando una risa cansada— Eres tremenda, Clara, no sé por qué me gustas tanto. Será porque estás muy buena y porque eres una fiera salvaje en la cama.

—Muy gracioso.

—Vamos a cenar, la pasta me ha quedado de cine.

—No, gracias... — Retrocedió un paso y forzó una sonrisa—. Cena con tu amiga tranquilamente, yo estoy bien, solo es que prefiero quedarme aquí.

—¿Segura?

—Segurísima.

—¿Puedo venir a dormir contigo?, le dejaré mi cama a ella, no tiene otro alojamiento y...

—Claro, pero usa tu llave, seguro que me duermo en seguida.

—Entonces ¿todo en orden?

—Sí.

—¿De verdad? —Le sonrió con esos ojazos color chocolate con leche tan bonitos y ella asintió— Dame un beso.

—No te olvides de sacar el batido del congelador —Se acercó, se puso de puntillas y le dio un beso rápido en los labios, él lo alargó un poco más y le guiñó un ojo.

—No pidas comida china, ahora te traigo un plato de mi famosa pasta a la boloñesa.

Clara se quedó quieta, observando como se iba dejando la puerta entornada, y no hizo nada por cerrarla. Ese tío era increíble, pensó, no sabía cómo, pero solían entenderse con pocas palabras y en cuestión de segundos. Una mirada, un gesto, una frase adecuada y se la metía en el bolsillo.

Tal vez era hora de empezar a poner freno a tanta complicidad, o no, y ya

había llegado el momento de dejarse llevar del todo, perder los papeles y vivir sin cuestionarse tanto la vida. No estaba segura, pero iba a empezar a meditar seriamente sobre el asunto. Solo llevaba un año de soltería y no estaba nada convencida de tener “exclusividad” absoluta con alguien, mucho menos con Guillem Borrás Sampedro, que cada día la conocía más y mejor, y ejercía un poder casi mágico sobre ella.

El móvil le vibró en la mano y sin motivo se le puso el corazón en la garganta. Miró la pantalla y vio que era un número privado, jamás contestaba a uno, así que hizo amago de no responder y pasar olímpicamente, pero una certeza helada se le pegó a la espalda y decidió cogerlo sabiendo, fehacientemente, que algo iba mal.

—¿Clara?

—¿Lucía?, ¿qué pasa?

—Estoy en el aeropuerto —Se echó a llorar a borbotones y apenas podía entenderla—. No tengo dinero, ni tarjetas, solo atiné a llevarme el DNI y el móvil... por favor, Clara.

—Tranquila ¿qué aeropuerto?

—En el París-Orly, no tengo billete y no puedo pasar a la zona de salidas... todo el mundo me mira...

—Vale, escúchame —Se fue directo al portátil y lo encendió para buscar vuelos—. Ahora mismo te compro un billete, tranquila, ¿sí?, no me cortes, necesitaré tus datos, ¿estás bien?

—No y no quiero que mi familia se entere, júrame que no llamarás a nadie.

—Por supuesto que no... —Respiró hondo intentando mantener la calma, localizó un billete a Madrid y pinchó para comprarlo— ¿Dónde está Pierre?

—No sé, andará buscándome —Se echó a llorar otra vez y Clara sintió que ella también estaba llorando—. Esta vez se ha pasado, me ha roto dos dientes, tengo la cara destrozada, una brecha en la sien, he sangrado un montón. No pude cambiarme, no pude hacer nada, mi vecina me dio dinero para ir al hospital, pero preferí venirme al aeropuerto. Tengo que salir de aquí, tengo que salir enseguida o me encontrará, Clara, siempre me encuentra.

—¿Esta vez se ha pasado?, ¿desde cuándo te pega, Lucía?

—Desde que me vine aquí la cosa ha empeorado, pero ya es igual, necesito un billete, pasando el control policial no podrá entrar...

—Vale, dame el DNI y tu número de teléfono...—Tomó nota con el pulso tembloroso y le compró el billete—. Te mando la tarjeta de embarque al móvil, ¿ok?, enséñala en el control de policía y ya está. Sales en una hora.

—Gracias, Clarita y no avises a mi familia, por favor.

—No lo haré y tú, en cuanto entres a la zona de embarque avísame para quedarme tranquila. Te recojo en Barajas dentro de tres horas ¿de acuerdo?

—Gracias.

—¡Lucía!

—¿Qué?

—Mejor no me cuelgues hasta que estés en el control de pasaportes.

—Ya estoy aquí.

—Vale, pasa y luego llámame otra vez para seguir charlando.

Le colgó y se echó a llorar. Lo sospechaba, sospechaba que ese imbécil le podía estar pegando, pero jamás quiso aceptar que aquello fuera cierto. ¿Cómo un tío joven, educado, abogado y de buena familia podía ser capaz de maltratar a su novia? ¿Cómo ella, una chica con carrera, personalidad y cabeza podía soportarlo? ¿Cómo?, pues como muchas mujeres alrededor del mundo que a priori no daban el perfil y que, sin embargo, eran maltratadas y humilladas por sus parejas.

La realidad le cayó encima como una losa y quiso matar a Pierre, quiso ir a París y abofetearlo hasta romperle dos dientes y dejarlo sangrando en el suelo, ese fue su primer impulso, pero el sentimiento de culpa que la embargó en seguida fue más potente que la furia y se sentó en el sofá hecha en un mar de lágrimas.

¿Cómo no había sido capaz de prever aquello?, ¿cómo no había sido capaz de ayudar a su mejor amiga?, ¿cómo había vivido mirando para otro lado durante tanto tiempo?

—Servicio a domicilio, señorita Corona —Guillem entró en el piso con dos platos de pasta y una botella de vino debajo del brazo y cerró la puerta antes de mirarla a la cara—. Vengo a cenar contigo... ¿qué pasa?... ¿estás bien?

—No.

El cielo estaba despejado, hacía mucho calor y el viento no les daba tregua. El verano empezaba fuerte en Tulsa y Rose solo podía pensar en la carita de su bebé, en la gran bendición que suponía nacer en verano y en el trance que se le venía encima porque, milagrosamente, ya había salido de cuentas y su pequeño, con la ayuda de Dios, estaba preparado para nacer en cualquier momento.

Abandonó la silla y caminó despacito hacia la ventana, el aire soplaba con muchas ganas y le costó divisar a través del polvo la figura de su marido, que a esas horas había dejado el campo y ya se encaminaba con Charly pegado a sus piernas hacia el granero.

Alto y fuerte, sin camisa y con el pelo suelto, Jeremiah iba un poco agachado para capear la ventolera, pero avanzaba con su energía habitual, y Rose pidió a Dios, una vez más, que su hijo, niño o niña, se pareciera a él.

Sonrió muy emocionada y feliz, y miró el guiso que estaba casi listo en el hornillo. En un cuarto de hora podrían cenar, luego leerían un poco la biblia y a la cama, se sentía cansada y muy pesada, y solo soñaba con poder dormir el mayor número de horas posibles.

—Señora Hanson —Jeremiah entró en la casa y cerró la puerta de un golpe, la atrancó y la miró de arriba abajo— ¿Estás bien?

—Sí, gracias ¿y tú?

—Tienes ojeras —Se acercó a ella y la escrutó con atención—. El viernes te llevó a casa de los Fishbourne, creo que falta poco para el alumbramiento y deberías esperarlo en el pueblo.

—Las mujeres de mi familia dan a luz en su casa, Jeremiah, no pienso hacerlo en otra parte.

—Yo prefiero tener al médico a mano.

—Tengo todo preparado para el parto —Le enseñó una vez más la cesta donde había dejado dos sábanas y varios paños limpios, tijeras, hilo de bramante y

una toquilla, y él asintió—. En caso necesario podremos hacerlo solos. ¿Te da miedo?

—Miedo no, pero prefiero tener al médico a mano —Repitió aseándose y luego se desplomó en una silla—. He dejado a Charly en el granero, hay demasiado viento para que ande suelto.

—Espero que no empeore... —Sirvió dos platos de guiso de pollo, se acercó a la mesa y él la agarró por la cintura para sentarla sobre sus rodillas.

—Estás preciosa, señora Hanson, el embarazo te sienta de maravilla... creo que te haré un niño cada año.

Le acarició el vientre con las dos manos y la besó en los labios. Ella cerró los ojos sintiendo ese sabor delicioso, su aliento cálido y tan agradable, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. No sabía si era muy cristiano sentir deseo por su esposo a esas alturas del embarazo, pero no podía evitarlo, al contrario, últimamente solo quería hacer el amor con él, y él no se negaba, aunque estaba más gorda y pesada de lo que había estado en toda su vida.

Lo abrazó por el cuello y continuaron besándose cada vez con más brío, cada vez con más ansiedad, suspirando y gimiendo de puro placer. Jeremiah subió una mano y le acarició un pezón con la yema de los dedos, inclinó la cabeza y se lo lamió con la boca abierta, ella hundió los dedos en su pelo rubio y suave, y un dolor completamente nuevo le atravesó las caderas de este a oeste.

—¡Madre mía! —Exclamó poniéndose de pie y el dolor se repitió aún con más intensidad—. Duele mucho.

—¿Rose? —Él se acercó y la sujetó por las caderas— ¿Puedes andar?, voy a llevarte al pueblo.

—¡No!, estoy bien, seguramente es normal. Tranquilo. Ya estoy bien, vamos a cenar. Venga.

—¿Segura?

—Sí, mañana iré a ver al doctor, tú tranquilo... —Dio un paso hacia el hornillo y el siguiente latigazo la hizo doblarse, se apoyó en la pared y un líquido caliente y espeso empezó a mojarle las piernas—. Creo que he roto aguas, el bebé ya está aquí.

—¿Que has roto qué?

—Bien, creo que tenemos tiempo, voy a acostarme y tú puedes ir al pueblo a buscar ayuda... ¿de acuerdo?... soy primeriza, seguro que tengo muchas horas por delante.

—No pienso dejarte sola.

—Tendrás que hacerlo, yo te esperaré... puedo hacerlo —La siguiente contracción la hizo soltar un grito ahogado y él la abrazó y se la llevó a la cama—. Son muy seguidas, mi madre diría que estoy a punto... ¡Santa madre de Dios!

—Échate en la cama, tranquila, todo irá bien —La acomodó sobre los cojines y se atusó el pelo pensando en lo que debía hacer—. No puedo dejarte sola, así no, te dije que...

—Está bien, no hay que lamentarse, hierva agua y trae la cesta con lo del parto. Lo haremos nosotros solos ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien...

Los dolores eran insoportables y muy seguidos. Se puso a rezar en voz alta, encomendándose a la virgen María y pensando en su madre y sus hermanas mayores, Grace y Hope, que habían dado a luz en un santiamén y casi sin quejarse. Seguro que ella también podría hacerlo. Seguro que sí. Miró a su marido, que corría por la casa un poco desconcertado, y le sonrió intentando tranquilizarlo, nunca le había visto esos ojos de terror y pidió a Dios que le diera a él la serenidad y el buen pulso que necesitaban en ese momento.

—Creo que ya viene, Jeremiah, tienes que cogerlo con las dos manos y envolverlo en la toquilla, no puede pasar frío ¿sí?, yo cortaré el cordón y haré el resto... yo lo haré, no tengas miedo. Dios está con nosotros.

Le pidió que se pusiera delante de ella, entre sus piernas, como había visto hacer muchas veces a la comadrona de Boston, se incorporó, se sujetó las rodillas, se encomendó a Dios y empujó, empujó muchas veces, gritando cada vez más fuerte porque el dolor la estaba desgarrando por dentro, tanto, que temió que iba a morir antes de conseguir ver la carita de su bebé.

—¡Vamos, una vez más, cariño, solo una vez más! —Animó Jeremiah pálido y con el pelo mojado de sudor, y ella asintió, lo miró a los ojos, se agarró a sus manos y empujó con toda el alma—. Ya está, ya está, lo has hecho, es un niño, es un niño, Rose.

El dolor seguía siendo intenso y estaba agotada, empapada de sudor y lágrimas de arriba abajo, pero en cuanto le acercó a su pequeñín al pecho se le pasaron todas las penas. Lo miró y le acarició su cabecita sucia y perfecta, él se movió como enfadado y soltó un llanto potente y saludable.

Rose miró entonces a Jeremiah y le sonrió, también estaba llorando, así que estiró la mano y lo acercó para abrazarlo, él le besó la frente y se quedaron un rato observando juntos a su precioso hijito... a su bebé, su niño, el pequeño Jeremiah Hanson.

—¡Jeremiah! —Gritó Clara y se sentó en la cama.

Estaba llorando, agitada y empapada de sudor. Se apartó el pelo de la cara y trató de situarse, estaba en casa de Guillem, en su dormitorio y él dormía plácidamente a su lado.

Se bajó de la cama y se metió al cuarto de baño comprobando que tenía la braguita un poco manchada, le había bajado la regla y le dolían mucho los ovarios. Abrió el chorro de agua caliente de la ducha y se metió debajo.

Era la primera vez que soñaba con Tulsa delante de alguien y aquello la hizo sentir fatal y un poco infantil. Se hubiese muerto de vergüenza si Guillem la pillara llorando, hablando en sueños o llamando a Jeremiah Hanson, y dio gracias al cielo de que se hubiesen acostado tarde y agotados tras pasar el fin de semana en Baqueira Beret.

No sabía esquiar, nunca había ido a una estación de esquí, pero él había insistido tanto de que necesitaba un respiro, que finalmente había accedido y se habían ido al Pirineo Catalán los dos solos, y lo habían pasado genial, él esquiando, ella aprendiendo a esquiar, y juntos disfrutando del frío, el paisaje y un espectacular hotel de Baqueira. Una gozada.

Salió de la ducha y miró en el armarito a ver si tenía tampones allí. Afortunadamente había uno y se sorprendió de ver la cantidad de cosas suyas que había repartidas por el cuarto de baño de Guillem. Algo que había ido sucediendo poco a poco y sin que ninguno de los dos hubiese hecho nada por

controlarlo.

Tras la angustiada llegada de Lucía a Madrid, la cara amoratada, la ropa manchada de sangre, dos dientes partidos y un estado de nervios lamentable, se la había llevado primero al hospital para hacer un parte de lesiones y una primera revisión médica, y luego la había llevado a su casa para que descansara, pero la tranquilidad les había durado muy poco porque tan solo unas horas después había aparecido Pierre en la puerta rogando de rodillas que lo perdonara.

El escándalo había sido monumental. Lucía destrozada y muerta de miedo, el loco de su novio pasando de la humildad a la pena, de la pena a la rabia y finalmente de los gritos a las patadas a los muebles, así que había tenido que interponerse entre los dos y llamar a la policía provocando la tercera guerra mundial. En menos de una hora, media vecindad observando el alboroto y Guillem, que llegó en plena trifulca, interviniendo para evitar que Pierre la acabara matando a ella, a la que le tenía muchas ganas, la amenazó varias veces en francés.

Como solía suceder, Guillem había estado a la altura, se había portado con un amigo de verdad y cuando se llevaron a Pierre a comisaría, tras pegar un par de puñetazos a los policías, se quedó con ellas y las obligó a llamar a la familia de Lucía para ponerlos al tanto de lo que estaba sucediendo. De ese modo, sus padres se la llevaron a su casa del pueblo, para mantenerla lejos del monstruo ese que la manipulaba y dominaba tanto, y ella se había quedado sola en Madrid, en el piso que Pierre conocía perfectamente.

Por primera vez en su vida tuvo que reconocer que tenía miedo de algo. La asustaba de verdad ese tipejo que era capaz de todo, se lo comentó a Guillem y él la animó a dormir en su casa hasta que pasara el peligro y el francés decidiera largarse de vuelta a París. Una buena e inocente idea que, sin embargo, había cambiado totalmente su vida porque desde entonces, hacía dos meses, prácticamente vivía con él.

Buscó unas braguitas limpias y se las puso dando gracias al cielo por la bajada de la regla. Hacía unas semanas habían tenido un encuentro loco, sin preservativo, en la oficina de Guillem (a última hora de la noche y contra los cristales que daban al Paseo de la Castellana) y a punto había estado de tomar la píldora del día después cuando se dio cuenta de la irresponsabilidad que

habían cometido, así que era un gran, gran alivio saber que todo estaba en orden.

—Hola, pequeñaja —Él apareció en el baño y la miró apoyándose en el dintel de la puerta— ¿Estás bien?

—Sí, es que me ha bajado la regla y me duele un poco. Siento haberte despertado.

—No pasa nada ¿necesitas algo?

—No, no te preocupes, vuelve a la cama —Pasó por su lado y salió a la habitación—. Yo me voy a mi casa.

—¿Qué? —Miró la hora— Son las cuatro de la mañana, hace frío y...

—Es que necesito ropa limpia, tampones y esas cosas, mejor me voy y tú sigue durmiendo tranquilo. De verdad siento haber hecho ruido —Agarró su mochila y sus cosas, se acercó y le dio un beso rápido en los labios—. Mañana hablamos.

—Estudiamos Administración de Empresas para llevar nuestro propio negocio...

—Y ese master en protocolo y organización de eventos tan caro que hicisteis

—Puntualizó Guadalupe y Lucía bufó mirando por la ventana—. Clara tiene razón, deberíais replantearos lo de la vuestra super firma chic de eventos.

—Clara está muy bien en el banco y yo, bueno, pues de momento no puedo ni contemplar la idea de volver a trabajar.

Clara y Guadalupe cruzaron una mirada elocuente y se callaron.

Hacia dos días que Lucía había vuelto a Madrid tras su retiro en el pueblo asturiano de sus padres, y las dos habían decidido ir a verla a Las Rozas para charlar y comprobar cómo era su estado real, porque su hermana Candela decía que no podía estar peor.

Clara tomó un sorbo del té que les había servido muy amablemente y con aire ausente, y la observó con atención: Estaba delgada, pálida, etérea, y no les sostenía la mirada. Sus padres la habían tenido casi escondida cerca de Oviedo y con asistencia psicológica, pero ella no mejoraba en absoluto y Candela le había contado por teléfono que estaba empezando a obsesionarse con la idea de hablar con Pierre y arreglarlo, porque se sentía muy culpable del desenlace de su relación, de la denuncia que le había puesto en la policía, y de haberle fallado porque, lo repetía continuamente, ella era tan responsable como él de todo aquel episodio tan oscuro.

Más de dos años siendo maltratada y estaba en la fase de culpa y arrepentimiento, le explicó Belén, una siquiatria amiga de su madre, y que había que tener cuidado porque si se despistaban era capaz de escaparse, coger un vuelo e ir a buscar a Pierre para pedirle perdón y volver con él. Y eso no pensaba permitirlo.

—¿No te apetece volver al piso de Argüelles?

—No y dejad organizarme la vida como todo el mundo, por favor, contadme

cotilleos.

—No me sé ninguno... —Comentó Clara y Guadalupe se echó a reír a carcajadas— ¿Qué?

—¿Cuándo nos vas a contar que estás liada con Guillem?

—¿Qué?

—¿Con Guillem?! —Exclamó Lucía con los ojos muy abiertos— ¿En serio?, pero si está buenísimo.

—Buenísimo y pilladísimo, según Jimmy, que lo ve todos los días y tiene la información bien contrastada.

—¡Clara!, deja de mirarnos con esa cara y cuéntanos la verdad. No me puedo creer que no me lo hayas dicho a mí.

—Tú tenías otras cosas más importantes en la que pensar —Se puso de pie y se arregló el pelo—. Tampoco hay mucho que contar, solo es mi amigo y...

—*Folla amigo* oficial —Soltó Guadalupe y ella la miró frunciendo el ceño—. Muy serio, así que déjate de chorradas y cuenta qué tal con el chaval.

—Nada de oficial, ni de serio, así que...

—¿Desde cuando te acuestas con él?

—No sé... —Las miró a las dos y decidió ceder o no la iban a dejar tranquila—. Desde julio.

—¿Seis meses y te lo tenías guardado?!, joder, Clara, que coñazo que eres.

—No es nada serio, no somos novios y no creo que tenga que andar contando a todo el mundo mis aventuras sexuales, o las tuyas, que es peor, así que dejadme en paz.

—Al parecer está como loco con ella —Opinó Guadalupe mirando a Lucía—. Jimmy dice que se ha enamorado, aunque la borde de nuestra Clarita lo mantiene a raya, ya sabes cómo es.

—¿Qué?! —El corazón le dio un vuelco al oír aquello de “enamorado” y se le fueron los colores de la cara—. Me cae genial tu Jimmy, pero en esto ha patinado, se ha pasado tres pueblos, en serio, no tiene ni idea...

—Guillem se lo ha confesado.

—Y tú acabas de cagarla contándoselo a ella —Susurró Lucía moviendo la cabeza—. Como si no la conocieras.

—Oye, que ella tiene veintinueve años, él cumple treinta y seis en mayo, son adultos, igual es absurdo que sigan jugando a las casitas a escondidas. Clara debería despertar, abandonar sus sueños, mirar a su alrededor y empezar a vivir la vida real.

—Tú sigue arreglándolo, Guadalupe.

—¿Sabéis qué?, no tenéis ni idea. Guillem y yo solo somos amigos, muy amigos, me cae genial, me encanta estar con él, tenemos mucha química y lo pasamos estupendamente bien en la cama, que es lo que os interesa saber, pero no hay nada más, ni lo habrá, porque él sabe que no estoy por la labor y que, tras diez años soportando a Gonzalo, no quiero ni oír hablar de tener una relación seria —Buscó su mochila y las miró con los ojos muy abiertos—. Lo siento, pero me tengo que ir, mi abuela me espera en casa de mi madre para cenar.

—La cabeza tiene razones que el corazón no entiende —Susurró Guadalupe y Clara bufó acercándose a Lucía para darle dos besos.

—Me alegra que estés de vuelta, mañana vengo a verte otra vez. Hasta luego.

—Clara no te vayas así...

Salió a la calle y el agua nieve la recibió para aliviar el sofoco que le había entrado de oír aquello de “enamorado”. No podía ser que Guillem anduviera diciendo esas cosas, porque no le pegaba nada, y seguro que Jimmy, que era un encanto, pero un poco entrometido, estaba tergiversando sus palabras y se había imaginado cosas, eso seguro, porque de amor nada, de enamoramiento nada y no pensaba permitir que ese rumor se extendiera por ahí. Ellos eran amigos con derecho a roce, tal vez mucho roce últimamente, pero podía poner remedio a eso de inmediato, en un pis pas, y acallar esos chismes de niños de secundaria que no soportaba y que la hacían sentir muy incómoda.

No había roto con Gonzalo para caer de nuevo en la misma dinámica. No pretendía ser la novia de nadie, ni tener relaciones serias con nadie, ni hacerse ilusiones, o provocarlas en los demás, así que tal vez había llegado la hora de cortar sus encuentros con Guillem o hablar con él directamente sobre

el tema. Eso mejor, podían hablarlo, aclararlo y sentar las bases de esa amistad tan chula que tenían y de la que prefería no prescindir a menos que fuera estrictamente necesario.

Llegó andando a casa de su madre, entró y se encontró a sus hermanas pequeñas peleándose a gritos, a Alba besuqueándose con el novio en el salón y a su abuela en la cocina preparando la cena. Dejó la mochila en la mesa y se acercó para darle un abrazo.

—¿Qué tal, abu?, dime por favor que estás haciendo tortilla.

—No estaba segura de que vinieras, pero es lo que estoy haciendo.

—Ay, que maravilla, ¿qué les pasa a ese par de locas y dónde está mamá?

—María le ha roto el móvil a Sofía, o eso jura ella, y tu madre se ha ido con el tal Sasha no sé dónde.

—¿Y te deja sola con esta panda?... es que... es increíble.

—¡Clara!, dile a esta gilipollas que la que rompe paga, quiero que me compre un móvil nuevo, tiene dinero, su padre le ingresó una pasta para su cumpleaños

—Sofía entró en la cocina hecha un mar de lágrimas—. Y también debería pagarme por el daño moral.

—¿Daño moral?

—Llevo una hora sin móvil y lo que me queda ¿cómo se puede llamar a eso?

—Que veis mucho la tele. A ver ¡María, ven aquí! —Llamó a la pequeña que acababa de cumplir los catorce años y ella se le plantó delante muy tiesa— ¿Es verdad que le rompiste el móvil?

—Se me cayó al váter, tampoco fue a propósito.

—Sí, claro, fue una casualidad, mentirosa de mierda.

—Mentirosa tú, que eres una gilipollas.

—Vale, no sé que ha pasado en realidad, pero si le has roto el teléfono se lo pagas, al menos la mitad, la otra parte que la ponga mamá por no estar cuando se la necesita. Fin de la historia.

—¡Oye!

—De oye nada y ayuda a poner la mesa, parece mentira que dejéis que la abuela lo haga todo sola. Sofía, coge tu móvil y mételo en arroz, a veces

funciona... —Sintió vibrar su propio teléfono en el bolsillo de los vaqueros y contestó sin mirar— Hola.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Hola, Guillem, ¿qué hay?

—¿Cuándo vienes?, mis padres ya están aquí.

—¿Tus padres? —De pronto se acordó de que sus padres pasaban por Madrid y salió de la cocina para hablar más tranquila.

—Sí, mañana cogen un vuelo a Lima para ver a mi hermana. Te lo he dicho un millón de veces.

—Es verdad, lo siento, es que...

—¿Lucía bien?

—Más o menos, un poco ida por culpa de los antidepresivos que le dan. Siento lo de tus padres, pero no voy a poder bajar a Madrid —Mintió descaradamente porque en ese momento lo último que le apetecía era acercarse y oyó como él bufaba—. He pasado a casa de mi madre y mi abuela está sola con las fieras de mis hermanas. Esto es una locura y encima ha empezado a nevar, así que me quedo a dormir aquí.

—Vaya...

—Otra vez será.

—Que pena, querían conocerte, en fin...

—Pero puedes dormir en mi casa, no te preocupes por eso, entra con tu llave, no hay problema.

—Dormir en tu cama para dejar la mía a mis padres solo era una excusa —Susurró y ella tragó saliva—. Sabes que lo único que pretendo es acostarme el mayor número de días a la semana contigo, Clara.

—Bueno, lo que quieras... tengo que dejarte o este par se va a matar.

—... —Él se quedó en silencio un rato y ella se maldijo por ser tan puñeteramente cortante, pero no reuló y no abrió la boca—. Ok, nos vemos mañana. Adiós.

Le colgó con ese revoltijo de sentimientos encontrados en el pecho y volvió a la cocina para ayudar a su abuela con la cena y poner orden entre

Sofía y María, que seguían a la gresca.

Las dos acabaron gritándose infinidad de insultos y barbaridades que no conocía ni ella, para disgusto de su pobre abuela, así que las mandó castigadas a sus cuartos y cuando al fin se instauró un poco de silencio en la casa miró a su abuela y ella le sonrió.

—Lo siento, abu, estas niñas lo que necesitan es un poco de disciplina.

—Lo sé, pero la que de verdad me preocupa eres tú, ¿cómo está la pobre Lucía?

—Está mejor, pero el proceso es largo, sigue con el Síndrome de Estocolmo y si no nos habla de Pierre es porque sabe que pondríamos el grito en el cielo, pero estoy segura de que no hace otra cosa que pensar en él.

—Pobrecilla ella y pobre sus padres...

—Están todos destrozados.

—¿Y tú?

—Yo bien, lo único que me queda es apoyarla, no quiero que se sienta juzgada o presionada también por mí, pero...

—No me refiero a eso, digo a tu vida en general, nunca cuentas nada y siempre andas en las nubes. ¿Cómo te va a ti?, ¿no estás saliendo con algún chico? Ese que te llamaba a Málaga en septiembre parecía muy atento contigo.

—Guillem, sí, es mi amigo y nos vemos bastante, pero no es mi novio.

—¿Qué quiere decir que os veis bastante?, ¿te acuestas mucho con él?

—Ay, abu... —Soltó una risa y ella se quedó seria—, pues sí, más o menos.

—¿Y cuando vas a dejar que sea tu novio?

—Los dos somos personas adultas e independientes, no nos van esos rollos y menos a mí, que me he pasado diez años condicionada por Gonzalo.

—Porque no lo querías y no lo dejaste a tiempo, pero que sepas que cuando uno está con la persona adecuada y se enamora, no se siente condicionada, ni atada, ni nada parecido.

—Lo sé, debe ser que aún no me he enamorado de verdad.

—Y ¿qué opina el tal Guillem de eso?

—Sabe que tengo alergia a las relaciones.

—Entonces lo estás haciendo perder el tiempo.

—Pues... —Abrió la boca y no pudo hablar, miró a su abuela y ella asintió convencida.

—Ya sé que sois jóvenes y tenéis derecho a vivir vuestra vida como os dé la gana, mira a tu madre, nunca me he metido en sus cosas, pero no te olvides de la otra parte. No te olvides de ese chico y lo que pueda querer o necesitar él.

—No creo que necesite nada, pero tienes razón.

—Ay, mi niña —Se acercó y le plantó un beso en la frente—. Con lo buena y guapa que es, y lo que le cuesta dejarse querer.

—No me cuesta dejarme querer.

—¿Cómo que no?. Desde pequeña has huido de quien te achuchaba mucho o te quería mucho. Tu madre decía que eras arisca y yo le decía que no, que no es que fueras arisca, es que eras prudente y no te gustaba entregarte a nadie, igual que tu abuelo, que en paz descansa.

—Bueno...

—Encima viviendo en esta casa —Miró al techo moviendo la cabeza—. Todo manga por hombro, siempre solas y esperando a que alguien se ocupara de vosotras, y en cuanto le cogíais cariño a ese alguien, hala, se largaba con viento fresco. Así cualquiera se vuelve esquivia. Venga, llama a las niñas que vamos a cenar.

Se quedó como en suspenso intentando asimilar aquello y luego llamó a sus hermanas para la cena. Se sentó a comer la tortilla de patatas en silencio, dándole vueltas a todo lo que le había dicho su abuela en tres frases y finalmente lo comprendió todo: Había pasado gran parte de su infancia, y toda su adolescencia, viviendo de las migajas de cariño o estabilidad que le habían regalado sus padres cuando no estaban peleándose o formando nuevas familias, aprendiendo a aceptar las decepciones, a no esperar nada de nadie y a ser consciente de que la mayoría las veces sobraba en todas partes.

Eso curtía y condicionaba, por eso prefería sus sueños, sus libros y su tranquila vida sin molestar a nadie, por eso se había convertido en una egoísta y en una miedosa, muy lanzada para la mayoría de las cosas prácticas, pero

una perfecta cobarde para todo lo demás. Una cobarde que se escondía en las novelas y en los sueños lúcidos para no sufrir. Era cierto, no sabía dejarse querer, ni llevar, ni amar como el común de los mortales, se cerraba en banda y la aterraba percibir que una persona la quería o la necesitaba de verdad, le daba miedo, porque eso siempre acababa fatal.

Alguien le había hablado alguna vez de las epifanías, seguramente su padre, esos momentos claves en la vida de un ser humano en que todo se revela y la cabeza hace un clic que lo aclara todo. Pasaban, y esa noche en casa de su madre le pasó a ella y le hizo replantearse muchas cosas, la primera: a pesar de todo, prefería su vida segura y aséptica lejos de los sentimientos reales de los demás porque no estaba preparada y tenía pánico a involucrarse y acabar pasándolo mal, así de claro, no pensaba negarlo nunca más. Y la segunda, y más importante, era imprescindible empezar a distanciarse de Guillem Borrás Sampedro, que le encantaba, le gustaba mucho, pero con el que no iba a llegar a ninguna parte.

Guillem tenía su vida, sus cientos de posibilidades y su falta de miedo a vivir y enamorarse, así que mejor era echarse a un lado y pasar, no podía ofrecerle nada más y, si Jimmy tenía razón y era cierto que estaba empezando a sentir algo por ella, lo justo era no ser egoísta y dejarlo marchar. Lo dejaría ir y se olvidaría de él para siempre.

Fin de la historia.

—Ya está, Jeremiah... —El pequeño soltó un último eructo y Rose lo miró a los ojos con una enorme sonrisa—. Eso es, mi amor, eres un hombrecito muy bueno.

Se levantó y paseó con él por el saloncito. Ya tenía dos meses y Jeremiah Hanson II era un bebé fuerte, sano, feliz y muy tranquilo. Un angelito de Dios que los tenía como locos de contentos.

Le besó la cabecita y se asomó a la ventana para buscar a su marido, él estaba trabajando últimamente con Peter, un temporero que les había recomendado el reverendo Fishbourne, pero no daban abasto, y a esas horas todavía no acababan la faena para venir a cenar. Descorrió las cortinas y lo divisó a lo lejos, su figura rotunda y alta recortada contra el cielo azul y caminando hacia el granero seguido por Charly y por Peter, que comía y dormía fuera de la casa, como tenía que ser.

Bueno, al menos ya había decidido acabar la jornada, pensó, y se fue al hornillo para poner el guiso a hervir. Lo tenía todo preparado y en media hora le serviría la cena en su punto, como a él le gustaba. Cogió las patatas y las zanahorias y las depositó en la cacerola donde la carne ya estaba tierna, un poquito de maíz y todo estaría perfecto, gracias a Dios.

Se llevó a Jeremiah a su cunita y le acarició la cabeza con los dedos hasta que cerró los ojitos y se durmió. Era un santo, no lloraba apenas, comía muy bien y se parecía mucho a su padre. Tenía el pelo rubio, los ojos claros y era grande y vigoroso como Jeremiah, le decía todo el mundo, así que no se podía sentir más orgullosa. Estaba agradecida y muy bendecida con su hijo, no podía pedir más al cielo y la experiencia de traerlo al mundo los dos solos en casa, sin la ayuda de nadie, los había unido incluso más, si eso era posible.

Tras el parto se había recuperado rápido, al día siguiente ya estaba de pie limpiando y organizando la casa, y cuando llegaron el doctor Miller y los Fishbourne para visitarlos, se la encontraron en el porche, con el bebé en brazos y alimentándolo como si lo hubiera hecho toda la vida. Un milagro,

dijo la señora Fishbourne, que le aseguró que a partir de ese momento Dios les iba a mandar todos los niños que ellos quisieran tener.

Y eso era lo que pretendía Jeremiah, un hijo cada año para llenar la casa, trabajar en el campo y ayudar a poblar Tulsa, que le hacía mucha falta.

Se acercó otra vez a la ventana y trató de ver su imagen reflejada en el cristal tosco y opaco. Estaba delgada y fuerte otra vez, el vientre se le había deshinchado, sin embargo, tenía unos pechos enormes y sensibles, llenos de leche que volvían loco a su marido, que le había pedido varias veces beber de ellos, para escándalo suyo, que jamás imaginó que eso fuera posible y que, además, le gustara tanto.

¡Santa madre de Dios! Dijo en voz alta rememorando las veces que Jeremiah había tomado su leche provocando en ella una serie de sensaciones que no podían ser muy cristianas. No, señor, nada cristianas, y que la hacían sonrojarse hasta las orejas.

—Señora Hanson, ¿ya está la comida para Pete? —Jeremiah entró en la casa sin camisa y mojado, porque acababa de asearse en el abrevadero, y ella asintió instándolo a bajar el tono de voz— ¿Está durmiendo mi muchachito?

—Sí, y aquí tienes la comida de Pete —Puso bastante guiso en una fiambarrera de latón y la cerró para que se la llevara junto a una hogaza de pan, él se le acercó por la espalda, la agarró por la cintura y le besó el cuello con la boca abierta.

—Madre mía, que bien sabes, esta noche te voy a comer entera, preciosa.

—Jeremiah...

—Dos meses, hoy ya puedo volver a estar con mi mujer.

—Sí, pero...

—De pero nada, no pienso en otra cosa desde hace dos meses. Ahora vuelvo y ve quitándote ese vestido...

Protestó sin que la oyera y tapó la cacerola para servir la cena en cuanto volviera. No pensaba meterse en la cama con él a la luz del día y con el hambre de debía tener, de eso nada. No eran animales, no eran unos jovencuelos imprudentes, eran un matrimonio hecho y derecho que...

—Vamos, señora Hanson, a la cama.

Regresó en seguida y entró desatándose los pantalones, ella quiso detenerlo, pero era tarea imposible, así que retrocedió y cayó en la cama con él encima, metiéndole la mano por debajo de la falda. De inmediato sintió su miembro grande y duro pegado a su cadera y se humedeció de forma instantánea. Jeremiah lo notó, tiró de su escote y le liberó los pechos para empezar a lamerlos y succionarlos con muchas ganas, mientras ella le acariciaba el pelo rubio y suave con una mano.

El deseo era descomunal, solo lo quería dentro y cuanto antes mejor, separó las piernas y él la penetró con un gruñido profundo, ella le sujetó la cara y lo besó, lo besó con ansiedad y sin dejar de mirarlo a los ojos, esos ojos celestes tan enormes y preciosos. Levantó la pelvis y un calambrazo por todo el cuerpo le anunció que había llegado al clímax. Estaba mojada y temblaba en entera, pero quería más y él se lo iba a dar...

—Clara...

—Mmm...

—Mare de Déu... cómo te he echado de menos, pequeñaja... mírame... ¿estás despierta?, Clara.

—Jeremiah.

—¿Qué?, ¡me cago en la leche! ¡¿estás soñando?!

—¿Eh?

—¿Clara?, ¡Clara!

—¿Qué? —Se despertó de un salto, asustada y confusa, y se encontró con Guillem al lado, mirándola como quién observa a un loco peligroso—
¿Guillem?

—¿Estabas teniendo un sueño erótico con tu Jeremiah?, ¿en serio?, ¿para eso te acuestas desnuda?

—¿Qué? —Apartó el edredón y se bajó de la cama comprobando que, efectivamente, estaba desnuda, aunque ella se había acostado con el pijama puesto. Miró a su alrededor y se situó en su casa y en su dormitorio, miró a Guillem a los ojos, se dio la vuelta y se metió en el cuarto de baño— ¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar de Cardiff, me vine antes solo para verte, hace más de dos

semanas que no estamos juntos.

—Pues no vuelvas a despertarme así, me has dado un susto de muerte ¿sabes?

—Me metí en la cama, te besé y pensé que me estabas siguiendo el rollo, cómo iba a imaginar que en realidad te estabas tirando a tu puta fantasía del lejano oeste.

—¿Cómo dices?

Se puso el albornoz, se giró muy enfadada y le clavó los ojos negros a punto de asesinarlo. Él, que también estaba desnudo, levantó las manos, dio un paso atrás y agarró su ropa del suelo.

Era cierto, hacía más de dos semanas que lo evitaba, tal como se había propuesto tras la charla con su abuela. Estaba decidida a enfriar la cosa y apartarse de él sin peleas, ni discusiones, ni traumas, y le estaba yendo bastante bien porque él se había tenido que ir a Gales una semana y antes de eso, ella cuatro días a Barcelona por un tema laboral, así que se habían visto poco por culpa del trabajo y eso era bueno, muy favorable para sus planes.

Todo perfecto, tanto, que estaba retomando sus sueños con Tulsa y pasándoselo bastante bien hasta ese momento, claro, el que él había elegido para entrar en su casa sin permiso, consiguiendo sacarla de golpe de un sueño profundo y especialmente intenso.

—Ok, me largo, sigue con tus fantasías y cuando empieces a soñar conmigo me avisas... igual tengo suerte y tienes un orgasmo conmigo.

—Mira, Guillem...

—No, ¿sabes qué?, ahora me voy a casa e intentaré provocarme un sueño lúcido contigo, esa idea es incluso mejor, así te tendré para mí todo el tiempo que quiera y sin restricciones de ningún tipo. Tal vez en sueños me haces un poco más de caso.

—Oye, no te pongas así...

—¿Y cómo te pones tú?, ¿aquí solo tú tienes la patente para ser borde?

—Está bien, lo siento. Me has despertado de golpe y me he desorientado un poco, lo siento.

—Has tardado más de diez minutos en despertar.

—No puedo controlarlo, he intentado incorporar una palabra de seguridad para hacerlo, pero no me funciona.

—Ya lo veo... buenas noches.

—Guillem... —Lo siguió hasta el salón—. No tenía ni idea de que ibas a venir, me acosté pronto y...

—He trabajado todo el día, he cogido un puto vuelo a Londres y luego otro a Madrid solo para venir aquí y... da igual, me largo.

—Uf, que mal rollo —Se sentó en el brazo de un sofá y lo miró moviendo la cabeza.

—Estoy agotado y cuando estoy muy cansado me cabreo... —Se atusó el pelo y luego se puso las manos en las caderas—. Es verdad, que mal rollo, mejor me voy a casa.

—Si hubiese sabido que venías esta noche, seguramente no me hubiese dormido así.

—Pretendía ser una sorpresa.

—Y yo te la agradezco —Una ternura enorme le inundó el pecho de repente y se acercó para acariciarle la mejilla cubierta por la barba—. No te vayas así, no me gusta pelearme contigo, duerme un poco y mañana lo discutimos cuando estemos más espabilados —Le sonrió, él relajó los hombros y asintió besándole la frente—. Qué gruñón ¿qué tal en Cardiff?

—Muchas reuniones y mil chorradas que solo me hacen perder el tiempo —Volvieron a la habitación, los dos se desnudaron y se metieron en la cama como si no hubiese pasado nada—. Necesitaré seleccionar y entrenar un equipo nuevo, la marcha de Jimmy me ha dejado coja la fábrica de Gales.

—Que lástima.

—Ya, es una pena... —Estiró la mano y le estrechó la suya— ¿Sabes que dentro de dos semanas es San Valentín?

—¿No celebrarás esa tontería?

—No, ni siquiera estaré aquí el 14 de febrero, pero sé que alguien pretende celebrarlo a lo grande.

—¿Quién?, ¿Jimmy?

—Exacto, le pediré matrimonio a Guadalupe.

—¿En serio? —Se sentó con la boca abierta y él aprovechó para acariciarle la espalda con los dedos— ¿Tan pronto?

—Bueno, son adultos, él ya estuvo casado una vez y no necesitan diez años de noviazgo, además, quiere casarse en seguida. ¿Crees que ella dirá que sí?

—Sí, seguro que sí, está loca por él.

—Genial, me alegro. Una preocupación menos —Le apartó el pelo largo de la cara y se lo puso detrás de la oreja—. Ahora júrame por Jeremiah Hanson que no se lo dirás a nadie.

—Muy gracioso.

—Vale, júramelo por lo que sea, pero promete que guardarás el secreto, solo te lo he contado para tantear el terreno.

—Le va a dar un ataque, va de dura, pero en el fondo es una romántica de manual. Que bonito —Lo miró y se puso tres dedos en la sien—. Te doy mi palabra de Girl Scouts, no se lo contaré a nadie.

—Si eres mala y lo haces tendré que castigarte —La tiró encima de la cama para besarla y ella se echó a reír a carcajadas—. Igual te ato y de dejo encerrada en tu habitación un par de semanas.

—Mmm, inténtalo y a ver qué pasa.

—Clara...

—¿Qué? —Le acarició las cejas y las pestañas con un dedo y él la miró un rato antes de hablar.

—¿Qué pasaría si yo me provocara sueños lúcidos, eróticos, con Mónica Bellucci?

—¿Qué? —Volvió a reírse y él no se movió— ¿Te gusta Mónica Bellucci?

—Claro, está tan buena como tú.

—Oh, muchas gracias, pero ya quisiera yo...

—Contesta a mi pregunta.

—¿Quieres decirme que en realidad te mosquea que siga soñando con Tulsa y con Jeremiah Hanson?

—Es raro.

—Sólo son sueños.

—Lo sé, pero es raro.

—No tiene nada de raro y ya lo hago de forma involuntaria.

—Raro es que me meta en tu cama y tú estés teniendo un sueño erótico-festivo con un personaje de novela.

—Eres uno de los tíos más inteligentes y abiertos que conozco, no pierdas el tiempo mosqueándote por semejante tontería.

—Sólo expreso lo que siento.

—Está bien, lo entiendo, pero repito: es una tontería.

—Si estuvieras soñando conmigo no sería ninguna tontería.

—Soñando contigo —Se acercó, le acarició el abdomen y bajó los dedos despacito hasta su pene, sintiendo como se endurecía inmediatamente contra la palma de su mano— No necesito soñar contigo.

—Conociéndote... mare de Déu... —susurró, sujetándola por el pelo—... cuando acabes soñando conmigo sabré que al fin he dejado de ser un secundario para convertirme en el protagonista.

—Shhh... —Levantó la cabeza para mirarlo un segundo y él le sonrió—. Calla ya, relájate y a ver si compensamos ese cansancio tan grande que tienes.

—Me parece increíble que estemos discutiendo por esto, te lo digo en serio —Entró en el piso, tiró el bolso en el sofá y se fue a la cocina—. Es desde todo punto de vista ridículo.

—Ah, genial, muchas gracias —Bufó Guillem desde Cardiff y ella apoyó la cabeza en la pared con ganas de matarlo.

—Los dos vamos a ir a la boda de Guadalupe y Jimmy ¿qué es eso de si vamos juntos? No entiendo nada.

—Solo he preguntado si vamos juntos.

—Allí estaremos juntos.

—Vale, perfecto. Tengo que seguir trabajando, adiós.

—¿Por qué te cabreas tanto?, ¿cuánto tiempo llevas metido en la fábrica?

—Estoy cansado, sí, pero mi cabreo no es solo por el agotamiento, Clara.

—¿Y entonces?

—Estamos viéndonos desde julio, nueve puñeteros meses y sigues sin reconocer en público que sales conmigo —Respiró hondo—. Que quiera ir contigo, como mi pareja, a la boda de nuestros amigos me parece de lo más normal.

—Vamos a estar juntos allí, cenaremos en la misma mesa y...

—No quiero escuchar más tus argumentos, que a mí también me parecen ridículos. Quieres actuar como adultos sin compromiso que se acuestan juntos, pero en realidad te comportas como una cría caprichosa a la que le importa una mierda lo que yo quiera.

—Está bien —Se quedó quieta y respiró hondo—. Jamás imaginé que semejante formalidad te importara tanto.

—Ya ves, igual si me prestaras un poco más de atención...

—Vale, suficiente —Tomó un sorbo de su botella de agua y decidió parar

aquello en ese mismo instante o acabaría diciéndole alguna barbaridad—. No soporto, y lo sabes, pelearme contigo, somos amigos, toda esta tensión nos sobra y no quiero alargarla ni un minuto más. Tú y yo no, Guillem, por favor te lo pido, no llevemos lo bueno que tenemos a un terreno por el que no puedo, ni quiero, volver a pasar.

—Lo bueno que tenemos se reduce a lo que tu quieres o puedes hacer ¿no te das cuenta de lo injusto y egoísta que suena eso?

—Es verdad, suena fatal... y tal vez no deberías soportarlo más.

—Intento razonar contigo y tú me animas a dejarte por imposible, perfecto, eres muy generosa, Clara.

Colgó y el clic del teléfono le sonó como un latigazo en el oído. Se desplomó en el sofá un poco confusa, marcó su número y él no contestó, así que decidió darle espacio, dejarlo respirar y aparcar las explicaciones para otro momento.

Estaban en marzo y últimamente discutían más de la cuenta, asunto que literalmente la espantaba.

Cada día le gustaba más pasar tiempo con él, el sexo no podía ser mejor, se llevaban a las mil maravillas, pero lo que había empezado siendo un buen acuerdo tácito entre vecinos, entre amigos, poco a poco se estaba pareciendo a un noviazgo formal y clásico, salpicado de peticiones, expectativas, renunciaciones, explicaciones, discusiones y frustración. Él quería mucho más de ella, o eso parecía, y ella se cerraba en banda, más por instinto que por otra cosa, lo que provocaba la tercera guerra mundial al más mínimo chispazo.

Le gustaba muchísimo. Guillem Borrás Sampedro era el hombre perfecto (inteligente, trabajador, guapo, sexy, divertido, cariñoso, independiente, culto) a veces pensaba que se estaba enamorando de él, pero por cualquier motivo se sentía ninguneado o ignorado y empezaban las tensiones, lo que desembocaba en la huida despavorida de ella justo hacia el lado contrario. No podía controlarlo.

Así llevaban unas seis semanas, por un lado, asentando su peculiar relación (a pesar de haber decidido en un principio alejarse de él) y por otro, peleándose por cualquier tontería, la última, la idea esa de ir como “pareja” a la boda de Guadalupe y Jimmy... ¿qué significaba eso?, ¿ir juntos en el mismo

coche?, ¿entrar de la mano?, ¿besuquearse delante de todo el mundo? Por el amor de Dios, si estarían juntos de todas maneras, así estaba organizado, y no pensaba esconderlo o pasar de él, al contrario, cada día le importaba menos que la gente se enterara de que estaban juntos, y había pensado que esa boda iba a ser el momento oportuno para oficializarlo un poco. Total, de todas maneras, los rumores sobre ellos dos se habían extendido como la pólvora a su alrededor, así que pelillos a la mar... eso había estado cavilando, pero él no le había dado opción a explicárselo.

—Hola... —Respondió a la llamada de Guadalupe preparándose algo de cena y su amiga, que era un cascabel últimamente, la saludó tan contenta.

—¿Cómo está mi *wedding planner* favorita?

—Eso se lo dirás a todas.

—Ya ves, acabo de hablar con Lucía y le he dicho lo mismo —Se echó a reír y Clara sonrió—. Ya tiene cerrado el catering y las flores, hoy ha ido con la florista a casa de mis padres para medir el espacio y ver los detalles. Está tan emocionada con la organización que da gusto verla.

—La verdad es que ocuparse de tu boda le ha venido de perlas.

—¿Tienes cerrado lo del hotel de los padres de Jimmy?. Finalmente vienen sus dos hermanas.

—Sí, me avisó de eso y reservé dos habitaciones, me ha dicho que sus hermanas vienen solas.

—¿Te ha contado lo de la luna de miel?

—He dado mi palabra de honor, Guadalupe, no pienso decirte nada. Es una sorpresa.

—Esto es como una peli... ¿y vuestros vestidos?

—Aún faltan tres meses, ya iremos de compras, no te preocupes. ¿Cómo estás?

—Quedan tres meses exactos ¿cómo voy a estar?, como las locas. Mi padre no se puede creer que me case con tantas prisas, le he tenido que jurar que no estoy embarazada.

—Ay, pobre, es que es lo que ha pensado todo el mundo.

—Lo sé y mi flamante prometido que no para de viajar por culpa del trabajo.

—Volverá a tiempo, tú tranquila —Bromeó, sentándose frente a la tele con su ensalada y un yogurt.

—Acabo de hablar con él y me ha contado que Guillem ha despedido hoy a dos ingenieros de la planta de Cardiff. Que estaba súper enfadado y que ha montado la de Dios en la oficina.

—¿En serio?, no me ha dicho nada.

—Se han probado los trajes en Cardiff y se los tienen para el próximo viaje. Dice Jimmy que la sastrería es una de las mejores de Reino Unido.

—Eso me han dicho.

—Bueno, Clarita, guapa, me voy a cenar con mis padres, tengo un fin de semana de locos. El lunes te espero a las seis para ver los vestidos de novia.

—Ahí estaré y descansa un poco —Le colgó pensando en Guillem, marcó su número y él le contestó al segundo tono de llamada—. Hola, ¿puedes hablar?

—Sí, estoy solo en el despacho de la fábrica.

—Guadalupe me ha contado que has tenido un día duro, con despidos y todo.

—A veces no hay más alternativa.

—Siento el mal trago.

—Ya...

—Como no me habías dicho nada me preocupé un poco. Bueno, te dejo tranquilo. No trabajes hasta muy tarde y que sepas que, si quieres ir en pareja o como sea a la boda, me parece perfecto. Es la idea que tenía, aunque los términos no son los mismos, mi intención era exactamente la misma.

—¿Los términos?

—Ir en pareja, en fin, vamos juntos y lo pasaremos genial.

—Creo que prefiero ir en plan amigos con la gente del trabajo, pasar de ti y ligarme a alguna otra amiga soltera de Guadalupe... o a alguna del curro, que hay varias candidatas.

—Estupendo, nos lo podemos montar en plan “Resacón en Las Vegas” y probamos cosas nuevas —Sonrió más relajada al notar que había bajado el hacha de guerra y se quedó en silencio oyendo esa risa cálida y cadenciosa que tenía—. No me gusta pelearme contigo.

—La gente se pelea, discute y no pasa nada.

—Lo sé, pero no contigo, que eres demasiado buen contrincante para mí.

—Ay Dios —Se echó a reír a carcajadas y Clara con él—. Acabas de enseñar tus cartas, pequeñaja, te haré polvo la próxima vez.

—Espero que no.

—¿No sales al cine o a cenar?, es viernes.

—No, me voy a la cama pronto, estoy reventada. Mi semana también ha sido muy dura y con la organización de la boda *express*, mucho más.

—Vale, creo que yo también pliego por hoy. Vete a la cama y si sueñas conmigo me lo cuentas... a la hora que sea.

—Ok.

—Promételo.

—Te doy mi palabra de honor.

—Mataría por echar ahora mismo un buen polvo contigo.

—Madre mía que galante, caballero.

—Una noche juntos y me desaparece el estrés.

—Lo solucionaremos cuando vuelvas.

—Si consigo billete, mañana me voy a Madrid, total, hasta la semana que viene no podré resolver nada concreto por aquí.

—Vale, ya me dirás. Vete al hotel y duerme un poco. Un beso.

—Un beso.

Salió de la casa y el viento era insoportable, así que cerró inmediatamente la puerta para que no se le llenara todo de polvo y arena, y para no asustar al pequeño Jeremiah, que la miraba desde su cuna con los ojos celestes muy abiertos.

Acababa de cumplir once meses y ya se ponía de pie y se agarraba a los barrotes de la cuna que le había hecho su padre con mucha fuerza. Era un chico muy inquieto, aunque silencioso, y solo quería moverse, gatear o intentar andar, aferrándose a lo que fuera. Un Hanson, opinaba Jeremiah con orgullo, permitiéndole incluso dar unos pasitos, sujetándolo de las manos, aunque ella no estaba muy segura de si eso era perjudicial o no para sus huesos.

Se acercó para darle un beso en la cabeza y la puerta se abrió con un golpe seco, saltó y vio a su marido entrar para llamarlos, la camisa le volaba alrededor del cuerpo, Charly estaba pegado a sus piernas y llevaba el rifle en la mano.

—Yo cojo al niño, tú coge la cesta de emergencia y nos vamos al refugio, creo que esto es más grave de lo que parece.

—¿Cómo dices?

—¿Tienes el agua y todo lo que te pedí que dejaras en la cesta para emergencias, Rose?

—Sí, pero pesa mucho...

Jeremiah asintió, le entregó al niño, cogió la cesta que ella le indicó y salieron agachados, luchando contra las terribles ráfagas de aire, camino del granero donde habían construido un refugio para protegerse del viento, tal como les habían enseñado en el pueblo. Llegaron a duras penas, ella protegiendo la carita de su hijo, y bajaron allí despacio, saltaron dentro con el perro y Jeremiah cerró la portezuela con las dos manos, atrancándola con un hierro.

—Aquí deberíamos estar a salvo, señora Hanson.

—¿Y qué pasa con Blue?

—Lo he dejado en la parte baja del granero, espero que Dios lo proteja.

—Santa madre de Dios —Dejó al bebé en el suelo de tierra y se tocó el vientre hinchado. Seis meses de embarazo, un hijo que aún no cumplía el año y podían perderlo todo. Se desplomó en el banco que Jeremiah le ofreció y cerró los ojos para rezar.

—¿Has traído la biblia, Rose?

—La puse en la cesta.

—Alabado sea Dios, ahora leeremos un poco y nos distraeremos hasta que todo esto pase, ¿verdad, hijo? —Acarició el pelo rubio de Jeremiah y se fue a buscar la biblia—. Veo que tenemos de todo para comer, lo pasaremos bien.

—¿Cuánto crees que puede durar esta vez?

—No lo sé, esperemos que poco. Vamos, léenos lo que quieras.

—No puedo, estoy muy nerviosa.

—Confía en Dios, cariño, no nos pasará nada.

—Cada vez son más frecuentes ¿crees que podremos vivir así el resto de nuestras vidas?, ¿con miedo por el viento y lo que se pueda llevar a su paso?

—Oklahoma es así...

—Pues tal vez deberíamos irnos de Oklahoma —Se echó a llorar y Jeremiah se acercó, se puso en cuclillas y le sujetó las manos—. Tenemos un hijo, otro en camino, deberíamos buscar un hogar más seguro.

—Este es nuestro hogar.

—No el mío, el mío está en Boston.

—Rose...

—No quiero vivir así, no puedo... —El ruido del viento sonó ensordecedor sobre sus cabezas, los dos miraron al techo y ella se echó a llorar con más fuerza—. Debería llevarme a Jeremiah a Boston, dar a luz allí...

—No vas a ir a ninguna parte, esta es mi casa, tú eres mi mujer y te quedas conmigo.

—¿No te preocupa la seguridad de tu familia?

—Por supuesto que sí, por eso estamos en este refugio, a salvo.

—¿Y cuándo salgamos qué?... a lo mejor ya no tienes casa, ni caballo, ni gallinas, ni nada en absoluto... estaremos en la calle y a empezar de nuevo.

—La veces que haga falta, que para eso somos jóvenes, tenemos dos manos y una buena tierra. Ahora, cálmate y compórtate, Rose, estás asustando a tu hijo.

Rose miró al pequeño a la cara y le sonrió, él devolvió la sonrisa y se puso a jugar con su caballito de madera y con Charly, sentado en el suelo, tan ajeno a todo lo que estaba sucediendo sobre sus cabezas y que escapaba totalmente a su control.

Quiso calmarse y rezar, pedir a Dios un poco de consuelo, pero le resultaba imposible evadirse de los ruidos que les llegaban desde fuera. Subió los ojos y observó la espalda ancha y fuerte de Jeremiah, estaba tenso, atento, pegado a la portezuela intentando adivinar lo que estaba sucediendo con Oklahoma, con Tulsa y con su propiedad, impotente ante semejante fuerza de la naturaleza, e intentando, como no, parecer sereno y controlado, aunque ella sabía que no lo estaba.

Se levantó, se acercó y se abrazó a su espalda con mucha fuerza, él estiró el brazo, la acomodó contra su pecho y le besó la cabeza. Rose cerró los ojos oliendo su aroma tan familiar y querido, y empezó a pedir a Dios que los salvara, que protegiera a Blue y a sus animales, que estaban a la intemperie, a su casa, que era cómoda y acogedora... sus sillas, su mesa, su mecedora, su cama, la cuna de Jeremiah...

—¿Clara?

—Mmm...

Oyó a lo lejos que alguien la llamaba, pero se concentró en el sonido aterrador del viento. Era como un monstruo gigantesco pisando todo lo que se encontraba a su paso. Rugía igual que un ser mitológico de esos que salían en las leyendas que a veces su padre les contaba a ella y a sus hermanos allá lejos, en Boston, cuando era pequeña y estaba a salvo, rodeada por los suyos. Cuando el reverendo, que era muy divertido y sabía muchas cosas, decidía saltarse las reglas y regalarles un poco de fantasía.

De pronto se hizo un silencio igual de aterrador y Jeremiah le acarició la espalda y le indicó que volviera al taburete. Ella obedeció y cogió al niño

para acunarlo contra su pecho. Aquello era el ojo de la tormenta, decían los habitantes de Tulsa, cuando todo quedaba quieto y sereno, en aparente calma, justo antes de que se desatara la peor parte del temporal.

—¿Clara?, ¡Clara, por favor!

Otra vez la llamaban, pero solo podía seguir en la tormenta, en Tulsa. Con su marido hermoso, fuerte y valiente pendiente de ella y de su hijo, de su próximo bebé, con la camisa fuera de los pantalones de trabajo, las botas llenas de barro, el gesto serio... los ojos celestes entornados... lo amaba tanto. Abrazó con más fuerza al pequeño Jeremiah y sintió el rostro bañado en lágrimas, no podía dejar de llorar, tenía mucho miedo y era incapaz de contenerse.

—¡Clara!

—¿Qué pasa, Jeremiah?

—Creo que ya se ha ido, Rose.

—No, es el ojo de la tormenta.

—No lo creo, es un silencio muy largo para ser el ojo de la tormenta, creo que ya ha pasado todo.

—No...

—Voy a ver.

—¡No, Jeremiah!, por favor, espera un poco más.

—Solo voy a abrir la trampa, no voy a salir. Tranquila.

Rose se aferró al niño y observó como él sacaba la barra de hierro que sujetaba la portezuela con bastante esfuerzo porque era muy pesada, como la tiraba al suelo y como hacía amago de abrir las dos hojas de madera que los separaban de la superficie.

Respiró hondo y antes de volver a parpadear una ráfaga de viento succionó la puerta de madera y se coló dentro del refugio con una fuerza descomunal. Ella se echó al suelo instintivamente, se puso encima de su hijo y cerró los ojos oyendo ese ruido infernal, apocalíptico, que ponía los vellos de punta. Intentó abrir los ojos y el polvo y la arena que se movían a su alrededor se lo impidieron, así que se mantuvo quieta, sintiendo como además del polvo se colaba agua ahí dentro, o eso le pareció.

—¡Jeremiah! —Llamó, pero él no respondió— ¡Jeremiah!

—¡Clara, abra los ojos!

—No, por favor, Jeremiah...

—¿Está seguro de que no se ha tomado nada?

—No lo creo... pero yo acabo de llegar de viaje...

—¡Jeremiah!

Volvió a gritar con todas sus fuerzas, percibiendo como el viento la zarandeaba o la succionaba y se la quería llevar de allí. Se resistió sin soltar al bebé y apretó los dientes, sollozando y llamando a su marido, aterrada, hasta que su mano grande y cálida le tocó la espalda, la sujetó por el hombro y le habló al oído.

—Estoy contigo, Rose, abre los ojos. Tranquila.

—¿Jeremiah?

—Abre los ojos.

—Despierte, ¿Clara?, ¿me oye?, ¡Clara!

—¡Dios!

Exclamó y se despertó de un salto. Estaba rodeada de gente, el dormitorio estaba lleno de gente, o eso le pareció, intentó bajarse de la cama, pero no pudo porque no estaba en una cama, sino en una camilla, una camilla de ambulancia.

—¿Qué coño está pasando? —Se tocó la cara y comprobó que tenía unas cosas de plástico en la nariz, como para meterle oxígeno, se las quitó de un tirón e hizo un amago más serio de bajarse de allí.

—Tranquila, Clara, míreme —Una mujer muy agradable le sujetó la cara y le enfocó las pupilas con una linterna— ¿Sabe dónde está?

—Claro que sé donde estoy, en mi casa, lo que no entiendo es qué coño hacen ustedes aquí.

—Su novio nos llamó, me llamo Teresa, soy médico del SAMUR.

—¿Novio?, ¿qué novio?, yo no tengo novio y déjeme, por favor —Se bajó de la camilla y se puso de pie un poco tambaleante, miró al frente y vio a Guillem,

que la estaba observando con cara de auténtica angustia— ¿Tú has llamado a Emergencias?, ¿en serio?

—Ha intentado durante más de media hora despertarla, Clara —Intervino la doctora, procurando que se sentara en la cama para seguir valorándola—. Llamó a Emergencias e inmediatamente nos mandaron a nosotros, no sabía si había perdido el conocimiento.

—Solo estaba durmiendo, a veces me cuesta despertar, él lo sabe. Lo sabes ¿cómo has podido? —Se dirigió a él muy enfadada y vio por el rabillo del ojo como los enfermeros empezaban a recoger el material médico y sacaban la camilla de su cuarto— ¿Cómo se te ocurre montar semejante escándalo?

—No respondías, tu ritmo respiratorio era bajo, creí que...

—¿Tú creíste?, ¿en serio?, ¿y por qué has entrado en mi casa?

—¡Clara! —La doctora le habló con autoridad y la obligó a mirarla a los ojos—. Que una mujer joven y sana como usted no se despierte, ni siquiera echándole agua en la cara, puede ser síntoma de algo grave, es normal que su novio llamara al 112.

—No es mi novio, es mi vecino —Se calló sabiendo que se estaba pasando de insufrible, pero no reuló porque estaba demasiado enfadada. Era increíble que invadiera su intimidad de esa forma, que permitiera entrar a esa gente en su dormitorio, y bufó cada vez más indignada.

—Necesito hacer una valoración general, empezaré por volver a tomarle la tensión. ¿Ha consumido alguna sustancia para provocarse el sueño o...?

—Clara negó con la cabeza viendo como Guillem se iba sin abrir la boca, y decidió dejarse auscultar para no aumentar el problema— ¿Somníferos?, ¿algún medicamento?, ¿drogas?, ¿alcohol?

—No, nada de eso, bueno, anoche me tomé una tila para relajarme, pero no creo que sea un problema.

—¿Sufre de anemia?, ¿depresión?, ¿alguna enfermedad crónica?, ¿alergias?

Se pasó veinte minutos contestando preguntas, permitiendo que la reconociera con minuciosidad e incluso haciendo algunos ejercicios para comprobar su motricidad y sus reflejos neurológicos. Una persona muy concienzuda la médica, que finalmente se despidió de ella aconsejándole ir al médico para comentar lo sucedido y hacerse un chequeo general. La veía bien,

le dijo, pero no podía asegurar que el episodio del sueño no fuera el síntoma de algo más complejo.

Ella le prometió ir a su médico de cabecera, se quedó con un informe, juró que no necesitaba ir a un hospital, que no pensaba hacerlo en ese momento, y menos aún en ambulancia, y cuando todo el equipo del SAMUR se marchó, se metió al cuarto de baño para darse una ducha caliente y recuperar un poco el control de la situación.

Era consciente de que ese último sueño con Jeremiah Hanson había sido el más vívido, intenso y largo de cuantos había tenido hasta ese momento, y se sintió emocionada y feliz. Solo lamentaba que algo tan increíble hubiese desembocado en algo tan malo.

Que no despertara cuando Guillem había entrado en su casa era una putada, pero no había sido a propósito, y que él, actuando precipitadamente, hubiese decidido intervenir llamando a Emergencias, era lo último que habría tenido que pasar. Él se había adelantado y había montado ese circo, no ella, eso estaba claro y seguramente esa decisión suya acababa de estropear para siempre su relación.

—¿Estás aquí? —Salió al salón y se lo encontró viendo la tele. Él la miró, apagó el aparato y se puso de pie despacio.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo se te ocurre llamar a una ambulancia?

—Ya te lo hemos explicado: me pasé treinta minutos intentando despertarte, tu respiración era demasiado leve, llamé a Emergencias para ver qué hacía y ellos mandaron al SAMUR.

—Sabes perfectamente que a veces me cuesta despertar, ¿cómo has podido invadir mi casa así?, ¡joder! —Soltó muy enfadada y se puso las manos en las caderas—. No tenías ningún derecho a meter al SAMUR en mi dormitorio ¿sabes?

—¿Realmente te importa una mierda el susto que me has dado? ¿la angustia que pasé, durante setenta minutos, hasta que aparecieron los de 112? ¿de verdad no te preocupa lo más mínimo, Clara? ¿En serio?

—Iba a despertar, era cuestión de tiempo, no había que montar semejante drama.

—Eres tan terriblemente egoísta que... —Miró al techo y luego la miró fijamente—... que cuesta creerlo, pero eres así, siempre has sido así, y por mi parte no pienso perder ni un segundo más de mi tiempo contigo.

—Si quieres que te dé las gracias, muy bien, muchas gracias, pero no...

—No quiero tus gracias. No quiero nada de ti. Hasta hoy era divertido lidiar contigo, con tus rarezas, con tus sueños y con toda esa mierda que utilizas para esconderte de la vida real, pero esta tarde se han superado todos mis límites. Tú me importas de verdad, yo te quiero, pero hoy he pasado el mayor susto de mi vida y ni te molestas en disculparte o en aceptar algo de responsabilidad en todo este asunto. Es insólito.

—Mira, Guillem... —Bajó el tono al oír ese “te quiero” y dio un paso hacia él, pero él retrocedió y levantó las dos manos.

—Suficiente, Clara, por mi parte lo he intentado todo, no me queda nada más que ofrecer, y tampoco quiero ofrecerte nada más, así que hasta otra.

—Guillem...

—Se acabó —Le dijo girando hacia la salida—. Tu vecino se larga, tu sigue con tu mierda de vida y ... —Se detuvo junto a la puerta, dejó las llaves en la mesita de la entrada y la miró de reojo— de mí te olvidas ya para siempre.

Clara se quedó perpleja, quieta, observando como él salía dando un portazo que hizo vibrar el piso entero. El primer impulso fue salir corriendo detrás para pedirle perdón de rodillas, pero no pudo, no pudo porque una fuerza superior la pegó al suelo y la dejó allí, mucho rato, congelada y sin poder reaccionar.

Viernes 22 de junio. Día de la boda de Guadalupe y Jimmy, y todo había salido perfecto.

Agarró el cheque, lo endosó y lo metió en un sobre para dárselo a las chicas del catering, que habían organizado un almuerzo espectacular para treinta personas en el jardín de la casa de los padres de Guadalupe.

Cerró el sobre, lo dejó en la mesilla y se sacó el vestido de seda natural que al final se había puesto para la ceremonia. Gracias a Dios que su madre tenía un vestidor repleto de joyas escondidas y ese vestidito vintage, que tenía guardado desde los años ochenta, le había salvado la vida, porque así no había tenido que gastarse ni un duro en ropa. Ya bastantes gastos extra le había acarreado la boda y ella no estaba para muchos dispendios, mucho menos después de pedir la excedencia en el banco.

Miró el modelito años veinte por última vez y lo metió en la maleta junto con los zapatos, se puso los vaqueros y una blusa de verano, y se agachó para atarse las sandalias. Ahora solo le quedaba pagar el catering y salir discretamente por la cocina camino del aeropuerto.

Había sido una idea genial llevar la maleta hasta allí. Al principio Guadalupe se había negado en redondo a que pretendiera largarse antes de que acabara la fiesta, pero al final lo había entendido, y habían pactado un mutis por el foro sin despedirse y sin dar explicaciones a nadie. No podía darlas, solo quería desaparecer, salir de Madrid y no mirar atrás.

Respiró hondo para calmarse, intentando aplicar las técnicas que le había enseñado la sicóloga, pero no pudo y se echó a llorar, así que se encerró en el cuarto de baño, se sentó en la taza y se dejó llevar por esos sollozos que la perseguían desde hacía tanto tiempo, concretamente desde hacía tres meses, cuando el SAMUR había entrado en su casa y cuando Guillem Borrás Sampedro la había dejado de forma radical y definitiva, después de decirle las palabras más duras que nadie le había dirigido jamás.

Lucía y Guadalupe, también la sicóloga, decían que no eran las palabras

las duras, sino de quién habían salido, y seguro que tenían razón. Lo que dolía no era el contenido, sino que vinieran de Guillem, y eso le había partido el corazón por la mitad.

Después de esa tarde tan oscura lo había dejado en paz durante un par de días, hasta que no pudo más, porque le faltaba el aire de la angustia que tenía, y lo llamó por teléfono, pero él no contestó, le mandó mensajes de WhatsApp que él leyó, pero tampoco respondió, y cuando fue directamente a su piso y no le abrió, empezó a pensar que iba en serio y que de verdad no le iba a dar nunca más una oportunidad.

Sin embargo, ella quería disculparse, necesitaba hablar una última vez con él, y siguió intentándolo un par de semanas más, hasta que fue la propia Guadalupe la que le informó, muy incómoda, que Guillem le pedía encarecidamente que lo dejara de molestar. Eso le mandó decir, que lo dejara de molestar, y eso hizo.

La tremenda humillación que supuso aquello, además del aterrizaje forzoso que se pegó ante la postura inflexible del que consideraba una persona importante en su vida, la mandaron directo al sicólogo. Volvió a la sicóloga con la que había hablado de los sueños lúcidos, y allí se derrumbó. Se hundió en la tristeza más estrepitosa, reconoció que era una egoísta, una inmadura y que le había hecho daño a mucha gente a lo largo de su vida. Se hizo trizas y se partió, se desmoronó en mil pedazos y se dejó llevar por años de penas y desamparo, por una depresión galopante que arrastraba desde la adolescencia, y empezó a comprender que era tan vulnerable como los demás, tan frágil y tan pusilánime como el resto de los mortales, aunque la vida le había enseñado a disimularlo.

También asimiló que lo que sentía por Guillem no era solo amistad, como se había empeñado en creer, sino que era muchas cosas más, aunque no había sido capaz de gestionarlo por puro desconcierto, y ya era demasiado tarde para recuperarlo, así que mejor era aceptar la realidad, pensar en el futuro y empezar a superarlo.

Él le había dicho en mitad de la discusión que le importaba de verdad y que la quería, y eso la consolaba en medio del desastre, pero como bien apuntaba Silvia, su sicóloga, era absurdo agarrarse de una quimera que se había desvanecido y ya era hora de tomar decisiones y mejorar.

La primera decisión fue pedir una excedencia en el banco. En un principio su jefe le habló de solicitar una baja por depresión, pero se negó en redondo y pidió una excedencia de un año. Llevaba mucho tiempo queriendo dar un cambio radical a su vida y pensaba hacerlo en cuanto Guadalupe se casara y Lucía estuviera mejor.

Estudió posibilidades de trabajo en los Estados Unidos, en Tulsa, en Texas o dónde fuera, pero finalmente decidió ir paso a paso y, como le había dicho Guillem una vez, empezar por pequeños cambios, aunque esos cambios tenían que estar fuera de España, eso lo tenía claro, y decidió volver a Italia, a Milán, donde había hecho el Erasmus y donde aún conservaba buenos amigos.

En medio de la búsqueda de empleo se encontró con Guillem varias veces en el portal de su edificio y después de superar el ahogo que le provocaba verlo, se había atrevido a saludarlo, él había respondido sin mirarla y había salido de prisa a la calle o había subido a su casa por las escaleras para no compartir el ascensor. Así de esperanzador estaba el panorama.

Afortunadamente, no todo eran palos y desde Milán su amiga Daniella le ofreció trabajo en una empresa de grandes eventos, que era justo lo que estaba buscando, así que aceptó sin dudarle, el único problema era que empezaba en septiembre y su excedencia se iniciaba en junio, así que decidió organizar su verano en Madrid con calma, sin prisas, tranquilamente, muy tranquilamente hasta que un hecho inesperado varió sus planes y adelantó su salida de la casa de Lucía mucho antes de lo previsto.

En abril, un mes después de la discusión con Guillem, entró en su portal por la noche, se metió al ascensor leyendo un libro y antes de que se cerraran las puertas, Guillem y una chica se metieron de un salto dentro. Ella se pegó a la pared metálica con el corazón en la garganta, sin atreverse a abrir la boca, y tuvo que presenciar durante varios minutos como aquella desconocida, que era española y muy guapa, lo agarraba de la mano, lo manoseaba y lo besaba como si estuvieran solos. Ninguno la saludó, todo el tiempo le dieron la espalda, y cuando bajaron en su planta siguieron ignorándola descaradamente, se metieron en su piso besándose y ella se quedó como un pasmarote con la llave en la mano y sin poder reaccionar.

Lloró tanto esa noche, sentada en el suelo y sintiéndose morir, que le

salieron dos calenturas en la boca, y al día siguiente hizo las maletas, embolsó sus cosas y pidió a su madre asilo hasta junio, hasta la boda de Guadalupe. Su querida mamá protestó por el inconveniente de “tener que tener” a cuatro de sus hijas bajo el mismo techo, pero no le quedó más remedio que tragar y recibirla. Eso le dijo: “Tendré que tragar y recibirte”, y la dejó instalarse en uno de los dormitorios vacíos de su chalé bajo amenaza de desahucio instantáneo si se peleaba con su novio Sasha.

Después de la dura negociación con su madre, llamó a su padre a Mallorca y se ofreció para trabajar como camarera en su restaurante todo el verano. Él dijo que sí y en veinticuatro horas dejó el piso de Argüelles y no quiso saber nada más, borró el teléfono de Guillem Borrás Sampedor, y empezó a dar los primeros pasos serios hacia su nueva vida.

Era increíble lo que podían cambiar las cosas en tan poco tiempo, pensó, cuando se encontró durmiendo en Las Rozas y bajo el techo de su madre, de lo que se podía perder por un error o por desidia. De pronto fue muy consciente de ello y dolía, pero podría superarlo. Vivir era cometer errores y equivocarse, le dijo su padre, y ella le dio la razón sabiendo que había actuado muy mal con mucha gente, por supuesto con personas como Guillem o Gonzalo, por supuesto, pero tampoco era para que la crucificaran. Había pedido disculpas y los había dejado en paz, no pensaba molestarlos más y solo esperaba que a ella también la dejaran tranquila.

Salió del cuarto de baño y entró al dormitorio de toda la vida de Guadalupe intentando animarse y retomar la agenda. Aún tenía tres horas hasta que saliera su vuelo a Mallorca, pero prefería llegar pronto al aeropuerto para comer algo. El que Guillem avisara que iba con pareja a la boda la había dejado a ella sin mesa, porque no había más espacio, así decidió sobre la marcha quitarse de en medio y ocuparse de otras cosas durante el almuerzo, y estaba muerta de hambre.

Se miró en el espejo y se puso una toalla mojada en los ojos. Estaba muy cansada, y no solo de llorar, sino también por el tremendo esfuerzo que habían hecho con Lucía para sacar adelante una boda en cuatro meses. La experiencia había sido increíble y las había salvado del pozo, aunque para ser justos, y gracias a Dios, Lucía ya había salido hacía meses del pozo y estaba muy bien, tranquila, viviendo con su familia y trabajando desde casa como traductora.

Eso la tranquilizaba muchísimo y había hecho posible también que decidiera irse de Madrid en cuanto Guadalupe se casara.

—No me puedo creer que no vayas al fiestón de Gabana —Lucía y Guadalupe entraron en la habitación y la miraron muy atentas—. Ahora empieza la fiesta de verdad, Clarita.

—Y seguro que sale genial. Tengo que irme —Miró la hora—. Ya me contaréis que tal, creo, modestamente, que hasta este momento lo hemos bordado.

—Ha sido precioso, gracias —Guadalupe se acercó para abrazarla muy fuerte—, pero apenas te he visto en el almuerzo, sales en dos fotos y con lo guapa que estabas con ese vestido tan sexy.

—Guillem jamás debió traer a esa tía a la boda —Soltó Lucía cabreada y Clara respiró hondo—. Seguro que si no viene acompañado os hubieseis podido arreglar, se le cae la baba cuando te mira...

—Eso no es verdad... —Susurró y Lucía levantó la mano para hacerla callar.

—Sé de lo que hablo, pero es tan gilipollas que aparece con otra gilipollas para demostrarte lo feliz que está sin ti.

—Nunca fue mi novio, ni nada parecido, así que no hay nada que demostrar y, en serio, me voy... mañana os llamo y me contáis todo con lujo de detalles.

—Es una compañera de trabajo —Explicó Guadalupe y Clara agarró sus cosas sin mirarla—. Salen juntos de vez en cuando, Jimmy dice que...

—Me voy, guapetonas, y bailad mucho por mí.

—Clara...

—Tengo que irme.

Salió al pasillo con un nudo en la garganta, bajó a la cocina con la maleta y entró para despedirse y entregar el talón a las encargadas del catering.

No quería hablar de Guillem, ni de su acompañante, que no lo soltaba y que parecía muy cariñosa y entregada, tal como seguramente él necesitaba. Solo quería llegar al aeropuerto, comer algo, tomar un vuelo, llegar a Valldemossa y matarse a trabajar en el restaurante de su padre. Seguro que allí, dónde tenían mucha faena, se cansaba lo bastante como para olvidarse del episodio Guillem para siempre.

Tal vez allí, lejos de todo, dejaba de lloriquear, sentirse tan mal y volvía, con algo de suerte, a tener de vez en cuando algún que otro sueño con Jeremiah Hanson, porque desde el gran día de la ambulancia no había vuelto a tenerlos.

—¿Te vas? —La voz grave y cálida de Guillem le llegó por la derecha, en el jardín, y se detuvo con cara de duda para comprobar que no estaba soñando.

—Sí, hasta luego —Le tembló la voz involuntariamente, así que carraspeó y siguió avanzando.

—¿Te pido un taxi o...?

—No, gracias, estoy bien.

—Ha salido todo perfecto, Jimmy y Guadalupe no pueden estar más agradecidos con tu trabajo. Que lástima que tú apenas lo hayas disfrutado.

—... —Se detuvo, se giró y lo miró a los ojos. Esos ojos color chocolate con leche que la estaban mirando con la seguridad de siempre. Desvió la vista y echó un vistazo a su pinta impecable con un traje hecho a medida, el pelo recogido en su moño *hipster* y la cara libre de su habitual barba de tres días—. Gracias.

—Me han dicho que te marchas a Italia.

—En septiembre, primero me voy a Mallorca.

—Genial ¿y cómo estás?

—Tengo que irme, adiós, Guillem. Que lo paséis bien en Gabana.

—Siento haber sido tan duro contigo, ya que te marchas de Madrid, quería decírtelo.

—Vale, lo mismo digo —Se le llenaron los ojos de lágrimas, así que no lo miró y siguió avanzando por la gravilla con la maleta.

—Buen viaje.

Bajó la cabeza, apretó los dientes y a punto estuvo de detenerse otra vez, girar para mirarlo a los ojos y decirle lo mucho que lo echaba de menos, pero no lo hizo, ya era tarde y a él, a pocos metros, lo esperaba la chica a la que ahora diría *pequeñaja* y a la que le susurraría palabras en catalán mientras hacían el amor.

Llegó a la calle y oteó el horizonte rogando porque su taxi no tardara

más de la cuenta. Buscó un pañuelo de papel para limpiarse las lágrimas y siguió sin mirar a su espalda, porque algo le decía que él continuaba ahí de pie, observándola y pensando a saber qué cosas.

Si esto fuera una novela romántica, pensó, Guillem Borrás Sampedro ahora se acercaría, la abrazaría y le juraría amor eterno, dejaría plantada a su novia e impediría que se marchara... si fuera una novela romántica, claro, pero no lo era, así que vio llegar el taxi, entregó la maleta al taxista y se subió al coche mirando el suelo. No fue capaz de levantar los ojos para comprobar si él estaba allí o no, no fue capaz porque algo en su interior le dijo que ya no estaba, que ya no le interesaba nada de lo que le pasara y que hacía tiempo que la había olvidado para siempre.

La arena blanca, el agua color turquesa, nada de gente y unas olas espectaculares. Una playa de ensueño. Se sentó en la esterilla y miró al cielo, sintiendo el cálido sol sobre la cara. Nada de un calor asfixiante, no, la temperatura ideal, y tenían toda la tarde libre.

Se recogió el pelo y oteó el horizonte localizando entre las olas la tabla de surf roja que habían comprado hacía una semana, parecía estable y a la vez maniobrable, una joya para cualquier *surfero*, y sonrió viendo a su dueño ponerse de pie encima de ella para empezar a galopar esas olas tan extraordinarias.

—¿En qué piensas, pequeñaja? —Lo observó salir del agua y no se movió, tampoco cuando clavó la tabla en la arena y se le acercó con su sonrisa de ensueño.

—En que estás muy bueno.

—¿En serio? —Se estrujó el pelo largo y la miró de arriba abajo—. Tú sí que estás muy buena, creo que a partir de hoy voy a confiscar todos esos bikinis tan pequeños.

—Sí, claro —Se echó a reír y él movió la cabeza— ¿Qué tal la tabla?

—Perfecta, pero hay que domarla, como a ti, pequeñaja.

Se le echó encima mojado y lleno de arena, y la inmovilizó contra la esterilla. La besó con calma, haciendo que reaccionaran todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, y se le puso entre las piernas sacándole la parte de arriba del bikini con los dientes.

Clara no paró de besarlo, sujetándolo por el cuello, y le acarició la espalda ancha, morena y deliciosa con la mano libre. Te quiero, Guillem, te echo tanto de menos mi amor, te quiero tanto...

De pronto fue consciente de que estaba soñando y empezó a despertar, repitiéndose así misma que no, que no podía perderlo. Trató de mantenerse allí, en la playa, con él, pero no pudo y abrió los ojos con la luz del sol

cayéndole de plano en la cara. Giró en la cama y se abrazó a la almohada.

Soñar con Guillem Borrás Sampedro era bastante recurrente desde que estaba en Mallorca, no era ninguna novedad, pero le seguía sorprendiendo que despertaba tranquila, sin sobresaltos, sin llantos, sin el corazón saliéndosele del pecho cuando soñaba con él, y eso le regalaba una sensación de bienestar que no tenía precio.

Volvió a cerrar los ojos y pensó en comentarlo con el doctor Watson, que le seguía escribiendo desde California para interesarse por sus sueños lúcidos. Tras el incidente que le costó la relación más importante de su vida, había abandonado la práctica de inducirse los sueños, no le apetecía nada y no tenía energía para eso, y así se lo dijo al doctor, explicándole las consecuencias negativas del asunto, pero él insistía en saber cualquier detalle o cambio en su comportamiento onírico y ese era uno muy interesante: Cuando se inducía sueños con Tulsa solía despertar de forma abrupta y se quedaba con una sensación de pérdida extraña, pero cuando soñaba de forma natural con Guillem, el despertar era sereno, dulce y reconfortante.

Oyó como Lucía se levantaba y se metía en el cuarto de baño y miró la hora: las nueve de la mañana. No eran horas para una currante de la noche mallorquina como ella, pero ese era su último día en la isla y había prometido disfrutarlo a tope con su amiga.

Encendió la tele para ver las noticias, se levantó y puso la cafetera. Llevaba nueve semanas y media en ese apartamento diminuto y estaba deseando perderlo de vista. Abrió la nevera, sacó zumo, mermelada, mantequilla y puso unas rebanadas de pan en la tostadora, rogando al cielo porque soportara un último desayuno antes de explotar definitivamente.

Cuando aterrizó en Mallorca la idea era vivir con su padre, pero Julia, su novia, no estaba por la labor y muy amablemente le había alquilado ese piso enano, sin aire acondicionado y sin las más mínimas comodidades para que durmiera después de sus maratónicas jornadas de trabajo. Contra todo pronóstico, su padre se había inhibido del asunto y, encima, bromeaba con sus amigos diciendo que su hija mediana era muy independiente y que no quería vivir con papá. Muy gracioso.

La historia le había costado un par de discusiones, otro montón de frustraciones que meter en la mochila y una muesca más que anotar en su

ranking de desaires paternos, pero a los pocos días allí decidió que era mejor pasar, como siempre, concentrarse en el trabajo, juntar dinero y olvidarse de todas las penas que había dejado en Madrid, y lo estaba consiguiendo.

Como ganaba más con el servicio de cenas, se apuntó a las noches y salía sobre la una de la madrugada durante la semana, las dos durante los fines de semana. La paga era buena, las propinas mejor, practicaba idiomas, conocía gente interesante y se metía en la cama tan cansada que apenas tenía tiempo para pensar en Guillem y en todo lo que había pasado entre los dos.

Por Guadalupe sabía que estaba bien, que no paraba de viajar y que en la boda había acabado fatal con su acompañante porque la había mandado a su casa en taxi para no llevarla a Gabana. No le pegaba mucho ese comportamiento tan poco caballeroso, pero al parecer así había sido, y ella no había podido evitar sonreír mientras se lo contaban (una maldad un poco egoísta e infantil, pero totalmente sincera).

Aparte de eso, nunca preguntaba por él, no quería saber si estaba ennoviado o no, si hablaba de ella o si preguntaba por su bienestar. No quería saber nada de Guillem Borrás Sampedro, no obstante, se pasaba las noches mirando las reservas para ver si un día, con algo de suerte, aparecía por el restaurante, o en la playa, o en el Paseo Marítimo de Palma, siempre lo andaba buscando y fantaseaba con un reencuentro de película en cualquier rincón de Mallorca.

Soñar y fantasear era lo único que le quedaba y en eso era una experta. Aunque a veces se le rompiera el corazón en cachitos por el amor frustrado, al menos le quedaban sus recuerdos y no todos eran tan malos, al contrario, habían pasado unos meses estupendos siendo vecinos y amigos con derecho a roce, y eso no pensaba olvidarlo en la vida.

—Claire, let's go, honey... —Dijo de pronto Lucía acabando el desayuno y Clara la miró volviendo de sus ensoñaciones— ¿Tienes la maleta hecha?

—Sí, todo hecho. Me doy una duchita rápida y nos vamos.

Lucía llevaba diez días en Valldemossa y después de esa noche, su último servicio de cenas, se iba con ella a Italia. Cogían el primer vuelo de Son Sant Joan a Madrid a las siete de la mañana, y de ahí directas a Roma donde pensaban descansar una semana entera antes de tener que viajar a

Milán, donde empezaba a trabajar el lunes 10 de septiembre.

Era una gozaba contar con ella, pasar tiempo juntas y verla tan contenta. Lucía era otra sin Pierre al lado, había vuelto a sonreír, a bromear, a reírse a carcajadas y estaba asistiendo con regularidad a un grupo de apoyo a mujeres maltratadas. Ya hablaba abiertamente de los malos tratos y, aunque a veces lloraba y se ponía nerviosa, la verdad es que estaba fenomenal y más fuerte que nunca. Había demostrado que con decisión y voluntad se podía salir de todo, de absolutamente todo, y vivir sin miedo, lo que la hacía sentir muy orgullosa de ella.

—¡Madre mía, como están las mallorquinas! —Les gritó alguien desde un 4X4, soltando un silbido de admiración, y Clara no pudo evitar sonreír, frenó un poco la bici y se giró hacia Lucía moviendo la cabeza.

—Así vale la pena levantarse por las mañanas —Comentó su amiga mirando el vehículo que las había adelantado por la carretera—. Iban cargados de tablas de surf, sino les hubiera hecho autostop. Estoy que me muero y se me ha acabado el agua.

—A mí también. En la siguiente curva hay una zona de descanso y una gasolinera, ahí compramos agua y reponemos fuerzas. Venga, my dear, un último esfuerzo, piensa en el Spa que nos espera.

Llegaron en seguida a la gasolinera y divisó de inmediato el 4X4 azul metalizado, con cuatro tablas de surf sobre el techo, que las había adelantado hacía unos minutos. Miró a sus ocupantes y comprobó, sin sorpresa, que eran los típicos *surferos* con sus bermudas, sus camisetas sin mangas, sus pelos largos y sus gafas de sol de firma, dispuestos a pasar un día de playa por ahí cerca. Eran dos y estaban repostando mientras charlaban tan animados.

Los miró de reojo y luego a Lucía, indicándole un banco de descanso colocado estratégicamente junto al único árbol de la gasolinera. Se sacó la gorra, apoyó la bici contra la pared y comprobó el dinero que llevaba en la riñonera, se despidió de su amiga y antes de dar un solo paso, la voz de un hombre la pegó literalmente al suelo.

—¿Clara?

—¿Qué? —Subió los ojos y se encontró con los de Guillem Borrás Sampedro, que abandonaba en ese momento el local de la gasolinera con varias botellas

de agua en la mano.

—¡Mare de Déu, que casualitat! —Exclamó en catalán sacándose las gafas de sol, levantó la vista y miró a Lucía— ¿Erais vosotras dos las de ahí atrás?, ¿con la bici?

—Sí... —Cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra, al borde del colapso, y le indicó las bicis con la cabeza.

—Ya sabía yo que no se podía estar más buena —Soltó con una sonrisa, mirándola de arriba abajo, y ella frunció el ceño.

—¿No me presentas? —Otro chico igual de alto que él le tocó el hombro y Guillem asintió sin dejar de mirarla.

—Yep. Clara y Lucía, las dos de Madrid, te he hablado de ellas. Chicas, este es mi primo Adrià.

—Hola, ¿qué hay? —Lucía intervino muy simpática y les dio dos besos— Que casualidad encontrarte por aquí, tío, no sabía que venías a Mallorca de vacaciones.

—Todos los años venimos unos días para hacer surf y descansar, pero, vaya...

—Dio un paso atrás y se atusó el pelo suelto sin quitarle los ojos de encima. Clara se dio cuenta de que llevaba muchos minutos en silencio y se puso las manos en las caderas intentando decir algo agradable, pero no le salió y miró a Lucía con los ojos muy abiertos—. Había pensado localizarte aquí, pero no sabía si... en fin...

—Hey, ¿qué tal? —Los otros dos del 4X4 se acercaron y las miraron abrazando a Guillem y Adrià por el cuello—. Vosotras veníais en esas bicis.

—Sí y casualmente son amigas de mi primo, de Madrid —Intervino Adrià muy educado—. Clara y Lucía.

—Hola, Dani y Pep —Se presentaron ellos mismos y se acercaron para darles un par de besos— ¿Qué hacéis en Mallorca?

—Estamos en Valldemossa —Respondió Lucía—. Clara vino a trabajar todo el verano con su padre y yo he venido hace diez días para verla.

—Me encanta Valldemossa —Comentó uno de ellos y Clara sintió como Guillem se le acercaba por la izquierda y le acariciaba fugazmente el brazo.

—¿Cómo estás?, ¿qué tal el verano?, ¿el trabajo?, ¿ya llevas dos meses aquí?

—Le preguntó en un aparte y ella se separó de él, pero lo miró a los ojos.

—Nueve semanas y media. Ha sido duro, pero ha estado bien, he ahorrado dinero y he estado muy ocupada, que es lo que necesitaba ¿Tú cómo estás?, ¿qué tal el trabajo?

—Bien, mucho curro, como siempre, pero ya llevo ocho días de vacaciones, he estado una semana en Barcelona y ahora me queda otra semana por aquí.

—Estupendo, me alegro.

—¿Tu padre es el dueño de El Rincón?! —Exclamó Dani con los ojos muy abiertos y Clara lo miró asintiendo.

—¿Lo conoces?

—Me han hablado muchísimo de ese restaurante y nunca hemos podido conseguir una reserva.

—Si queréis os gestiono una, no hay problema.

—¿En serio?, genial y así nos volvemos a ver, ¿no, Guillem?

—Pues tendrá que ser hoy, porque mañana nos vamos a Italia —Opinó Lucía y Clara la miró queriendo asesinarla—. ¿No les podrías conseguir algo para esta noche?

—Igual tienen otros planes y, en todo caso, no hay ningún problema para otro día, dejaré un aviso para que os mantengan una reserva hasta que podáis ir.

—Esta noche sería perfecto —Dijo Guillem y los demás asintieron.

—¿Cuántas personas sois?, ¿ocho? —Preguntó con una mala leche insólita, pero incontrolable, y vio como Guillem sonreía moviendo la cabeza y se giraba un poco cabreado hacia su coche.

—No, Clara, solo somos los cuatro —Apuntó Adrià otra vez muy educado—. Y muchas gracias por la gestión, tampoco queremos ponerte en un compromiso.

—Ningún compromiso, será un placer. ¿A las diez?

—Genial, muchas gracias ¿ahora os podemos llevar a algún sitio o...?

—No, gracias, vamos aquí al lado. Hasta luego.

Los cuatro se despidieron con la mano, Guillem se puso al volante del coche, las gafas de sol, y abandonó la gasolinera mirándola un rato antes de

salir a la carretera. Ella aguantó el tipo muy entera, hasta que lo perdió de vista, entonces se apoyó con las rodillas temblorosas contra la pared del local.

—Voy a por el agua —Susurró Lucía dándole un golpecito en la cabeza— Estás enamorada hasta las trancas de ese maromo. Nunca te había visto así y no haces otra cosa que tratarlo como si tuviera la peste.

—Él me mandó decir con Guadalupe que lo dejara en paz, y eso hago.

—No te pega nada ser rencorosa, Clarita...

Pasaron el resto de la mañana en un Spa, sin hablar del tema Guillem (para no discutir, decía Lucía), relajándose y sintiéndose unas reinas de belleza, durmieron una siesta y se fueron al restaurante a las seis de la tarde para preparar el turno de cenas.

A Lucía le encantaba echar una mano y disfrutar del ambiente del local y como Julia, su “madrastra”, le había organizado una fiesta de despedida en su casa después del trabajo, ya empalmaban y se iban juntas hasta allí para cumplir un ratito antes de irse a la cama, que al día siguiente tenían que madrugar mucho para ir al aeropuerto con tiempo.

Por supuesto, no hablar de Guillem y el encuentro cósmico con él en una gasolinera perdida de Mallorca, no suponía que ella no pensara en el asunto, y se pasó todo el día dándole vueltas a las casualidades y a la importancia de tenerlas o no en cuenta. Empezó analizando despacio la posible oportunidad que había en todo aquello y cuando empezó a perder la cordura, a eso de las siete de la tarde, la avalancha de trabajo que se les vino encima la salvó del colapso y la distrajo lo suficiente como para que a las diez de la noche, cuando la recepcionista se le acercó para decirle algo al oído, ella tuviera que pensar bien qué era lo que estaba pasando.

—Preguntan por ti, Clara, son los de tu reserva.

—¿Qué? —Miró hacia la entrada y vio a Guillem y a sus amigos esperándola. Los cuatro guapísimos, majísimos, educadísimos y como salidos de la revista Men's Health. Respiró hondo y caminó hacia ellos con una sonrisa. Los cuatro iban vestidos en la misma línea hippie de Guillem y dos de ellos llevaban el pelo recogido en una coleta hípster medio deshecha—. Hola, buenas noches, chicos. Seguidme por favor.

Se los llevó a la mesa que su padre siempre reservaba para ese tipo de

ocasiones y los animó a sentarse llamando a Willy, el camarero que atendía esa zona del comedor y que se iba a ocupar de ellos esa noche.

—Clara, esto es una pasada, muchas gracias —Le dijo Dani dándole dos besos—. Luego queremos invitaros a unas copas.

—Yo no puedo, pero lo dejamos pendiente.

—¿Cómo que no puedes? —Exclamó Adrià y Guillem, que aún no se había sentado, pasó por su lado y le acarició con un dedo la cintura antes de ocupar su sitio. Olía a gel de ducha y a champú, y percibir de refilón ese aroma casi le provoca un pasmo.

—Tengo un compromiso, pero, en serio, lo dejamos pendiente.

—Es más dura que una piedra —Susurró Guillem—. No perdáis el tiempo.

—De verdad que no puedo. Willy —Saludó al camarero—. Trátamelos bien, que son amigos míos.

—Noooo ¿ni siquiera nos vas a atender tú?, vaya faena...

—¿Algún problema, caballeros? —De la nada apareció su padre, se acercó a la mesa con las manos a la espalda y los miró uno a uno muy serio.

—Están de broma, papá, son amigos míos.

—¿Ah sí?, porque todos los camareros aquí son de primera, aunque ya sé que ninguno es tan guapo como mi hija, les atenderemos muy bien, no hay de qué preocuparse —Bromeó y les sonrió conciliador.

—Papá, te presento a Guillem, el amigo de Madrid que...

—¿El ingeniero industrial catalán que ha trabajado por medio planeta?

—Preguntó su padre sin quitarle los ojos de encima y Guillem se puso de pie para darle la mano—. Vaya, eres muy alto ¿Cuánto mides?

—Uno noventa. Encantado de conocerlo, señor Corona.

—Clara me ha hablado de ti ¿y vosotros?

—Adrià, Dani y Pep —Presentó Guillem y todos se pusieron de pie para darle la mano—. Ha sido una suerte encontrarnos con Clara y que nos pudiera conseguir una reserva, es imposible de otra manera.

—Me alegra oír eso, bueno... os dejamos cenar en paz. Ah y luego la casa os invita a una copa en el Chill Out de la terraza.

—Muchas gracias, señor Corona.

—Buen provecho, chicos.

Su padre la abrazó por los hombros, le dio la vuelta y se la llevó camino del office canturreando y saludando con la mano libre a los clientes habituales que pululaban por allí. Clara lo siguió con el estómago lleno de mariposas y cuando al fin salieron de la zona pública, él la puso en un rincón y la miró a los ojos.

—No sabía que la reserva era para tu exnovio.

—Nunca ha sido mi novio.

—Pues debería serlo, menudo tiarrón, tendría unos nietos guapísimos.

—¡Papá!

—¿Puedes seguir trabajando o te quieres marchar a casa?

—Eso ni se pregunta.

Se ajustó el mandil, cuadró los hombros y volvió al comedor para ocuparse de sus mesas.

Saber que Guillem estaba en el restaurante, a pocos pasos y respirando su mismo oxígeno, le provocaba sensaciones encontradas, por una parte era un sueño cumplido. Le encantaba verlo allí, espiar como comía y charlaba con sus amigos, tan relajado, tan varonil, tan... Guillem, y por otra, tenía ganas de salir corriendo. Él no quería nada con ella, la había dejado atrás, y ahora se mostraba majo y educado, pero eso era marca de la casa, era así con todo el mundo y no quería confundir las cosas.

Trabajó como flotando toda la noche, observándolos de vez en cuando. Eran un grupo muy animado y cuando Lucía salió de la cocina y se fue a sentar a su mesa, pensó que igual debía bajar la guardia y compartir con ellos un ratito, solo como prenda de buena voluntad, por la amistad que habían compartido y porque, al fin y al cabo, aquello no era un drama que no pudiera sobrellevar.

—Cerramos caja y nos largamos, Clara, un placer trabajar contigo —Le dijo el maître enseñándole la caja—. Tu última noche y te toca cuadrarla, pequeña. Solo quedan tus amigos en la mesa de Willy, pero ya han pagado. Lo siento, pero les voy a tener que pedir que se marchen.

—Mi padre los ha invitado a una copa en la terraza.

—Vale, entonces que salgan. Buen viaje.

Le dio un abrazo y se fue cerrando la zona del office. Clara abrió la caja y sacó primero los pagos con tarjeta, como tenía que ser, empezó a sumar con la calculadora al lado, metiendo los datos en el ordenador muy rápido y de repente se dio cuenta de que estaba en completo silencio. Habían acabado pronto y todo el mundo salía escopetado para ir de fiesta o a descansar. Solo quedaba su padre en la parte de atrás, fumándose un pitillo con el chef, y esperándolas para llevarlas a la fiesta de Julia.

Miró la hora, las doce de la noche. Increíblemente habían acabado muy pronto. Aunque la terraza siguiera abierta, el restaurante había cerrado antes de lo normal y dio gracias a Dios por ello, ahora solo faltaba cuadrar la caja y dar por finiquitado su verano de esclava en Mallorca.

Nueve semanas y media con solo cuatro lunes de descanso, mucha faena, mucha responsabilidad, mucho calor en su piso enano, y muchas tensiones, pero había llegado al final y se sentía satisfecha y feliz. No lo podía negar.

—¿Clara?

—Guillem —Se sobresaltó y lo miró a punto de apagar el ordenador— ¿Qué tal?, ¿habéis cenado bien?

—De maravilla, pero me hubiese gustado que cenaras con nosotros.

—Estoy trabajando —Apagó la caja y todos los aparatitos electrónicos y lo miró con una sonrisa—. Espero que sigáis disfrutando de las vacaciones... ahora tengo que irme.

—Ya me ha hablado Lucía de tu fiesta de despedida.

—Bueno, mi madrastra, que se monta estas cosas fuera de toda lógica para contentar a mi padre. Lo que en realidad celebra es que al fin me voy y los dejo en paz —Él soltó una risa incrédula y ella asintió—. En serio, es la historia de mi vida.

—No digas eso.

—Es la pura verdad ¿sabes dónde está Lucía?

—Clara, un momento ¿ok? Tengo que decirte algo antes de que te vayas. Iré al grano y no te quitaré mucho tiempo —Levantó las manos y ella cerró la boca—.

No puedo dejar de pensar en ti desde abril, no puedo dejar de sentirme culpable, y un hijo de puta, por cómo te hablé en medio de aquel momento tan vulnerable y...

—Es igual.

—No es igual. Pasados los días entendí que debió ser horrible despertar de golpe en medio de un montón de gente desconocida y sin saber lo que estaba pasando. Ahora lo entiendo, pero en ese momento solo estaba cabreado, muy cabreado y también asustado.

—Bien, yo...

—Un momento, por favor —Ella asintió y se cruzó de brazos—. Gracias. Fue una experiencia aterradora verte seminconsciente en esa cama, ya lo había visto antes, pero la primera vez no sentía nada por ti y en abril, pues en abril se trataba de ti, de mi chica, de la persona que yo quería, y la impotencia que experimenté fue demasiado grande como para mostrarme comprensivo después, cuando despertaste y tu reacción fue la peor posible, y a mis ojos la más injusta. ¿Lo entiendes?

—Sí —Sintió que se le humedecían los ojos al oír por segunda vez eso de que la quería, y bajó la cabeza—. Yo llevo desde abril intentando pedirte perdón.

—No hace falta que me pidas perdón, con que me vuelvas a dejar ser tu amigo me es suficiente. No soporto la distancia con la que me tratas o cómo te alejas de mí delante de la gente —Le hizo un gesto ostensible hacia sus amigos—. Debe sonar infantil, pero me partes en dos si me tratas como si fuera un desconocido.

—Tú dijiste que me olvidara de ti para siempre, y a través de Guadalupe que te dejara tranquilo, y eso hago.

—Lo de Guadalupe fue en mi momento de mayor cabreo, lo siento, no debí hablar con ella, pero es que no podía ni verte y solo quería pasar página y dejarte atrás.

—Vale.

—Me porté como un perfecto gilipollas durante mucho tiempo, lo siento de verdad.

—Ya te digo —Sonrió y él relajó los hombros.

—Tampoco estuve muy fino cuando me viste con una amiga en el ascensor o llevando a otra a la boda... la cagué de la peor forma posible, también te pido disculpas por todo eso.

—Bueno, es igual, por mi parte está olvidado.

—Por la mía no, porque no puedo dejar de pensar en ti... —Se miraron a los ojos y Clara sintió como se le subía el corazón a la garganta, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y quiso decir algo, pero fue imposible porque de pronto apareció su padre interrumpiendo el momento mágico de un plumazo.

—¿Lucía sigue en la terraza? Voy a cerrar, id detrás si queréis, yo voy a buscarla.

—Lo siento, tenemos que... —Lo animó a salir a la parte trasera sacándose el mandil y él la siguió sin decir nada—. Mi madrastra debe estar de los nervios porque no llegamos.

—¿Qué tal Jeremiah Hanson? —Preguntó y ella se detuvo llegando al parking—. No sabes hasta que punto llegue a envidiar a ese cabrón.

—No he vuelto a soñar con él —Respondió moviendo la cabeza—. El episodio del SAMUR cortó de golpe la fantasía. Ahora solo me conformo con leer.

—Vaya...

—Ya estamos aquí —Lucía y su padre pasaron por su lado y se encaminaron hacia el coche—. Vamos, Clara. Adiós, Guillem.

—¿Nos llamamos?, no sé cuanto tiempo me quedaré en Milán, pero igual coincidimos alguna vez en Madrid.

—Suenas a despedida definitiva otra vez.

—Nada de eso.

—¿Volvemos a ser amigos?

—Por supuesto.

—Te echo de menos, Clara.

—Yo también —Respondió sincera y se miraron a los ojos, él dio un paso hacia ella, ella también hacia él, decidida a darle un beso de despedida, pero nuevamente el oportuno de su padre mandó la magia de paseo.

—¡Clara, hija, que es tardísimo!

—Vale, ya voy, hombre —Miró a Guillem y le acarició el brazo con los dedos—. Me ha gustado mucho encontrarte hoy, verte y que charláramos, en serio, pero tengo que irme.

—¿No puedes quedarte un rato más?, luego te acompaño yo...

—No puedo. Ya nos veremos —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, se giró hacia el coche, pero de pronto se detuvo y volvió sobre sus pasos para mirarlo a los ojos—. Guillem.

—Dime.

—No estoy soñando con Jeremiah Hanson, pero no me importa porque...

—¿Qué?

—Porque estoy soñando contigo.

Él sonrió de oreja a oreja iluminando todo el restaurante, toda Valldemossa, toda la isla de Mallorca y Clara devolvió la sonrisa con los ojos llenos de lágrimas.

Si había una declaración de amor sincera para ella era esa, no le hacía falta añadir nada más, y sabía que él la entendería perfectamente.

Se quedaron mirando a los ojos unos segundos, sin dejar de sonreír, y su padre volvió a llamarla a gritos, así que le dijo adiós con la mano y corrió al coche sintiéndose la mujer más valiente y audaz del universo.

Gracias a Dios.

Rose Hanson oteó el horizonte y cerró los ojos agradeciendo nuevamente a Dios por haberlos protegido y por haber salvado su propiedad y a sus animales.

Blue y Charly andaban asustados e inquietos, pero habían superado el último vendaval con fortuna y ahora Jeremiah los dejaba correr libres por el campo. Era bueno que se relajaran y eso hacían tranquilamente, con el cielo azul sobre sus cabezas y una brisa suave acariciando la tierra. Parecía mentira que solo un día antes habían estado a punto de morir y de perderlo todo por culpa de ese viento atroz que había assolado Tulsa entera. Parecía mentira.

Se agachó y cogió a su hijo en brazos, él le sonrió y ella le besó la cabecita rubia viendo aparecer por el camino la carreta del reverendo Fishbourne. Seguro que venía a interesarse por su bienestar, y se alegró de poder ver una cara amiga y de conocer así la suerte de sus vecinos. Se giró hacia el granero y llamó a Jeremiah con la mano.

—Buenas tardes, Rose, hola, pequeño. Me alegra ver que seguís bien y que la casa permanece en pie —El reverendo se bajó de la carreta y se acercó para tocar la mejilla del bebé—. Cada día más mayor, Jeremiah. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, gracias a Dios, reverendo. Pasamos un susto de muerte, pero el refugio nos protegió y la casa resistió milagrosamente. ¿Ustedes?

—Bien, gracias a Dios. Jeremiah —el clérigo extendió la mano hacia el dueño de casa y se sacó el sombrero—. Le estaba diciendo a Rose que me alegro de que todo siga en orden.

—¿Qué tal las cosas por el pueblo?

—El pueblo más o menos bien, hacia el sur la cosa mucho peor, los Butler y los Dickinson lo han perdido todo, el temporal pasó justo por encima de sus granjas.

—Madre mía, que lastima. Si hay algo que nosotros podamos hacer...

—Gracias, de momento ya los hemos realojado, ahora solo tendrán que empezar a construir de nuevo, pero eso es lo de menos, lo importante es que todos están sanos y salvos.

—¿Un vaso de limonada, reverendo?

—No, Rose, muchas gracias, voy a seguir la ruta para visitar a los demás vecinos.

—Adiós y si necesita algo, avísenos.

Jeremiah la abrazó por los hombros y los dos se quedaron quietos observando como Fishbourne se iba despacio por el camino de tierra. Rose suspiró sin dejar de besar la cabecita de su pequeño y cuando vio desaparecer al reverendo quiso apartarse para entrar en la casa a preparar la cena, pero su marido la detuvo para darle un beso en la frente.

—Hemos sido muy afortunados, señora Hanson.

—Dios nos protege con su misericordia.

—Y nos ha hablado muy claro.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es una señal del cielo para confirmarnos que este es nuestro hogar, Rose, nuestra tierra, y que aquí está nuestro futuro.

—Supongo que tienes razón —Le sonrió y él se inclinó para darle un beso en los labios.

—Nuestro futuro y el de nuestros hijos ¿verdad, Jeremiah? —Le quitó al niño para levantarlo por encima de su cabeza y hacerlo reír a carcajadas— ¿Te vienes a trabajar conmigo mientras mamá prepara la cena, Jemmy?, ¿eh?, ¿qué dices, muchachito?

—Se puede hacer daño, no...

—De eso nada, vamos, hijo.

—¡Jeremiah!

—¿Qué?

Él se giró hacia ella con el niño en brazos y le sonrió. Rose movió la cabeza dándose por vencida antes de intentar hacerlo cambiar de opinión y miró al bebé para decirle adiós, el pequeñajo devolvió el saludo con la manita

y ella retrocedió mirando otra vez a su marido a los ojos, esos preciosos ojos color chocolate con leche que la observaban con tanto amor.

—¿Guillem? —Preguntó viéndolo a él ahí delante, en Tulsa, con un bebé en brazos y radiante de felicidad— ¿Guillem?

Se despertó de un salto y se sentó en la cama.

—¿Estás bien? —Preguntó Lucía y ella se acomodó otra vez sobre las almohadas.

—No remolonees mucho, Clara, que tenemos reserva para cenar a las nueve.

—Sí, ahora...

—Tres horas de siesta me parece más que suficiente.

Asintió recordando que ya estaban de vacaciones, concretamente en Italia, y eso la animó de inmediato, así que se levantó canturreando y se fue al cuarto de baño para darse una ducha.

Roma.

Le encantaba Roma, la Ciudad Eterna, la Dolce vita, la ciudad de los gatos y las siete colinas. Preciosa ciudad donde siempre se había sentido como en casa y donde podía practicar ese italiano rápido y abrupto que tanto le gustaba. “Para entender al romano puro se necesita un oído muy fino y una mente muy lista”, decía su profesor de italiano de Madrid, y tenía toda la razón.

Llevaban dos días allí, en la casa de una tía de Lucía que se las había dejado mientras ella andaba de crucero por el Caribe, y se sentía muy bien. Aunque el cansancio acumulado durante el verano le estaba pasando factura y en cuarenta y ocho horas había dormido como veinte, lo cierto es que empezaba a recuperar las fuerzas y el ánimo necesario para pasear, hacer turismo y pasárselo bien con su amiga.

Al parecer también para soñar con Tulsa y Jeremiah Hanson después de casi cinco meses de sequía.

Volvió a ese dormitorio antiguo y medio destartado con vistas al maravilloso barrio del Trastevere y buscó un vestido de verano en la maleta. Afortunadamente había cogido algo de color en Mallorca, aunque no había pisado apenas la playa, y podía a ponerse algo ligerito y con poca tela porque

en Roma seguía haciendo mucho calor.

Se cepilló el pelo y miró de reojo el móvil, lo agarró y buscó alguna señal de Guillem, pero no la había. Dos días en Italia después de confesarle a su manera que estaba loca por él y él seguía desaparecido en combate. Igual seguía en estado de shock por su confesión, o asustado, o simplemente prefería disfrutar de sus vacaciones y del surf antes de ponerse en contacto con ella. No estaba segura de nada, y no quería darle muchas vueltas al tema para no pasarlo mal, porque la pura verdad es que empezaba a preocuparse seriamente por su silencio.

Se sentó en la cama y se quedó un rato mirando el teléfono, buscó su número, que había recuperado gracias a Guadalupe, y decidió mandarle un mensaje de WhatsApp, pero se arrepintió en seguida, lo borró y volvió a ponerse de pie con el estómago lleno de mariposas y muy nerviosa.

No pensaba asustarlo más, ni agobiarlo, ni acosarlo, ella jamás había hecho algo semejante con nadie y no pensaba empezar con él, que le importaba de verdad y que era un tío estupendo, estupendo y muy independiente.

Salió al salón ya lista y escuchó como Lucía hablaba en francés por teléfono, se fue a la cocina a por un refresco y prestó atención para ver si por desgracia se trataba de Pierre (que de vez en cuando reaparecía dando la lata), pero no lo era, gracias a Dios. Al parecer era una amiga e incluso se estaba riendo con ella. Genial.

Abrió las contraventanas de la cristalera del comedor y se asomó para mirar el colorido y agitado paisaje del Trastevere. Mucha bulla, mucha actividad y muchos turistas. Sonrió, mirando a los que entraban en tropel a esas pizzerías pensadas especialmente para ellos y pensó en Gonzalo y su cuchipandi, que andaban por ahí también de escapada turística.

En Madrid, a las nueve de la mañana, en la zona de salidas del aeropuerto de Barajas, se había encontrado con todo el grupo mientras Lucía y ella esperaban su enlace para Roma. Una casualidad un poco incómoda al principio, que finalmente había sido muy positiva, muy agradable y que la había reconciliado un poco con su ex y con sus amigos. Ver para creer, había dicho Lucía al encontrárselos a bocajarro en la puerta de embarque.

Habían pasado ya dos días de aquello y seguía sin creerse que Gonzalo

Cifuentes había sido capaz de acercarse a ellas, saludarlas con mucha educación e incluso pedirle disculpas por su último encuentro en aquella terraza de la Castellana. Tal fue su sorpresa que le costó reaccionar y sólo lo hizo cuando él se le sentó al lado y la miró de reojo con una sonrisa.

—No me acuerdo muy bien de lo que pasó en aquel local, estaba muy pedo, pero sé que me pasé cuatro pueblos. Mis sinceras disculpas para ti y para tu chico.

—Muchas gracias.

—¿O sea que es tu chico?

—Estamos en ello —Respondió viendo como Lucía se levantaba para hablar con la cuchipandi, a la que también conocía de toda la vida, y bajó la cabeza.

—Carolina y yo nos casamos el año que viene —Soltó indicándole a esa rubia tan guapa que no los perdía de vista y Clara lo miró con la boca abierta—. En septiembre.

—Me alegro un montón. Enhorabuena. Es una noticia estupenda.

—Ya, finalmente vendí el piso y compré un chalé en la calle de mis padres, los de ella viven en Majadahonda, así que todo queda en familia.

—Es genial, Gonza, me alegro muchísimo, ella parece una chica muy maja.

—Lo es. ¿Y tú con quién vives?, ¿con tu catalán?

—No, de hecho, me voy a Milán para empezar a trabajar allí dentro de diez días.

—Alguien me comentó que habías dejado el banco, pero no me lo podía creer.

—Nunca me gustó demasiado.

—Lo sé... o sea que a Milán. Estarás encantada.

—La verdad es que sí.

—Bueno, pues... te deseo mucha suerte —Hizo amago de levantarse, pero se arrepintió y volvió a sentarse buscando sus ojos—. Me alegra que podamos hablar así, fueron muchos años de idas y venidas y... seguramente deberíamos ser amigos o algo parecido.

—Claro.

—Siempre he creído que eres una tía cojonuda, Clara, con tus rarezas y tus ausencias, pero una tía de primera y espero que seas muy feliz, en serio te lo digo.

—¿Con mis rarezas y mis ausencias? —Soltó una risa y él movió la cabeza.

—Muchas, pero no son culpa tuya, todos sabemos que era la única manera de sobrevivir en la casa de locos donde te criaste. En fin —Se puso de pie, mirando la cara de enfado que estaba poniendo su novia y la miró a ella de reojo—. Carol no te puede ver ni en pintura, así que mejor lo dejamos.

—Muchas gracias, Gonza, en serio y enhorabuena otra vez.

Estaba segura de que nunca, en todos los años que se conocían, habían tenido una charla tan larga, tan sincera y tan adulta como esa mañana en el aeropuerto, y de pronto se sintió muy afortunada. Jamás había aspirado a su perdón o a que él le pidiera disculpas a ella, así que se lo agradecía sinceramente, y sonrió pensando en cómo luego habían compartido avión sin toparse y habían aterrizado en Roma cada uno por su lado. Tal como había dicho Lucía: Ver para creer.

Se quedó meditando un rato sobre la charla y sobre eso de sus rarezas y sus ausencias, agarró el móvil, escribió un “*Hola ¿cómo estás?*” y se lo mandó a Guillem sin pensarlo dos veces, porque, pasara lo que pasara, no pensaba volver a parecer ausente o indiferente con nadie. Mucho menos con él.

—No te lo vas a creer —Soltó Lucía cogiendo su bolso—. Venga, vamos, que hay que cruzar el río y llegar a la zona de la República.

—¿Qué ha pasado?

—Era Michelle, una secretaria del despacho de Pierre, dice que el muy cabrón se casa con una chica croata que acaba de conocer en sus vacaciones.

—Bueno ¿y?, eso no es asunto nuestro.

—No, pero necesito comprobar que la trata bien. Tengo sus datos y le voy a mandar un email.

—Lucía...

—¿Crees que voy a callarme algo así?, ¿qué cuando aparezca herida o muerta en cualquier parte podría volver a vivir tranquila?. De eso nada, mi deber es

ponerla al tanto, después que ella haga lo que quiera.

—Tienes razón.

—Las mujeres que sufrimos malos tratos deberíamos poner siempre en alerta a las siguientes, porque esos hijos de puta nunca se rehabilitan y volverán a pegar a la primera de cambio. Yo no pienso mirar para otro lado, Clara, nunca, jamás.

—Por supuesto —La agarró del brazo y se concentró en caminar con las sandalias por esos adoquines tan desgastados. Llegaron al río Tíber y la miró de reojo— ¿Estás bien?

—Muy bien, pero... —Respiró hondo— ¿Sabes qué? No me apetece mucho cenar, podríamos caminar un poco, tomar un helado en la Gelateria Valentino y disfrutar de esta noche tan bonita que se ha quedado. ¿Qué te parece?, ¿tienes mucha hambre?

—No, comimos muy tarde así que me parece buena idea.

—Guay —Volvió a agarrarla del brazo y la encaminó hacia la Fontana de Trevi, donde estaba esa heladería tan famosa de Roma—. Gonzalo está mucho más guapo ahora que cuando estaba contigo. La felicidad sienta bien a la gente y contigo nunca fue muy feliz.

—Lo sé y me da mucha pena, pero yo...

—A mí no me digas nada, sé lo que fue eso, estaba allí.

—Ya, pero fue responsabilidad mía no cortarlo de raíz desde el minuto uno.

—Éramos unos críos y tú te evadías de todo gracias a tus libros, supongo que eso te ayudaba a sobrevivir en la inercia. Solo espero que algo parecido nunca más te vuelva a pasar, quiero decir, que nunca más vuelvas a necesitar de tus libros o de tus sueños para huir de una realidad que no te gusta.

—Creo que he aprendido la lección, no te preocupes —Llegaron a la Gelateria Valentino, se compraron un cucurucho de helado y a Lucía se le antojó sentarse en la plataforma de mármol que rodea la Fontana de Trevi. Clara aceptó observando como los turistas se hacían selfies y tiraban monedas al agua, y volvió a mirar el móvil donde su mensaje seguía sin respuesta. Lo había leído, pero no lo había contestado, y aquello le provocó una desazón tan grande que agarró el teléfono y lo apagó.

—Si no te ha escrito será porque no puede, ese tío está loco por ti, Clara —Le susurró Lucia viendo su maniobra y ella movió la cabeza—. No hay más que verlo.

—¿Ver qué?. No seamos ilusas, seguro que tiene mil cosas mejores que hacer que estar pensando en llamarme. Yo ahora debería concentrarme en Milán, que el trabajo parece cogido con pinzas ¿sabes? Daniella no es capaz de explicarme nada en concreto y me temo que en realidad me quiere para poner en marcha el negocio. No lo sé, pero hace unos años su familia tuvo un tremendo problema con hacienda ¿te acuerdas?, y...

—Estamos de vacaciones, olvídate de todo eso, por favor.

—Lo siento —Estiró la espalda y miró el cielo estrellado.

—Una vez me dijiste que estabas buscando tu final feliz ¿dónde crees que lo vas a encontrar? ¿en Milán?

—En una de mis novelas románticas —La miró de reojo y se echó a reír—. No existen los finales felices.

—Si hay alguien que se merece uno eres tú, Clarita.

—Y tú, amiga, tú sí que te lo mereces y a lo grande —Le dio la mano y cerró los ojos para oír el murmullo del agua.

—Yo solo quiero que dejes de ser tan responsable, Clara, tan estricta contigo misma, tan cabal y pierdas un poco la cabeza, aunque sea de vez en cuando. ¿Me lo prometes?

—¿Qué? —La observó con atención y vio que estaba hablando en serio.

—No más precauciones, ni más prudencia, ni más zonas de confort, a partir de ahora a vivir un poco.

—¿Tú también piensas aplicarte el cuento?

—Vale —Le apretó la mano y se puso de pie—. ¿Y sabes qué? Ahora mismo te voy a regalar tu final feliz, espero que sepas aprovecharlo.

—¿Cómo dices?

Vio que miraba hacia su derecha y se puso de pie un poco preocupada. Lucía no era como Guadalupe, que solía perderse en divagaciones de ese tipo, y por un momento se asustó, así que agarró el bolso y la siguió un par de pasos

esperándose lo peor.

Intentó cogerla por el brazo, pero ella siguió andando decidida, hasta una de las entradas a la Fontana de Trevi, donde de repente la figura de un hombre alto y con el pelo largo se le hizo completamente visible.

Antes de poder reaccionar el corazón se le puso en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Guillem Borrás Sampedro estaba ahí mismo, sonriendo y sin moverse. Clara se quedó quieta, viendo como estiraba la mano para chocarla con la de Lucía, antes de que ella desapareciera por una de las callejuelas laterales, y respiró hondo, observando esos ojos color chocolate con leche tan brillantes y tan bonitos que la miraban con tanto amor.

—Yo también te quiero... —Susurró sin dejar de sonreír y Clara corrió y se le agarró al cuello de un salto.

Fin

Epílogo

... Rose y Jeremiah Hanson eran felices, no podían negarlo. Ni el trabajo duro, ni las penurias, ni las necesidades, ni el clima, ni las adversidades podrían empañar jamás su vida juntos, su historia de amor, su larga lucha hombro con hombro sin descanso, sin miedo y convertidos en una sola persona, en un solo ser.

Los años pasaron y esa joven y hermosa pareja llegada desde Boston acabó siendo un pilar sólido y muy respetable en la comunidad de Tulsa. Su hijo mayor, Jeremiah, alcalde de la ciudad a los veinticuatro años, colmó todas sus expectativas como nuevos ciudadanos de esas tierras inhóspitas y generosas, y sus cinco vástagos restantes, Isaac, Zachary, Mary, Joseph y Jordan, no pudieron colmarlos de más satisfacciones y felicidad a lo largo de los años.

—Somos muy afortunados, señora Hanson —Jeremiah llegó por detrás y le besó la cabeza abrazándola por la cintura. Rose le acarició los dedos y asintió, sin dejar de admirar el campo florecido que se extendía mucho más allá de lo que sus ojos podían alcanzar—. La cosecha será generosa este año, podremos pagar de sobra los estudios de los chicos en Boston, no te preocupes.

—No me preocupo, sabía que con la ayuda de Dios y con estas dos manos podríamos conseguirlo —Le sujetó esas manos enormes, curtidas y cálidas, y se las besó.

—Mary dice que tiene cuatro niños nuevos en la escuela.

—La gente sigue llegando a Oklahoma, nunca le faltará trabajo como maestra.

—Que lleguen y se queden, eso es lo importante.

—Sí, cariño —Se volvió y le sujetó la cara. Jeremiah acababa de cumplir los cincuenta y cinco años y seguía siendo un hombre apuesto, alto, fuerte, con esos ojos celestes tan maravillosos. Se puso de puntillas y lo besó en los labios—. Voy a preparar las viandas para la reunión de la iglesia. ¿Qué haces tú esta noche?

—Podría leerte la biblia, como en los viejos tiempos.

—Me encantaría.

—Rose...

—¿Qué? —Se detuvo entrando a la casa, se giró y lo miró atenta.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, amor mío.

—Yo mucho más, señora Hanson, yo mucho más (...)

—¿Señora Borrás?, ¿señora?... ¡Señora Borrás!

—Sí, perdone... —Apartó los ojos de la Tablet, donde tenía abierto el último libro de la saga “Al Oeste de tu corazón”, y prestó atención a esa chica oriental tan seria y a la vez tan guapa que la miraba con el ceño fruncido. Se puso de pie y le sonrió—. Perdone, estaba concentrada leyendo.

—Su esposo dice que lo disculpe, que baja en quince minutos.

—Ah, muy bien, muchas gracias.

—Hasta luego, señora Borrás.

Señora Borrás, repitió para sus adentros, resignada a no poder rebatir lo del apellido de casada allí y en ese entorno, y volvió a sentarse en ese sillón tan cómodo y que estaba frente a una cristalera enorme, con unas vistas espléndidas de San Francisco. Desde luego, las vistas desde allí eran muy bonitas y en lugar de seguir leyendo, apagó la Tablet y se dedicó a mirar el espectáculo.

Llevaban cinco días en los Estados Unidos, concretamente en California, al sur de la Bahía de San Francisco, visitando algunas empresas de alta tecnología donde Guillem tenía muchas reuniones y compromisos laborales. Lástima, porque en teoría estaban de luna de miel.

Tras su inolvidable encuentro en Roma, hacía justo un año, ella había pasado solo dos meses en Milán porque, tal como sospechaba, la famosa empresa de grandes eventos de Daniella era pura entelequia y su única actividad allí consistía en hacer planes en el aire, asistir a eventos y saraos organizados por otros para entregar tarjetas, conocer gente e intentar cazar sus primeros clientes. Un desastre.

Todo ese tiempo Guillem estuvo viajando con regularidad a verla a Italia, o ella a verlo a Madrid, a Barcelona o a Berlín, o dónde pudieran coincidir, y poco a poco, sin hacer muchos planes de futuro, empezaron a dar por hecho que lo suyo iba en serio. Por primera vez en su vida pudo hablar abiertamente y sin ninguna cortapisa de sus sentimientos, del amor inmenso que experimentaba por él, empezó a sentirse segura y plena, muy feliz, y cuando decidió regresar a España, el paso más natural fue instalarse con él en su casa de Argüelles, como la pareja estable y formal que eran.

Así, sin mucho pensarlo, sin tortuosas decisiones, sin inseguridades ni dramas, con total serenidad, en noviembre empezaron a vivir juntos y en agosto se estaban casando por sorpresa en Gerona, en el pueblo de los abuelos maternos de Guillem, dónde habían llegado para pasar parte de sus vacaciones y donde al final había acabado convocando de urgencia a sus más allegados para darse el “sí quiero” en una preciosa ermita del siglo XI.

Aquello fue la culminación de sus sueños más románticos. Una boda sorpresa con el hombre de su vida, en una iglesia medieval, rodeados por poca gente y sin los agobios propios de una celebración así. Había sido maravilloso, ni siquiera habían tenido que vestirse al uso, y los dos habían llegado al altar de blanco, de lino, más radiantes que nunca y tan contentos.

Por supuesto, su madre no acudió porque estaba de vacaciones con su novio Sasha en Corfú, tampoco sus hermanas pequeñas, pero sí apareció su padre con Julia y su hermana Blanca, que consiguió arrastrar a su abuela desde Málaga a Cataluña para que no se perdiera la boda de su nieta favorita, decía ella. Blanca estaba embarazada de siete meses y llegó hasta allí en pleno verano, en coche, con su marido y su abuela, y eso no lo podría olvidar en la vida.

Tampoco podría olvidar la presencia de Lucía y Guadalupe, que dejaron todo lo que estaban haciendo para acompañarla, ni la de los entusiastas amigos de Guillem, que les organizaron una despedida de solteros de órdago, y que convirtieron el banquete nupcial en una fiesta por todo lo alto, y mucho menos el apoyo y el cariño de la familia Borrás Sampedro, desde sus padres, pasando por sus hermanos, primos, abuelos o tíos. Todo el mundo la había acogido con los brazos abiertos y la había adoptado instantáneamente como parte de la familia. Una sensación que pocas veces había experimentado a lo

largo de su vida.

Conociendo a sus padres, y a toda su familia, podías comprender perfectamente por qué Guillem era como era, por qué era tan seguro e independiente, tan sereno y cariñoso. Solo viéndolos a ellos podías llegar a entender la verdadera esencia del hombre del que se había enamorado, y al que no podía querer más, y se sentía muy afortunada de poder tenerlos a todos ellos en su vida.

Tras la boda relámpago pasaron una semana en Ibiza e inmediatamente viajaron a los Estados Unidos para que su flamante marido pudiera cumplir con sus compromisos profesionales ineludibles. Incluso antes de la boda tenían programado ese viaje, así que no fue ningún problema convertir aquello en una luna de miel, aunque tuvieron que pasar los primeros días en San Francisco viéndose poco por culpa del trabajo.

Después de esos primeros días, que ella había invertido en hacer turismo por la ciudad, Guillem Borrás Sampedro volvería a ser todo suyo, porque se iban de viaje a Texas y Oklahoma durante quince días más. Una gozada que empezaba esa misma tarde, en cuanto él acabara su última reunión.

Abrió la mochila y miró disimuladamente el móvil. En ese edificio estaban prohibidos los aparatos electrónicos externos con conexión a Internet y había tenido que apagarlo, pero se arriesgó a encenderlo para comprobar si tenía algún email importante del trabajo.

A su regreso de Milán le propuso a Lucía constituir oficialmente una sociedad limitada con la que gestionar el sueño de sus vidas: una empresa de organización de bodas y eventos varios, y ella, que seguía un poco reticente a buscar un trabajo como licenciada en ADE, se lo pensó un poco y aceptó. Desde diciembre, nueve meses ya, llevaban con pulso firme y en constante acuerdo, "*Dreams come true*" ("Los sueños de hacen realidad") una empresa moderna y eficiente de organización de bodas y saraos que había tardado en arrancar, pero que ya empezaba a dar sus frutos. Se estaban dejando la piel en ello y según sus previsiones de negocio la próxima primavera empezarán a despegar en serio. Eso esperaba.

Miró el correo, comprobó que no había nuevos mensajes de Lucía, tampoco de WhatsApp, y apagó el teléfono. Seguro que se las estaba arreglando muy bien sin ella y con la ayuda de Beatriz, una becaria que habían

contratado para el verano, así que intentó relajarse, cerró la mochila y volvió a mirar por la ventana.

Gracias a Dios, Lucía estaba fenomenal, seguía acudiendo a sus terapias y grupos de apoyo, pero se la veía muy bien y volvía a ser la de siempre. En enero había regresado a su piso, ahora eran vecinas y pasaban mucho tiempo juntas, dentro y fuera del trabajo, y hacía un par de meses se había encontrado por casualidad en la calle con Rodrigo San Juan, su novio del instituto, y estaba saliendo con él. Parecía que la cosa iba viento en popa y ese era el primer paso para su recuperación total.

Por su parte, Guadalupe y Jimmy se habían mudado a Cardiff en octubre. Guillem lo necesitaba en la fábrica de allí y una vez casado y feliz, dijo el neoyorkino, no le hacía falta seguir en Madrid, podían vivir en cualquier sitio mientras estuvieran juntos y Gales le parecía perfecto. Guadalupe estaba encantada y embarazada, en agosto, en la boda, se lo había contado y al parecer eran gemelos, así que no cabía en sí de gozo.

Hijos, pensó atusándose el pelo. Tenía treinta años y aún podía esperar para aumentar la familia, de hecho, se habían puesto un plazo de un año o dos para empezar a pensar en niños, pero a veces, cuando observaba a Guillem durmiendo o concentrado trabajando, viendo la tele o haciendo deporte, le entraba una cosa muy potente en el pecho y le daban unas ganas enormes de ser madre.

Con él podría tener media docena de niños sin despeinarse, pensaba a veces. Un montón de niños guapísimos con ojazos color chocolate con leche, a los que pensaba criar en un hogar estable y seguro, lleno de amor y comprensión, haciendo mucho deporte al aire libre y viajando. Hablando en catalán y en español, y dándoles todo aquello de lo que ella había carecido siempre y de lo que Guillem, sin embargo, había disfrutado en abundancia: una familia de verdad.

Sólo había experimentado ese tipo de sensaciones en sus sueños, con Jeremiah Hanson en Tulsa, y tenerlas en su vida real la emocionaban mucho. Eran la prueba irrefutable de que estaba viviendo al cien por cien, con los pies en la tierra, sin sueños, ni ausencias, sin rarezas.

Ahora se limitaba a leer sin más, a disfrutar de sus libros, sus novelas románticas y sus personajes como una lectora normal. Sin sueños lúcidos, ni

inducidos, ni duermelas, aquello había quedado en el pasado y, aunque siempre estaría agradecida al salvavidas que habían supuesto en los momentos más duros de su vida, también daba gracias a Dios de que hubiesen quedado atrás, porque aquello significaba que todo marchaba bien, que podía ser feliz y que la realidad tampoco estaba tan mal.

De repente vio reflejada en la cristalera la figura de Guillem saliendo de un ascensor y se puso de pie. Él se quedó todavía un rato charlando con dos ejecutivos muy trajeados, y Clara agarró las maletas y las colocó en el pasillo que los separaba de la entrada principal.

Esperó pacientemente a que se despidiera, observando sin disimulo esa pinta espectacular que tenía. Muy elegante con traje, corbata y la mochila al hombro, el pelo largo recogido en su moño hípster deshecho, la mirada atenta a sus interlocutores... y respiró hondo pensando, una vez más, que no había nadie en el mundo tan poco preocupado por su aspecto físico y que, sin embargo, luciera siempre tan bien.

Era perfecto de fábrica, o eso le parecía a ella, y nunca se cansaba de mirarlo, abrazarlo, tocarlo y comérselo a besos.

—Vale, ya estoy, vida —Se acercó sacándose la corbata—. Siento el retraso ¿Te has aburrido mucho?

—No pasa nada, mi amor —Se puso de puntillas y le dio un beso en la boca—. He estado leyendo.

—Genial, menos mal que estás aquí —La agarró de la mano para salir a la calle—. Vamos directo al aeropuerto, al fin empiezan nuestras vacaciones, pequeña.

—En catalán, por favor, que estoy aprendiendo... En català si us plau, que estic aprenent —Él la miró de reojo y sonrió.

—He dit que ara, per fi, comencen les nostres vacances de veritat, petita.

—Molt bé —Asintió segura—. Esta mañana me ha llamado Andrea para confirmar que nos estará esperando en el aeropuerto. Se muere por conocerte.

—Estupendo, que maja. Dallas nos espera y después derechos a Tulsa.

—Parece mentira que vayamos a pisar Oklahoma.

—Solo espero no encontrarme con Jeremiah Hanson —Comentó entornando los

ojos y Clara se echó a reír—, o tendré que explicarle algunas cositas.

—Menos mal que, si alguna vez existió, lleva muerto como doscientos años.

—Ya, ya, más le vale.

—Ets un somni fet realitat —Pronunció despacio, viendo como llegaba el taxi que los iba a llevar al aeropuerto y Guillem asintió.

—Anar a Tulsa ets un somni fet realitat.

—No, ir a Tulsa no es un sueño hecho realidad —Esperó a que entregara las maletas al taxista y luego lo detuvo junto al coche para mirarlo a los ojos y acariciarle la cara con las dos manos—. Tú sí que eres mi sueño hecho realidad, Guillem Borrás Sampedro, tú sí que ets un somni fet realitat.

Claudia Velasco